

AURORA SHINE

El
BEBÉ
del Jefe

Aurora Shine
El Bebé del Jefe:
Enamorada del Multimillonario
1ª edición 2024

Diseño de portada: Luv & Lee, Baris Fratric
Traducción y redacción: Luv & Lee, Baris Fratric

Para obtener libros gratuitos y más información sobre Aurora Shine, visite la página web:
www.luvlee.us/startseite-aurora-shine

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritos en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

Baris Fratric
Schopperstraße 6/20
5020 Salzburg

Índice

[Primer capítulo](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Gracias, ...](#)

[Leer más...](#)

[Dedicado a todos los lectores](#)

Primer capítulo

Jenny

"¡Eh, cariño!", llamó una voz grave desde una de las mesas, seguida de un silbido que sólo podía catalogarse de machista. "Tráenos otra ronda, ¿quieres?".

Wings-N-Things, el bar de deportes donde trabajaba, estaba abarrotado de clientes. Estaban viendo los distintos partidos en las numerosas pantallas, al parecer siempre lo sabían todo mejor que el entrenador del equipo respectivo y, por desgracia, algunos clientes opinaban que el deporte y el comportamiento machista estaban unidos.

"Aquí tienen, caballeros", les dije lo más amablemente posible y coloqué las bebidas sobre la mesa. Uno de ellos me miró con una sonrisa lasciva que me produjo un desagradable escalofrío.

"Joder", balbuceó mientras me examinaba de arriba abajo. "Los tíos deben estar haciendo cola por una muñeca como tú".

"¿Qué tíos de verdad juegan con muñecas?", le respondí con una sonrisa y le guiñé un ojo con confianza. "Disfrutad de las copas y del deporte". Con eso, me di la vuelta y caminé hacia la barra, escuchando sus risas a mi espalda.

Estaba acostumbrada a los clientes difíciles, pero estos tipos pensaban, que el bar era más un club de striptease que un bar deportivo. Estuvieron intentando ligar conmigo toda la noche.

"¡Jenny! La mesa cinco necesita más servilletas", gritó mi encargado.

Acababa de venir de la mesa cinco, fruncí el ceño porque no me habían dicho que necesitaran servilletas.

Obviamente, dudé demasiado y mi jefe ya estaba gritando: "¿No he sido claro? Haz lo que te digo".

Asentí.

Mi vida en aquel momento no era exactamente lo que quería, pero intentaba sacar lo mejor de ella.

Después de mi lesión en los Juegos Olímpicos de Tokio, mi vida cayó en picado. Aunque mi rodilla tenía movilidad suficiente para volver a llevar una "vida normal", como decía mi fisioterapeuta, no podía pensar en competir por el momento.

"Oye, yo te conozco", me dijo un hombre canoso con una sonrisa sugerente. "Eres esa famosa gimnasta, ¿verdad? ¿Por qué no te sientas conmigo? Te invito a una copa".

"Soy camarera y estoy de servicio", respondí amable pero firmemente, "y nunca bebo en el trabajo".

Tenía que salir de allí un momento antes de ponerme grosera.

"Me tomo un descanso", informé a mi encargado sin esperar su respuesta.

Temblando, dejé la bandeja y huí por la puerta trasera para tomar el aire. Siempre llevaba un paquete de cigarrillos en el bolsillo porque mi encargado sólo dejaba salir a los camareros para que pudieran tomarse un descanso para fumar. Así que fingí que fumaba, porque si no, no podía salir del bar en todo el turno, podría reventar con tanta tensión.

Cuando saqué el móvil del bolsillo, vi que mi hermana me había llamado.

Tomé aire y devolví la llamada. "*Hola, Kels*", respondí cuando descolgó.

"*Parece que has tenido un turno duro*". La preocupación de Kelsey era palpable incluso por teléfono.

"Sí, supongo que se podría decir eso. Parece que hoy ha venido un autobús lleno de machistas directamente al bar para poder emborracharse de verdad y demostrar lo malos que son sus modales".

"Jenny, te mereces algo mejor que eso", me aseguró. "Tienes demasiado talento para dejar que unos tipos sórdidos te miren y seas el modelo de sus fantasías".

Me estremecí al pensarlo. *"Basta"*, interrumpí bruscamente su flujo de palabras. Mi frustración estaba a punto de estallar porque sabía que tenía razón. *"No puedo cambiar mi pasado ni acelerar mi proceso de curación".*

"Quizá no, pero hay otras formas de utilizar tus habilidades y tu experiencia", argumentó. Mi respiración era visible en el aire frío. La tensión de mi cuerpo se liberaba lentamente con cada exhalación. Estaba luchando. Siempre había luchado, pero se estaba convirtiendo en mucho, demasiado. Fuera cual fuera mi propósito, sentía que estaba a kilómetros de él.

Por costumbre, empecé a frotarme la cicatriz de la rodilla bajo los vaqueros, un recordatorio constante de lo que había perdido.

"¿Estás fingiendo que fumas otra vez?", preguntó Kelsey, divertida en su voz.

"Tal vez", respondí. Me conocía demasiado bien.

"Jen, ya hemos hablado de esto", suspiró teatralmente, *"tu falso tabaquismo te va a matar"*. Las dos nos echamos a reír y la tensión se me fue quitando poco a poco. *"Pero no te he llamado por eso. Sólo quería preguntarte si podríamos ir a tomar algo después de tu turno. Te vendría bien un descanso y seguro que te despejará la mente"*.

"Realmente no me apetece salir esta noche", protesté débilmente. Pero conocía a mi hermana y una vez que se proponía algo, no había quien la parara. En realidad éramos bastante parecidas en ese aspecto.

"Jenny Adams, has quedado conmigo para tomar una copa y ya está", declaró, sacando a relucir su voz de abogada. *"Te veré en The Gilded Lily dentro de dos horas"*.

"De acuerdo". Asentí, sabiendo que no tenía sentido discutir.

El Gilded Lily era el epítome de la sofisticación: del techo colgaban lámparas de cristal que proyectaban un cálido resplandor sobre la madera oscura y las suaves sillas.

Era el tipo de bar donde los hombres de negocios con trajes caros bebían whisky caro. Mi camiseta con el logotipo de Wing-N-Things encajaba aquí como un perrito caliente en un restaurante de cinco estrellas.

"Hola, hermana", me saludó Kelsey con una sonrisa cuando me acerqué a su mesa. Estaba muy elegante con su americana a medida y su falda lápiz, y el pelo rubio recogido en un moño chic. Era tan guapa como un cuadro.

"Yo pago la cuenta", me aseguró Kelsey, haciendo caso omiso de mis preocupaciones. *"Cuéntame más sobre lo que pasó en el trabajo"*.

Le conté lo de la mesa llena de fanáticos de la masculinidad, pero a medida que hablábamos, nuestra conversación derivó hacia nuestras infancias y las marcadas diferencias en nuestras vidas actuales. Ella fue mi apoyo desde la muerte de nuestros padres, cuando yo tenía diez años. Un conductor ebrio que circulaba en sentido contrario por la autopista chocó de frente con nuestros padres.

Quince años mayor que yo, Kelsey había asumido el papel de hermana y madre. Siempre me

había apoyado en mis sueños olímpicos e incluso me había acogido después de mi lesión, cuando todo se vino abajo.

Vivía en su habitación de invitados, ya que no podía permitirme mi propia casa debido al elevado coste de médicos y fisioterapeutas. Mi gratitud hacia ella era inmensa. Me quiere mucho, siempre lo he sabido. Sin embargo, a veces me sentía como si no mereciera su ayuda.

"Jenny", dijo Kelsey con dulzura y puso su mano sobre la mía para tranquilizarme. "Pase lo que pase, estoy aquí para ti. No estás sola".

"Lo sé", dije, dando un sorbo a mi bebida. La dulzura del rosado contrastaba con mi estado de ánimo. Pero no quería que mi hermana se preocupara. Estaba haciendo mucho. Yo no sabía cómo iba a encarrilar mi vida. Mi salario mensual apenas alcanzaba para cubrir mis gastos, a pesar de que trabajaba incontables horas extras y no me permitía ni el más mínimo lujo. Pero como ex gimnasta discapacitada, no podía ir a trabajar a un banco o cualquier otra cosa que hiciera la gente para ganar mucho dinero.

¿Me cambiaría la vida el dinero?

Sus ojos estaban llenos de preocupación cuando se acercó al otro lado de la mesa y volvió a apretarme la mano. "No puedes seguir así. Tienes demasiado talento y fuerza de voluntad para...".

... ¿qué?, pensé.

"¿Qué se supone que debo hacer?", pregunté, dando vueltas al vino en mi copa.

"Deja tu trabajo", sugirió con firmeza. "Encuentra algo más satisfactorio, algo que te haga feliz. Si quieres trabajar de camarera, al menos en otro bar".

"Ya tienes algo en mente, ¿no?", me burlé.

"¿Has pensado alguna vez en trabajar como entrenadora?", preguntó, con sus ojos verdes brillando de emoción.

"¿Entrenar?", repetí, sintiendo una punzada de tristeza al pensarlo. No todos los días me destrozaba la rodilla delante de todo el mundo por un error de principiante.

"¡No eres una fracasada!", insistió Kelsey con voz suave pero firme, como si pudiera leer mis pensamientos más ocultos como un libro abierto. "Sí, las cosas no salieron como esperabas, pero eso ya no se puede cambiar. No fue culpa tuya. Todavía puedes tener un impacto positivo en la vida de otras personas".

"¿Sumiéndome en la misma desesperación que tuve entonces?". Era difícil pensar en aquel día, y no sólo por mi lesión.

Si no me hubiera distraído...

"Jenny, sabes que eso es sólo una parte de la verdad", dijo con firmeza. "La otra parte es el hecho de que este deporte sigue significando mucho para ti, si no lo es todo. Te rompes el culo trabajando para pagarte las terapias. Intentas conseguir citas para terapias adicionales y haces tus ejercicios todos los días, a pesar de tus turnos en el pub. ¿Y por qué todo esto? ¿Porque quieres ser la mejor camarera del mundo?".

"Las dos sabemos que quiero volver a entrenar. En algún momento. Pero aún no es la hora. No estoy preparada ni física ni mentalmente. No creo que deba encargarme del entrenamiento de otra persona en mi estado".

"Sabes tan bien como yo que hay muchas chicas jóvenes ahí fuera que podrían beneficiarse de tu experiencia y tus consejos. Podrías ayudarlas a hacer realidad sus sueños", siguió argumentando Kelsey.

"O destruirlos", murmuré en tono sombrío, tragándome el resto del vino. Kelsey guardó

silencio un momento antes de volver a hablar.

"Tienes que perdonarte a ti misma", exigió en voz baja. "Te aferras tanto a tu pasado que ni siquiera ves la posibilidad de un futuro mejor. Sé que tus recuerdos son dolorosos, pero si no los dejas atrás, nunca serás feliz".

"Es difícil hacer las paces con el pasado cuando te das cuenta de que has estado viviendo en una burbuja gigante que estalló en menos de veinticuatro horas. Creía que había encontrado mi pasión y al hombre de mi vida y, de un plumazo, ambos desaparecieron. Puedo ir a fisioterapia y hacer mis ejercicios para curarme la rodilla, pero ¿qué puedo hacer con mi corazón roto? ¿Cómo puedo curar la herida que aún me duele en lo más profundo de mi ser?"

"Tu corazón nunca sanará si te escondes. Salir de ti misma y confiar en ti significa que tienes que volver a arriesgarte, me doy cuenta. Pero merecerá la pena, porque sin riesgo, tu dolor de corazón nunca desaparecerá. Tu corazón necesita práctica, como tu rodilla. Deja que sienta el amor para que pueda curarse".

"Pero ya no puedo confiar en nadie porque me han traicionado. Me traicionaron las dos personas en las que más confiaba, aparte de ti. Por las personas que estaban tan cerca de mí que les habría confiado mi vida".

"Me imagino que es un gran golpe ser traicionada por tu novio y un golpe aún mayor cuando la otra mujer es tu mejor amiga. Lo que Paul y Emma te hicieron es terrible. Y aun así tienes que perdonar y perdonarte a ti misma ante todo. No fue culpa tuya".

"Si me perdono, nada cambiará", susurré, con la garganta apretada por la pena. "No me devolverá mi carrera ni mi fe en el amor".

"Puede que no", admitió Kelsey, con lágrimas brillando en sus ojos. "Pero será un paso hacia la curación y para seguir adelante. ¿Y quién sabe? Quizá el entrenar sea exactamente lo que necesitas para volver a encontrar tu pasión y tu propósito. Y quizá entonces puedas volver a invitar al amor a tu vida".

No respondí, sino que me quedé mirando mi vaso vacío. Pensar en un trabajo de entrenadora era como echar sal en una herida abierta, pero cuanto más tiempo pasaba allí sentada, menos podía ignorar la pequeña chispa de esperanza que parpadeaba en el fondo de mi mente.

Mi carrera olímpica había terminado, por mucho que me esforzara por recuperar mis fuerzas. Y mi corazón estaba roto, por mucho que intentara bloquear todos los recuerdos. Pero no podía negar que mi corazón latía más deprisa ante la idea de volver a un gimnasio, de seguir vinculada al deporte que había sido mi pasión durante tanto tiempo.

¿Podría volver a encontrar sentido y felicidad a mi vida ayudando a otros a hacer realidad sus sueños?

"Piénsalo", me pidió Kelsey, apretándome la mano una vez más antes de soltarme. "No tienes que decidirte de inmediato, pero al menos piénsalo".

Con un fuerte suspiro, asentí lentamente.

Tal vez, sólo tal vez, éste sea el camino que necesito tomar para sanar, perdonar y encontrarme a mí misma de nuevo.

Capítulo dos

Jenny

Mientras bebíamos nuestra última ronda de vino, Kelsey y yo nos reíamos a carcajadas, intercambiando historias y recordando nuestra infancia. Cada vez gritábamos más alto y echábamos la cabeza hacia atrás, divertidas.

"Vaya, mira ese tío bueno de ahí", dijo Kelsey, señalando sutilmente a un hombre al otro lado de la barra.

Miré hacia allí e inmediatamente supe a quién se refería Kelsey. Era alto, moreno y de complexión atlética. Llevaba un traje bien entallado que dejaba ver sus anchos hombros.

Hombros a los que quiero clavar las uñas mientras me sujeta el culo con las manos y me folla duro. Quiero que me rodee con sus fuertes brazos y me haga gemir mientras camina por mi jardín del placer...

"¡No te pases!".

Oh sí, quiero hacerlo con él ...

La voz de mi hermana penetró lentamente en mi conciencia, interrumpiendo mis fantasías poco castas.

"Yo... Er... Yo... estaba pensando en algo", respondí y me di cuenta de que me estaba sonrojando.

"Sí, y estabas mirando al chico todo el rato. Empieza a ser llamativo. Preferiría no saber en qué estabas pensando", rió mi hermana.

Me di cuenta de que el enrojecimiento de mi cara se estaba convirtiendo poco a poco en un tono morado y solté una carcajada de vergüenza y autoburla. Mi hermana se unió a mis carcajadas y nuestro humor hilarante se restableció de inmediato.

Sin embargo, necesité toda mi fuerza de voluntad para no volver a mirar al chico guapo. Incluso desde la distancia, ejercía una atracción mágica.

"¿Podríais bajar la voz? ¿O ir a otro bar?". Quizás la atracción funcionaba en ambos sentidos, porque de repente el atractivo hombre estaba de pie frente a nosotras. Sin embargo, obviamente se sintió más perturbado por nuestra bulliciosa risa. "No estáis solas aquí y los demás clientes sólo quieren pasar una velada relajada".

Parecía tener más o menos la edad de Kelsey y de cerca pude ver sus penetrantes ojos azules con una pizca de fastidio en ellos. Lástima que fuera un cascarrabias, porque de cerca estaba aún más bueno.

"Lo siento", murmuramos Kelsey y yo al unísono, reprendidas por su tono severo. Mis mejillas volvieron a arder de vergüenza mientras él giraba sobre sus talones y se alejaba.

"¿Quién se cree que es?", refunfuñé cuando se marchó. Mi alegría fue sustituida por indignación. "Sólo nos estamos divirtiendo. No hay nada que lamentar".

"Entonces ve a decírselo", exigió Kelsey. Tenía un brillo travieso en los ojos. "Y ya que estás allí, consigue su número. Podría ser la distracción que necesitas".

"¿Sabes qué? Lo haré", declaré, impulsada por el alcohol y mi enfado. "Eso significa darle un pedazo de mi mente. Definitivamente voy a conseguir su número".

"Ya veo", se rió, "pero ya te está calentando de verdad".

Eso no me gustó. Me levanté con las piernas un poco tambaleantes y me dirigí a la mesa del

desconocido, donde estaba sentado con otros dos hombres bebiendo bourbon. Se me aceleró el corazón al acercarme, pero no dejé que se notara mi nerviosismo. Los hombres con los que estaba sentado también eran atractivos, pero no eran mi tipo.

Lástima que el que me parecía atractivo fuera un maleducado.

"Hola", dije, con la voz un poco temblorosa. "Sólo quería decirte que retiro mis disculpas. Nos lo estamos pasando bien aquí y si no te gusta, quizá deberías irte".

El hombre me miró fijamente. La sorpresa se dibuja en su rostro antes de que una sonrisa se dibujase lentamente en sus labios.

Se volvió hacia sus compañeros: "¿Nos dejáis solos un momento?".

Los dos hombres sonrieron y se dirigieron a la barra con sus bebidas. Se me revolvió el estómago al preguntarme por qué echaba a sus amigos. Pero no estaba dispuesta a echarme atrás.

"Animado, eso me gusta", sonrió y levantó su copa hacia mí. "¿Quieres tomar una copa conmigo?".

Parpadee. ¿Perdona?

"No, gracias", respondí, confusa por su repentino cambio de opinión. "Debería volver con mi hermana. Sólo quería decirte...".

"... que fui grosero, que sólo te estabas divirtiendo y que no debería haberte dicho que bajaras la voz. ¿Es eso cierto?", preguntó, sonriendo juguetonamente. "Soy Preston, por cierto".

"Bueno, Preston, eso es ... correcto. Fuiste grosero", tartamudeé, pero su cambio de humor me quitó el aliento por completo. Era difícil enfadarse con alguien que estaba de acuerdo conmigo.

"Siéntate conmigo", me exigió, clavándome la mirada. A pesar de la rabia que sentía, no podía evitar la atracción que sentía por mí. Pero no estaba dispuesta a ceder ante él sólo porque tenía buen aspecto.

"¿Vas a disculparte?", pregunté, aferrándome desesperadamente a la justa indignación que sentí hacía apenas unos segundos.

"Antes una bebida para eso", rió, señalando a un camarero. "Entonces, ¿qué va a ser?".

"Tomaré rosado", dije y tomé uno de los asientos libres.

Sonrió y me pidió otra copa. Había trabajado en un bar el tiempo suficiente para saber que el rosado que había pedido era mucho más caro que el que yo había estado bebiendo, pero no dije nada. Era lo menos que podía hacer. El camarero volvió rápidamente con mi vino.

Levantó su copa de bourbon y dijo: "Por las segundas impresiones".

Me reí: "Es usted muy descarado. ¿Quién dice que mi segunda impresión no es tan mala como la primera?".

"Para ser justos, los dos tuvimos una mala primera impresión", replicó. "Puede que tu segunda impresión tampoco vaya muy bien. Después de todo, primero hiciste mucho ruido y luego viniste a insultarme delante de mis amigos. En realidad, preferiría retirar mi comentario. Creo que ya vamos por la tercera impresión".

"Sí, ¿y van mejor las cosas en este momento?", pregunté alzando las cejas. "Porque aún no he oído las palabras 'lo siento', así que el jurado aún no se ha pronunciado".

"¿Así que es un juicio?". Se rió. "Entonces supongo que no tienes suerte, porque cualquier abogado que se precie sabe que una disculpa directa es una admisión de culpabilidad. Y nunca conseguirás que me acuse a mí mismo".

"¿Eres abogado?", le pregunté.

"Culpable de los cargos", dijo, sus ojos brillando con diversión.

"Eso lo explica todo", suspiré y sacudí la cabeza.

"¿Qué significa eso?", preguntó, aparentemente ofendido.

"¿Por dónde empiezo?", respondí y empecé a contar con los dedos: "Beligerante, engreído, arrogante, cree que puede decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer..."

"Para, para, que ya me estoy mareando", bromeó. "¿Cómo sabes tanto de abogados?"

"Mi hermana es abogada", me encogí de hombros.

"Ah, ¿y no os lleváis bien?", preguntó un poco apagado.

"No, nos llevamos de maravilla", sonreí.

Preston soltó una carcajada, sus ojos brillaron y sus labios se abrieron de par en par.

Dios, sus labios se ven tan suaves. Me pregunto cómo serán.

"¿Qué le trae a este elegante establecimiento esta noche, señor Lawyer?", quise saber, intentando distraerme del deseo que volvía a despertar en mí.

¿Cuándo fue la última vez que me sentí así? Ni siquiera puedo recordarlo.

"Por favor, el señor Lawyer era mi padre", protestó. "Insisto en que las mujeres guapas que se me acercan me llamen por mi nombre".

Las mariposas revoloteaban en mi estómago. Estaba acostumbrada a que se me insinuaran hombres groseros en el bar, pero esto nunca me había parecido un cumplido. Saber que Preston pensaba que era guapa cambió algo dentro de mí.

"También estás esquivando mis preguntas como un típico abogado", comenté, poniendo los ojos en blanco e intentando mantener la compostura.

"Si quieres saberlo, tengo algo que celebrar", respondió Preston. "Mis socios y yo hemos ganado hoy un gran caso".

Señaló a los dos hombres a los que había pedido que buscaran otro asiento. Estaban sentados en la barra, riéndose juntos de algo. Uno de ellos parecía tener más o menos la misma edad que Preston y Kelsey, pero el otro era más joven.

"Enhorabuena", dije, levantando de nuevo la copa. "Debería dejaros con vuestras celebraciones".

"Ethan y Oliver pueden divertirse solos. Tú me pareces mucho más interesante", replicó, lanzándome una mirada acalorada que me llegó directamente al corazón.

"¿Interesante?", repetí, intentando mantener la calma. "Apenas sabes nada de mí".

"Y sin embargo...", dejó el comentario como si dijera que era obvio. Podía sentir cómo se me ruborizaban las mejillas y esperaba que la tenue iluminación del bar impidiera que se diera cuenta.

"Soy Jenny, por cierto", expliqué, dándome cuenta de que realmente quería continuar la conversación.

"Espera", dijo Preston, una mirada de reconocimiento cruzó su rostro. "Me sonabas de algo. Jennifer Adams, Juegos Olímpicos de Tokio. Ganaste la plata, si no recuerdo mal".

"Así es", asentí, haciendo una mueca al recordar aquel día. "¿Te interesa la gimnasia?"

"Algo así", murmuró enigmáticamente. Luego su expresión cambió a una de simpatía. "Tuviste muy mala suerte con la lesión. Deberías haber ganado el oro".

La forma en que lo dijo, comprensiva pero no compasiva, me hizo abrirme a él.

"Fue mala suerte que me lesionara", confesé. "Estaba fuera de mí. La noche anterior pillé a mi novio acostándose con mi amiga. No pude asumirlo y cometí un error de novata".

Una mirada de comprensión apareció en el rostro de Preston.

"Lo siento", dijo, poniendo su mano sobre la mía. Su tacto era cálido y reconfortante. "Mi ex mujer me engañó, así que sé lo mucho que eso puede afectar. No puedo creer que fueras capaz de

competir después de eso, y mucho menos de ganar la plata. Deberías estar orgullosa".

Parpadee. Después de tres años, innumerables muestras de simpatía y demasiada lástima, Preston era la primera persona que parecía comprender de verdad. Por la intensidad de su mirada y la tensión de su boca, me di cuenta de que sabía exactamente el dolor que causaba una traición. Por mucho que la gente lo intentara comprender, no era lo mismo si nunca habías experimentado algo así.

"Gracias", respondí, sintiendo que el nudo que llevaba en el pecho desde hacía tres años empezaba a aflojarse un poco. "¿Quieres saber cuál fue el resultado? Mi supuesta amiga ganó el oro".

"¿Emma Langston? Esa serpiente!", gritó con la debida indignación. "Nunca fue tan buena como tú".

"Es muy amable por tu parte decir eso", respondí con una risa autodespreciativa.

"Es sólo la verdad", se encogió de hombros y, de algún modo, su despreocupación hizo más fácil aceptar el cumplido. "¿Sigues participando en competiciones?"

"No. Por desgracia, mi lesión ha puesto fin a mi carrera", dije, por decirlo suavemente. El hecho de que ya había bebido casi cuatro copas de vino y el deseo de que Preston no se compadeciera de mí me hicieron atreverme, así que añadí: "Pero sigo estando tan en forma y ágil como antes".

No solía ser tan directa, pero tampoco solía disfrutar tanto del tiempo con un hombre. Me había llevado tres citas incluso besar a mi ex Paul. Y bastante tiempo para acostarme con él.

Pero sólo unos minutos con Preston me hicieron sentir que despertaba. Los últimos tres años fueron una prueba de dolor emocional, físico e incluso financiero. Acababa de empezar a darme cuenta de lo bajo que había caído.

Hablar con Preston me hizo sentir normal de nuevo. Y la forma en que me miraba... No estaba sonriendo como los chicos en el pub. Él me vio. Y me deseaba tanto como yo a él.

"Me gustaría ver lo en forma y flexible que eres", comentó. Su voz era profunda y cargada de deseo.

¿Debería dar ese paso?

Me miró con insistencia, desafiante y seductor al mismo tiempo. Como si me pidiera que me entregara a él.

"Entonces salgamos de aquí para que pueda enseñártelo", decidí. Una sonrisa jugueteó alrededor de mis labios y mi corazón martilleó en mi pecho. Nunca había hecho algo así. Era excitante.

Sus ojos se oscurecieron de deseo. Asintió y se levantó. Le seguí, sintiendo una excitación sin límites ante la perspectiva de acostarme con un hombre al que acababa de conocer.

Preston me acompañó fuera, con su fuerte mano apoyada suavemente en mi espalda. Kelsey nos vio marchar y me miró interrogante, queriendo saber si necesitaba que me salvaran.

Negué con la cabeza y le aseguré con una pequeña sonrisa que todo iba bien. Ella enarcó una ceja, pero me guiñó un ojo juguetón antes de volver a su propia conversación con un tipo en el bar.

"¿Ese es tu coche?", me maravillé, mirando el elegante coche negro de lujo que se detuvo frente a nosotros. El conductor se bajó y nos abrió la puerta mientras yo intentaba no quedarme mirando.

"Sí, es mi coche", confirmó Preston con una sonrisa y me ayudó a subir antes de sentarse a mi lado.

Mientras conducía, me rodeó con el brazo y me miró con un brillo en los ojos que me hizo sentir un cosquilleo en el estómago y en las regiones más profundas. Ya estaba llena de tensa expectación, pero saber que yo era la responsable de ese brillo elevó mi deseo a otro nivel sin precedentes. Cuando llegamos a un hotel, me fijé de reojo en la elegante fachada. En algún lugar de las profundidades de mi subconsciente llegó el mensaje de que debía tratarse de un hotel elegante. En ese momento, sin embargo, todos mis sentidos estaban concentrados en Preston. Entonces salimos y caminamos por el opulento vestíbulo directos a un ascensor privado.

"¿Adónde vamos?", pregunté, intentando reprimir el nerviosismo en mi voz.

"A un sitio especial", respondió crípticamente mientras introducía una tarjeta en el lector y marcaba la última planta.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron para dejarme ver la lujosa suite del ático, no pude evitar contemplar las impresionantes vistas del horizonte de la ciudad. Los ventanales bañaban la habitación con una cálida luz dorada y proyectaban delicadas sombras sobre el moderno mobiliario. Me di cuenta de lo rico que debía de ser Preston.

"Vaya", susurré, adentrándome en la habitación, sintiéndome a la vez asombrada y un poco fuera de lugar.

"¿Te gusta?", preguntó Preston, rodeándome con sus brazos por detrás y apretando sus labios contra mi cuello en un tierno beso.

"Por supuesto", murmuré, apoyándome en él y saboreando su cercanía.

"Bien", respondió en voz baja y ronca. "Y ahora tu movilidad..."

Me dio la vuelta y me besó tan fuerte que me quedé sin aliento. Sus manos me recorrieron y pude sentir su calor incluso a través de mi ropa. La cabeza me daba vueltas y no era por el vino. Preston era embriagador, me tocaba con un deseo que hacía que me flaquearan las rodillas y estuviera dispuesta a cualquier cosa.

Nos despojamos de la ropa pieza a pieza mientras explorábamos el cuerpo del otro y nuestra pasión crecía con cada contacto.

Sus manos recorrían mis curvas de forma suave pero exigente, llevándome cada vez más al éxtasis. Jadeé cuando sus labios recorrieron mi cuello, provocándome un escalofrío eléctrico. Las yemas de sus dedos rozaron mi clavícula antes de descender y trazar círculos alrededor de mis pezones, hasta que le pedí más.

Cumplió su deseo y su boca encontró la mía en un beso urgente mientras me apretaba contra la pared. Me aferré a él y mi deseo crecía con cada roce de nuestros labios y cada lametón de su lengua. Cuando se separó de mí, casi gemí sólo porque ya no estaba allí. En sólo unos minutos, me había convertido en un necesitado montón de miseria.

"Quédate aquí", me exigió. Sonaba como una promesa de que mi paciencia sería recompensada.

Asentí y me apoyé en la fría pared. Observé atentamente cómo Preston sacaba su cartera de los pantalones que tenía en el suelo y sacaba un preservativo. Mientras lo desenrollaba por su considerable longitud, me mordí el labio.

Apenas podía creer que estuviera haciendo esto, pero no había una parte de mí que no quisiera hacerlo. Preston me había cautivado y lo deseaba como nunca había deseado a nadie.

Volvió a mí, sus manos acariciaron mis caderas, enviando chispas a través de mi piel. Levanté la pierna, la rodeé por la cintura y tiré de él más cerca de mí. Algo en él me hacía valiente, desde enfrentarme a él por ser grosero hasta este momento. Sólo tenía que animarle a penetrarme.

Y lo hizo. Se deslizó lentamente dentro de mí, haciéndome gemir. Rodeé su cuello con mis

brazos y él se inclinó una vez más para besarme mientras se movía dentro de mí.

Justo cuando pensaba que ya no podía sentir más placer, me agarró la pierna y la apretó aún más contra su cintura, tirando de ella hacia arriba hasta que colgó de su hombro y me quedé de pie. Gemí cuando me penetró más profundamente.

"Joder", gruñó. "No mentías cuando dijiste que eras flexible".

Quise bromear sobre lo fácil que era hacer un split de pie, pero lo único que pude hacer fue jadear cuando empezó a empujarme de nuevo. Nunca me había sentido tan bien y estaba segura de que no era sólo la posición. Había algo en Preston: la forma en que movía las caderas, la forma en que mantenía el contacto visual conmigo, sus dedos clavándose en mi pierna, justo lo que necesitaba. Estaba a su merced, un completo extraño... Y me encantaba.

Volví a besarle, con los labios hambrientos. Era como si supiera exactamente lo que tenía que hacer, acelerando sus embestidas, gimiendo en mi boca mientras me penetraba más y más fuerte. Entonces su pulgar encontró mi clítoris y empezó a frotarlo. Vi las estrellas y gemí contra sus labios mientras extraía de mi cuerpo sensaciones que no sabía que existían.

Como gimnasta, mi cuerpo era mi herramienta. Conocía la satisfacción de los músculos ardiendo y el éxito de completar un ejercicio. Había llegado a mis límites y los había superado. Estaba acostumbrada a sentir cada centímetro de mi cuerpo, a colocar bien cada dedo, a mover mis extremidades con una precisión experta. Todo controlado, decidido. Conocía cada músculo y cada tendón y sabía exactamente cómo utilizarlos.

Pero Preston me demostró que no lo sabía todo. Me hizo sentir salvaje, utilizando mi cuerpo como un artista utiliza su pincel, creando una pintura abstracta de placer que no tenía sentido, pero que me hizo temblar de deseo.

Mi orgasmo surgió de la nada y me sorprendió por su fuerza. Me aferré a Preston y grité mientras un intenso placer sacudía mi cuerpo.

Jadeando, apoyé la cabeza contra la pared. Y entonces sentí que sus labios tocaban mi oreja.

"Aún no he terminado contigo".

Preston se apartó y me levantó. Se dio la vuelta y me tumbó boca abajo en la cama. Luego se subió encima de mí y saboreé su penetración una vez más. Volvió a moverse y me penetró incluso antes de que las últimas sacudidas de mi orgasmo se hubieran calmado. Sus labios buscaron mi cuello y me besaron con rudeza la piel sensible.

Gemí y él aceleró sus embestidas, penetrándome y gimiendo mientras mi cuerpo le daba placer. Y yo estaba a su lado, preparándome para otro orgasmo.

Cuando nos corrimos, fue en cuestión de segundos y yo volví a estar fuera de mí de placer. Cada embestida provocaba explosiones en mi cuerpo. Por primera vez desde mi lesión, me sentía liberada y llena de energía.

Preston gimió con su última embestida, se detuvo y descansó un momento sobre mí.

"Vaya", jadeó, sin aliento.

Me sonrojé de orgullo, porque yo era la razón por la que un hombre como Preston había dicho eso.

Se fue a ocuparse del preservativo y yo me acurruqué en la cama, ya a punto de quedarme dormida. Cuando volvió, me cogió en brazos y la sorpresa me despertó.

"¿Estás bien?", me preguntó, con voz casi... suave.

"Sí", suspiré, sintiendo que el sueño me alcanzaba de nuevo. "Estoy muy bien".

Capítulo tres

Jenny

La primera luz de la mañana se colaba por las ventanas del ático, proyectando un cálido resplandor sobre las sábanas enredadas y nuestros cuerpos entrelazados.

Abrí los ojos lentamente, saboreando la impresionante vista del horizonte de la ciudad más allá del cristal. Se me aceleró el corazón al recordar la pasión de la noche anterior, pero se me formó un nudo incómodo en el estómago cuando la realidad me alcanzó.

Con cuidado, me solté del abrazo de Preston e hice lo posible por no despertarle. Mientras caminaba de puntillas por la lujosa suite, recogiendo mi ropa, no podía evitar la sensación de que estaba fuera de mi elemento.

Yo no era así. No me acostaba con extraños, por increíble que hubiera sido la noche.

Miré a Preston y me sentí atraída hacia él al ver su pecho musculoso y desnudo. Era difícil creer que un hombre como él estuviera interesado en una mujer como yo. No podía quedarme esperando a que me rechazara.

El trayecto en taxi hasta el piso de Kelsey me pareció una eternidad. Mis pensamientos giraban en torno a los acontecimientos de la noche anterior, oscilando entre la emoción de una nueva experiencia salvaje y el sentimiento de culpa por haberme lanzado ciegamente a algo tan íntimo.

"¡Jenny, has vuelto!", gritó Kelsey cuando entré por la puerta de su piso. "Tienes que dar algunas explicaciones".

"¿Explicar?". Fingí que no había pasado nada, aunque sabía que podía leerme como a un libro.

"Vamos, dímelo. ¿Qué pasó después de que te escaparas con Mr. Sexy?".

Con un suspiro resignado, le conté los sucesos de la noche, sin detalles explícitos. Kelsey escuchó atentamente y enarcó las cejas, sorprendida.

"Vaya", se maravilló cuando terminé. "Parece un romance bastante turbulento. ¿Intercambiasteis los números?".

"Eh, no", admití, preguntándome si había sido correcto marcharme así. "No me pareció una buena idea. Sabes que no estoy lista para involucrarme con nadie".

"Querida, la vida no consiste sólo en ganar medallas. Te mereces la felicidad y sólo la encontrarás si aprovechas las oportunidades que se te presenten".

La miré, mis ojos buscaban respuestas que sabía que ella no podía darme. El peso de mi pasado pesaba sobre mí, pero tal vez Kelsey tenía razón. Tal vez había llegado el momento de dejarme llevar y encontrar algo, o a alguien, que pudiera ayudarme a sanar. No pude evitar pensar en Preston y en la noche anterior.

"Tal vez", admití vacilante y respiré hondo. "Pero no sé por dónde empezar".

"Empieza por volver a encontrar tu pasión", sugirió, con la voz llena de esperanza.

"Creo que debería darle una oportunidad a tu idea de convertirme en entrenadora. Aunque ya no pueda competir, quiero que la gimnasia forme parte de mi vida".

Estar con Preston me había recordado lo que me estaba perdiendo. Durante los últimos tres años, sólo me había centrado en el dolor de mi lesión, pero él me había demostrado que mi cuerpo estaba hecho para más.

A Kelsey se le iluminaron los ojos. "¡Es fantástico! Creo que serías una entrenadora increíble".

"Gracias", sonreí, sintiendo una nueva sensación de confianza. "Quiero poner la vista en el

futuro".

Mientras me acomodaba en el sofá, mis ojos se desviaron hacia el horizonte fuera de la ventana de Kelsey.

Me pregunté qué habría pasado si le hubiera dejado mi número a Preston.

Mientras reflexionaba sobre las posibilidades que tenía por delante, supe que tenía que centrarme en curarme y redescubrir mis pasiones antes de lanzarme de cabeza a algo nuevo.

"Vamos a ver el mercado laboral en este momento", me instó Kelsey, sacándome de mis pensamientos.

"Necesito algo de tiempo para prepararme primero, para pensar en cómo quiero ser entrenadora. ¿Y si no se me da bien? Es un trabajo especializado y..."

"Jenny, no tienes una entrevista de trabajo inmediatamente y aún tienes mucho tiempo para prepararte. Sólo es cuestión de ver qué te ofrece el mercado".

"Sabes que no soy el tipo de persona que se lanza a algo de improviso", le recordé.

"Tampoco eres el tipo de persona que tiene aventuras de una noche", comentó con ligereza.

Suspiré, pero el recuerdo de Preston detuvo mis pensamientos ansiosos. Aunque era poco más que un desconocido, creyó en mí y pensaba que yo debería haber ganado el oro. Nuestra pequeña escapada me recordó lo bien que me lo había pasado haciendo gimnasia antes de lesionarme.

"Bien", acepté. Nos sentamos ante el portátil de Kelsey e investigamos un rato. Después de leer unas cuantas ofertas de trabajo, dimos con una que sonaba realmente interesante. Una chica joven quería ser entrenada por un entrenador personal para ponerla en forma de cara a las próximas competiciones.

"Suena bien, creo. Por desgracia, antes tengo que ir al bar. Hoy llega una gran entrega y me he hecho cargo del turno. Me vendrán muy bien las horas extra. Así que la solicitud tendrá que esperar".

"Déjamelo a mí", dijo Kelsey con una sonrisa decidida.

Justo cuando estaba colocando las últimas botellas en la estantería del bar, sonó mi teléfono. La pantalla me mostró un número que no reconocí. Como el bar seguía cerrado y yo estaba sola, contesté.

"¿Jenny Adams?", respondió una voz femenina que sonaba más severa que amistosa.

"Sí, ¿en qué puedo ayudarle?", pregunté un poco vacilante.

"Esta mañana ha solicitado un puesto de entrenadora y me gustaría invitarla a una entrevista".

"Vaya. Qué rapidez. Muchas gracias".

"En realidad, tu solicitud llegó demasiado tarde. Sólo te elegí por tus cualificaciones y tu solicitud tan convincente".

Era evidente que Kelsey había hecho un buen trabajo.

"La entrevista tendrá lugar esta tarde a las 16.00 horas. Te enviaré la dirección por correo electrónico".

"¿Esta tarde? Eso es muy poco tiempo", dije emocionada. Casi se me quiebra la voz.

"Si quieres el trabajo, allí estarás. En cualquier caso, las entrevistas sólo tendrán lugar esta tarde. Adiós". Ése fue el final de la conversación.

Mirando el reloj, el pánico se apoderó de mí. Terminé rápidamente mi trabajo, recogí mis cosas

y me dirigí a casa para prepararme para la entrevista.

"¿Kelsey?", grité excitado al entrar en su piso. Por suerte, respondió inmediatamente.

"¿Jenny? ¿Qué te pasa? Pareces disgustada". La preocupación se reflejaba en el rostro de mi hermana.

"Imagínate: Tengo una entrevista de trabajo en menos de dos horas. Tu solicitud ha salido bien. ¿Quieres ir a la entrevista por mí? No estoy nada preparada y no he elaborado un plan de formación. ¿Qué se supone que tengo que decir?".

"No olvides", responde tranquilizadora, "que eres una gimnasta con talento y años de experiencia. Conoces este deporte a la perfección y sientes verdadera pasión por él. Eso es exactamente lo que buscan. Si no, difícilmente te habrían invitado a una entrevista tan rápidamente. Te quieren antes de que te coja otro".

Tuve que sonreír. Mi hermana había conseguido una vez más al menos ahuyentar mis miedos, si no desterrarlos por completo.

"Vale", asentí y respiré hondo para calmar los nervios. "Puedo hacerlo. Sólo tengo que entrar ahí y ser yo misma".

"Exacto. Y tal vez ducharte y cambiarte primero", rió Kelsey, mirando su reloj.

Me reí y me dirigí al baño para prepararme. Tras una ducha rápida, me peiné y me maquillé, con la esperanza de causar una buena impresión. Luego me puse un elegante vestido negro que se ajustaba perfectamente a mi atlética figura. Al mirarme en el espejo, no pude evitar sentir una oleada de timidez. Quizá mi hermana tenía razón. Podría hacerlo.

Cuando salí del baño, Kelsey me estaba esperando. Sonrió orgullosa cuando me vio. "¡Ve a dejarles boquiabiertos!", gritó mientras me abrazaba.

A cada paso que daba hacia la entrevista, mi determinación crecía. Pasara lo que pasara, sabía que tenía que darlo todo.

En un santiamén, el taxi se detuvo frente a un elegante rascacielos de cristal que sobresalía por encima de los edificios circundantes. No pude evitar mirarlo fijamente y perdí los nervios por un momento.

¿Aquí es donde iba a solicitar un puesto de entrenadora? El edificio parecía más adecuado para una poderosa empresa de inversiones.

Se me aceleró el corazón al entrar en el vestíbulo y dirigirme a los ascensores. Las puertas se abrieron con un tintineo, entré y pulsé el botón de la última planta.

Respiré hondo y me tranquilicé. La última vez que estuve tan nerviosa, había tenido que hacer una rutina de gimnasia delante de millones de personas. Sabía cómo calmar los nervios.

Puedo hacerlo.

Las puertas se abrieron de nuevo para revelar una espaciosa recepción con suelos de mármol pulido y un imponente mostrador de recepción. Una secretaria impecablemente vestida levantó la vista de su ordenador y entrecerró los ojos al verme.

"Llega tarde", me espetó, escrutándome de arriba abajo con clara desaprobación. "El señor Reynolds ya está entrevistando a otro candidato".

"Lo siento", balbuceé. Era evidente que acababa de conocer a la señora del teléfono. "El tráfico era terrible".

"No le impresionarás con excusas como ésa", siseó, haciéndome señas para que me acercara a

una hilera de mullidos sillones de cuero. "Siéntate y te avisaré cuando tenga tiempo para ti".

Cielos, quienquiera que sea este tipo, suena como un tipo duro.

Me senté e intenté relajarme en el lujoso entorno. Al mirar a mi alrededor, no pude encontrar ninguna pista sobre la naturaleza de esta oficina o del hombre con el que iba a hablar; todo parecía tan... profesional. Pero no me atreví a pedir explicaciones a la irritable secretaria.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta de la sala de entrevistas se abrió y salió Emma Langford, mi antigua amiga, la mujer que me había arrebatado la medalla de oro olímpica y a mi novio. Se me heló la sangre en las venas y sentí que la confianza en mí misma disminuía en un instante.

"¡Jenny!". Emma se rió burlonamente, sus ojos verdes centellearon con picardía. "Qué... inesperado".

"Emma", respondí, luchando por mantener la calma. "¿Qué haces aquí?".

"Tenía una entrevista de trabajo", respondió, sonriendo como si ya tuviera el trabajo en la bolsa. "Pero no te preocupes, seguro que encuentran algo para ti. ¿Quizá necesiten una limpiadora?".

"Me alegra ver que no has cambiado", murmuré, apretando los puños para no abalanzarme sobre ella.

"Buena suerte", dijo Emma sin sinceridad, echándose el pelo rubio por encima del hombro mientras se alejaba. "La vas a necesitar".

Cuando la puerta se cerró tras ella, no pude evitar encogerme de miedo. ¿Cómo iba a seguirle el ritmo a una campeona olímpica? ¿Qué posibilidades tenía?

Respiré hondo. Si iba a la entrevista con esas dudas, podía despedirme del trabajo. Durante mi época de atleta, sabía que las competiciones se ganan y se pierden con la actitud adecuada. Y puesto que Emma estaba en la carrera, esto era una competición.

"Señora". La secretaria me miró fijamente. "Está listo para verla".

"Gracias". Me levanté, enderecé los hombros y me preparé para afrontar la conversación.

"Pase por las puertas dobles de cristal, es el primer despacho a la izquierda".

Respiré hondo, atravesé una de las puertas dobles de cristal, caminé por el pasillo y luego empujé la puerta del despacho. El corazón se me aceleró en el pecho.

Entonces un suave jadeo salió de mis labios y me detuve bruscamente. Detrás de un gran escritorio de caoba, reconocí un rostro familiar y hermoso.

"¿Tú?", dijo, con un destello de sorpresa en sus ojos azules.

Una mezcla de conmoción y confusión me invadió.

"¿Preston?", balbuceé.

Capítulo cuatro

Preston

"Sabes, si pensabas que acostarte conmigo aumentaría tus posibilidades de conseguir este trabajo, al menos podrías haber esperado a que me despertara antes de irte", comenté con sarcasmo.

No me gustaba que me tomaran por tonto. Jenny se había mostrado dulce e inocente al principio, pero era claramente engañosa y manipuladora. Ya tuve bastante con mi ex mujer.

"¿Perdón?", preguntó Jenny, sorprendida. "No tenía ni idea de quién eras. En primer lugar, tu nombre no estaba en el anuncio de trabajo y, en segundo lugar, no conozco tu apellido en absoluto. Eres tú quien conocía mi currículum".

"Lástima que tus mentiras no sean tan buenas como tu actuación", me burlé. "Mi secretaria organizó estas entrevistas".

"Si quieres saberlo", dijo Jenny, con la voz ligeramente temblorosa. "Ni siquiera estaba segura de querer ser entrenadora hasta esta mañana, después de...". Hizo una mueca. "¿Qué más da? Es obvio que no tengo ninguna posibilidad de conseguir este trabajo. Me iré y no haré perder el tiempo de los dos".

Jenny se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Mi mente iba a mil por hora. Normalmente se me daba bastante bien detectar las mentiras, esa fue la única forma de descubrir que mi ex me estaba engañando. Pero no pude reconocer ni un atisbo de mentira en sus palabras.

"Espera", le ordené. Hizo una pausa y me miró. "¿Me juras que no tenías ni idea de quién era yo?".

Se volvió hacia mí y asintió.

"De verdad que no tenía ni idea", dijo con la misma seriedad que me había mostrado todo el tiempo. Tal vez yo estaba demasiado enfadado para verlo. "Te juro que no sabía nada de ti aparte de lo que tú mismo me contaste".

La miré a la cara. Parecía sincera.

"Siéntate", la insté.

Me miró con escepticismo un momento y luego obedeció.

Bueno, al menos es obediente.

"Has dicho que has decidido presentarte esta mañana, así que dime por qué quieres ser entrenadora", le dije entrelazando los dedos.

Sus ojos se abrieron brevemente y luego se quedó pensativa.

"Entrenar no era mi plan original, pero quiero transmitir mis conocimientos y ayudar a otros a hacer realidad su sueño. Quiero darle a alguien la oportunidad que yo perdí".

La miré fijamente, evaluando cada palabra, cada movimiento, cada expresión de su bello rostro.

"¿Quieres saber cómo respondió Emma a eso?", le pregunté.

"La verdad es que no", murmuró.

Sonreí satisfecho ante su respuesta y sus mejillas se sonrojaron. Me recordó a su rubor de la noche anterior. Me vinieron a la cabeza imágenes de nuestra noche juntos. Su largo y rizado pelo castaño cayendo sobre sus hombros mientras me la follaba contra la pared, esos cálidos ojos marrones abriéndose de par en par por la sorpresa cuando su orgasmo la inundaba.

Podría haberme corrido dentro de ella en ese momento, pero no quería que terminara tan pronto. Ya que mis sospechas se habían disipado, podía volver a saborear el recuerdo.

"Emma me dijo que quería hacerse un nombre y que se puede ganar más dinero como entrenadora que compitiendo si se hacen los contactos adecuados", le conté, ignorando el deseo de Jenny de no saberlo. "Estaba claro que ella pensaba que yo era ese tipo de contacto".

Jenny frunció los labios. "Siempre ha sido ambiciosa".

"Hay una delgada línea entre la ambición y la desviación, creo que lo sabes".

Ella asintió.

"Si lo recuerdas, ¿quieres el trabajo?", le pregunté.

"¿En serio?", tartamudeó, "Emma es medallista de oro, ¿estás seguro de que quieres a alguien que sólo ha ganado la medalla de plata?".

Su modestia era entrañable. Y una de las razones por las que quería contratarla.

"En la entrevista supe que Emma no encajaría, me pareció egoísta y exigente. Por no mencionar el hecho de que sé que ella y tu ex te engañaron. Así que no quiero a esa mujer cerca de mi hija, pero creo que tú serás una buena influencia para ella".

Jenny pensó un momento y luego dijo: "De acuerdo, cuéntame más sobre el trabajo".

Jenny

Era una locura siquiera considerar este trabajo. No tenía experiencia en relaciones de una noche, pero sabía que generalmente no se acepta un trabajo con el hombre con el que te has acostado.

Debería haberlo cancelado inmediatamente, pero algo me decía que me quedara. Al igual que la noche anterior, había algo en Preston que me hacía dejar de lado mis preocupaciones y lanzarme de cabeza.

"Espero lo mejor para mi hija, Abigail. Tiene dieciséis años y las próximas competiciones podrían hacer o deshacer su futuro", explicó Preston. "Por eso este es un puesto que te ocupará todo tu tiempo. Tengo un área de entrenamiento en mi casa para que Abigail pueda entrenar todo lo posible y con la mayor facilidad. Es lo último en tecnología. Quiero que estés ahí para ella las 24 horas del día si lo necesita. Eso significa que te quedarás a vivir con nosotros".

Tragué saliva. Conocía a una o dos gimnastas que provenían de familias adineradas y tenían un entrenador en casa. No era habitual, pero ocurría. Definitivamente dudaría en esas circunstancias, pero especialmente con Preston. ¿Podríamos mantener las cosas profesionales entre nosotros? ¿Esperaría sexo de mí?

¿Y qué quiero yo de él?

Si soy sincera, tengo que decir que no puedo responder a esa pregunta.

"Por supuesto, el alojamiento y la comida son gratis, pero también te pagaré generosamente", añadió, escribiendo algo en un papel. Me deslizó el papel y el sueldo que me proponía casi hizo que se me salieran los ojos de las órbitas.

"Es muy generoso, pero...". Dudé. Con ese dinero podría mudarme de casa de mi hermana y pagar la fisioterapia que aún necesitaba. "¿Me das unos días para pensármelo?".

Preston se reclinó en su silla y me miró con expresión seria.

"Puedo darte hasta mañana", dijo. Me dio la impresión de que era un hombre acostumbrado a

salirse con la suya. Probablemente era el padre de una deportista demasiado ambiciosa. Sabía lo desafiantes que podían llegar a ser.

"Preston, por favor", insistí, deslizándome hacia delante en mi silla. "Es una decisión importante".

"Abigail tiene un torneo clasificatorio dentro de quince días y su último entrenador se marchó inesperadamente", explicó con severidad. "No puede esperar si quiere llegar a los Nacionales. Tiene que ganar para entrar en el equipo olímpico este verano. Si no me das una respuesta para mañana al mediodía, buscaré a alguien con más ganas".

Apreté los puños. Tenía que mandarle a la mierda, que no me iba a dejar mangonear. Estaba loca por considerar siquiera un trabajo con él. Por no mencionar que, a pesar de mi frustración, aún podía sentir las reverberaciones de su tacto en mi piel.

¿Cómo podía trabajar para alguien que me daba ganas de golpearle y besarle a partes iguales?

"Tendrás tu respuesta", dije y me levanté. No esperé más comentarios por su parte y salí de su despacho antes de que pudiera ceder a uno de mis impulsos. Sólo que no sabía cuál.

Capítulo cinco

Preston

El hielo tintineó contra el vaso mientras me servía un trago fuerte, aún en estado de shock por la marcha de Jenny. Le había hecho una buena oferta y esperaba que estuviera encantada y agradecida. En lugar de eso, se marchó de mi despacho como si yo fuera el irrazonable. El suave bourbon calmó mi ardiente ego mientras se deslizaba por mi garganta.

"Oye, ¿no era esa la chica de anoche?", preguntó Ethan, entrando a trompicones en mi despacho con Oliver a cuestas.

Ethan y Oliver eran mis socios en el bufete y buenos amigos. También eran un poco como ángeles y demonios sobre mis hombros. Eso hacía que el bufete tuviera tanto éxito, que tuviéramos un equilibrio.

"Creía que estabas entrevistando a entrenadores", comentó Oliver con el ceño fruncido.

Aferré el vaso con más fuerza e intenté mantener una apariencia de despreocupación. "Sí, resulta que era una de las candidatas".

"Ah, ya veo", sonrió Oliver. "Dos por el precio de uno, ¿eh? Una entrenadora y un buen culo".

"Vete a la mierda, no es así", refunfuñé, mi negación sonó más dura de lo que había pretendido. Los comentarios groseros de Oliver nunca me habían molestado.

Supongo que sigo cabreado porque Jenny no aceptara mi oferta.

"¿Y cómo es entonces?", preguntó Ethan. Siempre había sido el más sensato de todos. Al menos en el trabajo. Había estado en suficientes fiestas con Ethan para saber lo salvaje que podía llegar a ser. Por suerte, sabía poner límites.

"En primer lugar, ella no aceptó el trabajo. Tal vez piensa que hay algo sospechoso en mí ofreciéndole un trabajo después de nuestro ... encuentro de anoche". Intenté alejar los recuerdos, pero mi mente se llenó de visiones de Jenny en pleno placer. Había tenido algunas aventuras de una noche desde mi divorcio, pero ninguna se me había quedado grabada como ella.

"¿De verdad puedes culparla?". Ethan negó con la cabeza.

"No lo creo", suspiré.

"Entonces búscate otro entrenador", sugirió Oliver, como si fuera algo evidente. "No es como si ella fuera la única aspirante. A menos que... te guste".

Lo dijo como si el concepto de compromiso le repugnara. No podía culparle, porque sabía que le habían roto el corazón hacía unos años y a mí no me interesaba nada volver a involucrarme en una relación después de mi divorcio.

"No, no es así", dije, respirando hondo. "Anoche estuvimos juntos, pero fue algo aislado, ¿no? Un momento de pasión espontáneo". Intenté sonar despectivo, pero el recuerdo de las caricias de Jenny seguía ahí, haciéndome cosquillas en la piel.

"Entonces será fácil encontrar otra entrenadora", dijo Ethan, mirándome como si hubiera percibido mi vacilación.

"Conoce la gimnasia por dentro y por fuera y Abigail podría beneficiarse mucho de alguien como ella", expliqué, sin detallar que también podría ser una buena influencia para mi hija. Jenny parecía tan... pura. "El único problema es que de momento no aceptó mi oferta".

"Nunca había visto que no fueras capaz de convencer a alguien", dijo Oliver alzando las cejas. "Después de todo, eres el comodín que siempre enviamos cuando las negociaciones necesitan un

empujoncito".

"Yo tampoco lo entiendo, chicos", refunfuñe, pasándome una mano por el pelo, frustrado. "Me impresionaron mucho sus habilidades y pensé que sería una buena pareja para Abigail. ¿Por qué iba a pensar que tenía segundas intenciones?"

"Quizá no está acostumbrada a que aprecien sus habilidades", sugirió Ethan. "Ya sabes cómo es, la gente puede quedar tan atrapada en sus propias inseguridades que no confían en nadie que vea algo especial en ellos".

"O tal vez simplemente no quiere tener nada que ver contigo profesionalmente después de lo que pasó entre vosotros dos", añadió Oliver. "Es difícil mantener las cosas separadas, sobre todo cuando hay sentimientos de por medio".

"¿Sentimientos?". Solté una carcajada y traté de restarle importancia. "Actúas como si fuéramos amantes o algo así. No hay nada especial entre nosotros". Pero incluso mientras decía eso, podía sentir la mentira apretándose incómodamente dentro de mí.

La verdad era que no podía dejar de pensar en ella: su risa, su intensidad y la forma en que me desafiaba sin darse cuenta.

"Lo que tú digas, Romeo", bromeó Ethan, con los ojos brillando con picardía.

"Oye, a lo mejor le apetece algo informal", sugirió Oliver con una sonrisa traviesa, dándome un codazo amistoso. "Ya sabes, sin compromiso y todo eso".

"¿En serio?", repliqué, con la ira a flor de piel. "¿De verdad crees que se trata de eso?"

"Relájate, tío", replicó, levantando las manos en señal de rendición. "Sólo intento relajar el ambiente".

"O tal vez...", reflexioné, agitando el líquido de color ámbar en mi vaso. "Quizá sólo esté causando problemas".

Oliver asintió sabiamente, sus ojos oscuros se volvieron serios. "Es lo que suelen hacer las mujeres".

"Gracias por la charla", murmuré, dando otro sorbo a mi bebida. Me escocía, pero no tanto como la idea de que Jenny se me escapara de las manos.

Sonó el teléfono de mi despacho, con un tono estridente que cortaba el pesado silencio. Al mirar el identificador de llamadas, sentí una oleada de frustración que me resultaba familiar. Era Christie, mi ex mujer.

"Contesta", me aconsejó Ethan con expresión comprensiva. "Te daremos un poco de intimidad".

"Gracias", suspiré y vi cómo Oliver y él abandonaban la habitación, dejándome a solas con los recuerdos de la noche anterior y el fantasma de una mujer que se había marchado sin mirar atrás.

"Christie", dije con forzada alegría mientras descolgaba el teléfono. "*¿Qué me hace el honor?*".

"Hola, Preston", Christie aflautó, su voz goteando falsedad sacarina. "*Sólo quería que supieras que esta noche llevaré a Abigail a un concierto de música pop y que la dejaré en tu casa mañana por la tarde*".

Me subió la tensión. Christie siempre hacía eso, cambios de horario de última hora, quedarse con Abigail más tiempo del debido. Yo había obtenido la custodia exclusiva porque Christie alegaba que estaba demasiado ocupada con su trabajo para ocuparse del cuidado de la niña. Un hecho que mantuve en secreto por el bien de nuestra hija. Christie había accedido a que Abigail fuera con ella cada dos fines de semana, pero le decía que era culpa mía que no se vieran más a menudo. Actuaba como si yo fuera el mal abogado que las separaba. Y Christie seguía apareciendo y secuestrando a nuestra hija para salir a divertirse, haciéndome quedar como un mal

padre si le decía que no.

"Christie, por algo tenemos un acuerdo de custodia", comenté, intentando mantener la calma.

"Ella tiene muchas ganas de ir y ya he comprado las entradas", dijo, como si ya hubiera ganado la discusión.

Reprimí un suspiro. Por el bien de Abigail, tendría que morderme la lengua otra vez.

"Bien, pero quiero que la entregues por la mañana".

"De acuerdo", respondió Christie, satisfecha de haber ganado este asalto. "Te veré en la entrega entonces. Adiós, Preston".

La línea se cortó y me quedé mirando el teléfono con incredulidad. En momentos así, despreciaba a mi ex mujer con todo mi ser. Pero por el bien de mi hija, tuve que morderme la lengua y ser amable.

Recordé a Jenny, su feroz determinación y la forma en que había salido de mi despacho. No pude evitar preguntarme si alguien como ella en la vida de Abigail podría ser el catalizador que mi hija necesitaba para liberarse de las garras manipuladoras de Christie.

Incapaz de concentrarme en los expedientes esparcidos por mi mesa, decidí salir a correr para despejarme. Así que me puse la ropa de deporte y colgué el traje. Cerré la puerta del despacho de un portazo. Mi cabeza era un torbellino de emociones, por lo que me resultaba imposible concentrarme en otra cosa que no fuera Jenny y la frustración causada por la llamada de Christie.

Al salir del edificio, el aire fresco del otoño me golpeó como una bofetada refrescante. Las concurridas calles del centro de la ciudad bullían con el ajetreo habitual de la tarde cuando empecé a correr, abriéndome paso entre la multitud.

Inevitablemente, mis pensamientos volvían a Jenny. Su actitud confiada y su ardiente desafío sonaban como una película en mi cabeza. ¿Aceptaría o rechazaría la oferta de trabajo? ¿Había dicho o hecho algo que pudiera influir en su decisión? En cualquier caso, su respuesta pendiente me pesaba y me roía el ego.

Aceleré el paso mientras la frustración alimentaba mis movimientos. Mi respiración se hizo más pesada, pero fue una distracción bienvenida del caos en mi cabeza. Al menos por el momento.

Capítulo seis

Jenny

Me temblaban las manos por el estrés de mi encuentro con Preston. Desde que me acusó de orquestar nuestro encuentro de anoche hasta que arremetió contra mí cuando me ofreció el trabajo, solo para decirme que era un trabajo a tiempo completo. Por no hablar de mi encuentro con Emma y todo lo que volvió a surgir.

Bajo el cálido sol de la tarde, caminé por un parque en el que jugaban los niños, sus risas resonaban en el aire. Me senté en un banco y los observé con una mezcla de envidia y nostalgia.

Cuando yo tenía esa edad, la gimnasia era todo pasión y alegría. Luego, la presión de la competición se apoderó de mí y, finalmente, una lesión me arrebató la última pizca de alegría que me quedaba con el deporte.

¿Cómo puedo recuperar esa alegría sin adular?

El timbre de mi teléfono interrumpió mis oscuros pensamientos. Era Kelsey, que estaba segura de que quería saber cómo había ido mi entrevista.

"¿Cómo ha ido? He estado esperando una llamada".

"No te vas a creer con quién he tenido la entrevista".

"¿Con quién?", preguntó Kelsey sorprendida.

"Preston Reynolds. El hombre que conocí anoche".

"Estás bromeando, ¿verdad?" Pude sentir literalmente cómo se había impresionado.

"No, me temo que no", respondí.

"Eso es... Ni siquiera sé qué decir. ¿Qué ha pasado?"

"Me ofreció un trabajo para entrenar a su hija. Por lo visto es muy rico porque tiene unas instalaciones de entrenamiento de última generación en su casa".

"Vaya", respiró Kelsey, tratando de procesar la información. "Por un lado, es una gran oportunidad. Por otro lado... ¿Es un sugar daddy?"

Puse los ojos en blanco y sonreí. "No es así".

"Oye, oye, sólo estoy bromeando", soltó una risita. "Pero en serio, Jenny, quizá sea tu oportunidad de volver al mundo de la gimnasia con tus propias condiciones. Además, ayudarías a una adolescente que probablemente necesita una buena entrenadora".

Respiré hondo antes de contestar. "No lo sé. Tendré que pensarlo. Quiere que viva con ellos".

"¡Vaya! Vale, eso cambia un poco las cosas", dijo, sorprendida. "¿Por qué quiere que vivas allí?"

"Quiere que esté siempre disponible para su hija", le expliqué.

"¿Entonces no es porque sea un vicioso en busca de una sesión de placer?", preguntó, sólo medio en broma.

"No creo que podamos descartar eso", resoplé.

"Sabes, trabajar para este tipo podría ser algo bueno", dijo con tono pensativo.

"¿Cómo es eso?", pregunté alzando las cejas.

"Bueno, en primer lugar, estoy segura de que te pagará bien", dijo, a lo que yo asentí. Su oferta había sido sorprendentemente alta. "Y en segundo lugar, esta podría ser tu entrada en el mundo del entrenamiento. Incluso podrías acabar entrenando al equipo olímpico".

"No planees todo mi futuro de una vez, Kels, que luego no tendrás nada que hacer", me reí.

"Sabes que tengo razón", rió ella.

"Lo sé", admití, pero mi voz sonó vacilante. *"Es que... parece demasiado complicado. Después de todo lo que pasó con Paul y Emma, juré que nunca volvería a mezclar mi vida personal con mi vida profesional"*.

"Hmmm", dijo pensativa. *"Entiendo tus preocupaciones, pero no puedes dejar que el pasado dicte tu futuro. Siempre te ha gustado la gimnasia y trabajar con Preston podría ayudarte a redescubrir esa pasión, en más de un sentido"*.

"Supongo que tienes razón", concedí, tratando de visualizarme entrenando a jóvenes atletas. La idea me animaba y me aterrorizaba al mismo tiempo. *"Puede ser. Tendré que pensarlo un poco más"*.

"Prométeme que al menos lo considerarás", me pidió con voz suave pero insistente.

"Lo haré, amor. Hasta luego". Terminamos nuestra conversación y dejé volar mis pensamientos.

Sabía que tenía que tomar una decisión de un modo u otro sobre el trabajo con Preston. Había muchas buenas razones para aceptar el trabajo. Pero también había muchas buenas razones para no aceptarlo.

Pensé en cómo sería vivir con él. ¿Sería cortés? ¿Nos acercaríamos más el uno al otro? ¿Seguiría queriendo acostarse conmigo?

Una pequeña parte de mí se excitó al pensar en esto último.

Estaba haciendo el ridículo. Parecía una colegiala enamorada.

No, no estaba enamorada. Preston Reynolds no me interesaba en ese sentido. Simplemente no tenía experiencia con el sexo casual y estaba mezclando cosas.

El hecho de que el sexo con él había sido el mejor de mi vida no significaba nada. Tenía que enfocar todo esto con lógica.

¿Pero cómo?

Preston

Jadeando, me detuve frente a mi piso en el centro de la ciudad. El sudor me caía por la frente.

Acababa de caminar quince kilómetros en un vano intento de olvidarme de Jenny Adams. Su espíritu decidido y su innegable belleza me habían cautivado de una forma que no había experimentado desde... bueno, desde que mi ex mujer Christie me había llamado la atención por primera vez.

Sí, ¿y qué tan bien resultó eso?

Me dirigí a la cocina, cogí un vaso del armario y lo llené de agua helada. Me bebí todo el vaso de un trago, lo dejé a un lado y entré en el cuarto de baño porque tenía muchas ganas de lavarme el sudor y la suciedad de la carrera y de pensar en Jenny.

Mientras el agua caliente corría por mi cuerpo, intenté concentrarme en asuntos más urgentes: tenía que encontrar un entrenador para Abigail de un modo u otro.

Pero mientras sopesaba los pros y los contras de cada candidato, mis pensamientos volvían a Jenny, y no sólo porque pensara que era la mejor opción como entrenadora de Abigail.

Pensé en cómo convencerla para que aceptara el trabajo. Para ser sincero, me molestó mucho que se hubiera atrevido a rechazarlo.

No era mi estilo rogar a la gente. Si hubiera sido cualquier otra candidata, ya me habría olvidado de ella y habría pasado a la siguiente.

No tengo ni idea de qué va...

Vi sus cálidos ojos marrones brillar ante mi ojo interior, su mirada llena de determinación y pasión. No pude evitar sentirme atraído por ella, lo que no hizo sino complicar aún más las cosas.

Mis pensamientos volvieron a la noche anterior, cuando Jenny y yo nos habíamos perdido el uno en el otro.

El recuerdo de su suave piel apretada contra la mía, el sabor de sus labios y la forma en que susurraba mi nombre mientras nuestros cuerpos se tocaban... era demasiado para resistirme.

No podía evitar imaginarme cómo sería tenerla de nuevo, sentir esos deliciosos rizos enroscados en mis dedos mientras guiaba sus movimientos; explorar cada centímetro de su cuerpo con mis manos, mis labios y mi lengua. Mi corazón se aceleraba mientras mi mente pintaba vívidas imágenes de nosotros dos, con nuestra pasión más ardiente que nunca.

Me agarré la polla y tuve que librarme de aquel dolor palpitante. Cerré los ojos y empecé a acariciarme mientras las fantasías de Jenny se volvían cada vez más intensas y detalladas.

La imaginé tumbada debajo de mí. Su espalda se arqueaba mientras suplicaba más, sus uñas se clavaban en mis hombros mientras yo la penetraba con desenfreno.

Mis fantasías eran cada vez más atrevidas. Imaginé que la tomaba de formas nuevas y excitantes, llevando los límites de nuestra pasión más lejos que antes. Y entonces, justo cuando las imágenes de mi cabeza alcanzaban su clímax, yo también me corrí.

Grité, el orgasmo me inundó en poderosas oleadas y temblé de pies a cabeza. Jadeante, me apoyé en la pared de la ducha para sostenerme, con el cuerpo agotado y la mente en vilo.

Poco a poco recobré la compostura. Tenía que hacer lo mejor para mi hija y su futuro. Independientemente de mis sentimientos, eso significaba contratar a Jenny como entrenadora. Necesitaba a alguien que pusiera a Abigail en primer lugar y no creía que ninguna de las otras candidatas lo hiciera.

Con renovada determinación, tiré por el retrete los restos de mis fantasías y me preparé para la entrevista con Jenny. Haría todo lo posible por convencerla de que debíamos trabajar juntos por el bien de Abigail.

Salí de la ducha y me sequé. Después de vestirme, llamé a mi secretaria y le pedí el número de la señorita Jennifer Adams.

La perspectiva de volver a verla me produjo un pequeño escalofrío. Pero por el bien de Abigail, fui capaz de dejar a un lado la atracción por Jenny. Tuve que hacerlo.

Capítulo siete

Jenny

"Tu rodilla está más rígida de lo normal", me dijo la Dra. Patel, mi fisioterapeuta. "Estás sobrecargando la rodilla. Demasiado tiempo de pie y caminando no es bueno para tu proceso de curación".

La fría barra metálica me presionaba las palmas de las manos, una sensación que me resultaba agradable. Con cada movimiento lento y deliberado, sentía el familiar ardor en los músculos. En el gimnasio de fisioterapia se oían los sonidos apagados de otros pacientes haciendo sus ejercicios, acompañados por el rítmico pitido de varias máquinas.

"Sé que últimamente estoy haciendo muchos turnos extras", dije. La verdad era que necesitaba ingresos extras, así que había estado haciendo turnos dobles. Después, siempre me dolía la rodilla. Quizá la había sobrecargado un poco anoche con Preston. No es que quisiera admitirlo ante mi fisioterapeuta. Ni ante nadie.

La Dra. Patel me dedicó una sonrisa amable, con ojos llenos de comprensión. "Sé que te gustaría estar más avanzada en tu recuperación, pero los progresos que has hecho son notables teniendo en cuenta la gravedad de tu lesión".

Asentí y me esforcé por apreciar mis progresos. En secreto, por supuesto, quería volver a competir cuando estuviera totalmente recuperada. Esa era mi motivación y estaba dispuesta a aceptar la carga financiera.

"Muy bien, pasemos al siguiente ejercicio", me indicó la Dra. Patel y me condujo a unas barras paralelas.

Mientras me subía a las barras, pensé en el precario equilibrio de mi vida. Por un lado, estaba mi sueño de volver a la gimnasia, alimentado por la determinación y un espíritu inquebrantable. Por otro lado, estaban las facturas y responsabilidades cada vez mayores que amenazaban con destruirlo todo.

Y luego estaba Preston.

El recuerdo de nuestro último encuentro seguía conmigo, una mezcla de irritación y fascinación. No podía negar la ligera emoción que me recorría ante la idea de trabajar para él y cuidar de su hija.

Pero, ¿podía confiar en él? Y lo que es más importante, ¿podría confiar en mí misma a su lado? "¿Jenny?". La voz de la Dra. Patel me devolvió al presente. "Pareces distraída. ¿Va todo bien?".

Me obligué a sonreír y aparté los pensamientos sobre Preston de mi cabeza. "Sí, lo siento. Me he perdido en mis pensamientos por un momento. Estoy lista para seguir adelante".

"Muy bien", dijo la Dra. Patel, su mirada escrutándome como si pudiera ver a través de mi fachada cuidadosamente construida. "Volvamos al trabajo entonces".

Volví a concentrarme en mis ejercicios, con los músculos doloridos por el esfuerzo. El corazón me latía con fuerza, recordándome los progresos que había hecho hasta entonces y el largo camino que me quedaba por recorrer. Estaba decidida a superarlo todo, a recuperar fuerzas y, finalmente, a volver al mundo de la gimnasia, aunque por el momento me pareciera un sueño lejano.

"Muy buen trabajo, como siempre", comentó la Dra. Patel cuando terminamos. "No lo olvides:

la sobrecarga es mala para la rodilla".

"Por supuesto", respondí y asentí, aunque sabía que sería difícil trabajar menos en vista de mis crecientes preocupaciones económicas. Pero, desde luego, no quería mostrarle mis preocupaciones.

"Muy bien, la veré en su próxima cita", dijo, dándome una palmada en la espalda antes de marcharse.

"Gracias, Dra. Patel", grité tras ella, intentando sonar alegre a pesar del nudo que se me estaba formando en el estómago.

Respirando hondo, me acerqué al mostrador de pago, intentando prepararme para el inevitable golpe en mi cuenta bancaria. La recepcionista, Amy, me saludó.

"Bien", empezó Amy, con un tono inesperadamente sombrío. "Tengo noticias para usted en relación con la cobertura de su seguro".

Sus palabras me revolvieron el estómago y me obligué a preguntar: "¿Qué pasa?".

"Bueno", vacila, con cara de verdadera compasión. "Parece que su seguro ha alcanzado el límite de cobertura para este año, lo que significa que tendrá que pagar el coste total de las futuras sesiones".

La habitación parecía girar a mi alrededor. ¿Cómo podía permitirme los tratamientos que necesitaba sin seguro? El pánico hervía en mi interior y amenazaba con desbordarse. Pero no quería mostrarle mi miedo a Amy. Quería mantener las apariencias.

"Gracias por avisarme", murmuré, apenas más que un susurro. "Pensaré en algo".

"Lo siento mucho", contestó ella disculpándose. "¿Hay algo que la oficina pueda hacer para ayudar?".

"No, no pasa nada", mentí, obligándome a sonreír de nuevo. "Me las arreglaré. De alguna manera".

Mientras salía de la clínica, por mi mente pasaban preocupaciones y dudas. El peso de mi situación económica me aplastaba y me dificultaba la respiración.

Pensé en Preston y en su oferta de trabajo. La perspectiva de trabajar para él me entusiasmaba y me asustaba al mismo tiempo. Tal vez Kelsey tenía razón y trabajar para él podría ser bueno para mí en más de un sentido. Dios sabía que necesitaba el dinero.

Mi teléfono móvil zumbó y lo saqué.

Hola Jenny, soy Preston Reynolds.

PRESTON: Creo que hoy los dos hemos empezado con mal pie y me gustaría compensarte.

¿Puedo invitarte a cenar esta noche como disculpa? Todavía hay mucho de qué hablar.

El corazón me latía con una extraña mezcla de excitación y temor. Parecía bastante disgustado por no haber aceptado el trabajo de inmediato y me sorprendió que se pusiera en contacto conmigo en ese momento.

Y justo cuando empezaba a convencerme de aceptar el trabajo. No creía en el destino, pero quizá era una señal.

Escribí una respuesta, sin querer parecer desesperada.

YO: De acuerdo.

YO: La cena suena bien.

YO: ¿Dónde y cuándo?

PRESTON: ¡Genial! ¿Qué te parece a las 7 de la tarde en Le Jardín?

PRESTON: Es acogedor y tranquilo.

PRESTON: Perfecto para charlar.

Intenté mantener a raya las mariposas de mi estómago.

YO: Muy bien.

PRESTON: Lo estoy deseando.

Más tarde, frente al espejo de casa, dudé mientras me aplicaba una sutil capa de pintalabios. Su invitación a cenar me dejó indecisa: entusiasmada ante la perspectiva de una oportunidad única en la vida, pero también escéptica.

No podía evitar preguntarme si reunirme con él era la decisión correcta. ¿Sería posible trabajar para alguien que ya había conseguido agitarme tanto?

Tenía que serenarme.

Me alisé el sencillo vestido negro. No tenía muchas más opciones. Enfrentada a las crecientes facturas de la terapia y a un ardiente deseo de volver a competir, necesitaba esta oportunidad.

"De acuerdo", dije, respirando hondo por última vez antes de coger mi bolso y salir por la puerta. "Vamos entonces".

Cuando entré en el restaurante, el ambiente cálido y el delicioso aroma de la cocina gourmet me envolvieron de inmediato. Mientras escudriñaba la sala en busca de algún rastro de Preston, el corazón se me aceleró en el pecho, mezcla de nerviosismo y expectación.

Y entonces lo vi.

Estaba sentado en una mesa cerca de la ventana, con los ojos fijos en algo que había fuera del restaurante. Por un momento, me permití admirar lo guapo que estaba con su traje a medida y su pelo corto y oscuro impecablemente peinado. Pero ese momento duró poco, ya que la realidad de la situación se apoderó de mí.

Obligé a mis piernas a moverse hacia la mesa y caminé lentamente hacia él.

Cuando por fin me vio, sus ojos se iluminaron y una sonrisa genuina se dibujó en su rostro.

"Jenny", dijo con una sonrisa y se levantó para saludarme. "Me alegro de que hayas podido venir esta noche".

Me sorprendió el efecto que me causó su sonrisa.

"Bueno, yo...". El aleteo de mi pecho me distrajo de lo que quería decir. Me sentí ridícula. "Después de todo, sé lo difícil que es sacarte una disculpa".

Se rió de mi comentario y me acercó una silla antes de sentarse él. Este pequeño gesto de caballerosidad no hizo más que aumentar mis sentimientos encontrados: aunque apreciaba sus esfuerzos por ser educado, no podía evitar desconfiar de sus intenciones.

Mientras el camarero se acercaba con otra copa de vino y la llenaba, respiré hondo y me preparé mentalmente para la conversación que se avecinaba.

"Estás muy guapa esta noche", me dijo.

El cumplido me desconcertó por completo e intenté balbucear una respuesta, sin saber si darle las gracias o preguntarle si me había llamado para ligar o para contratarme.

"Siento haberte presionado tanto. Sólo quiero lo mejor para mi hija y eso me hace un poco..."

"¿Agresivo?", pregunté al encontrar de nuevo la voz.

"Apasionado", me corrigió levantando una ceja.

"Entonces, si hemos solucionado esto, ¿aceptarás el trabajo?", quiso saber de inmediato.

Tragué saliva. Trabajar para Preston solucionaría mis problemas económicos y me permitiría seguir haciendo fisioterapia. Pero si un solo cumplido suyo me hacía perder la cabeza, ¿cómo iba a vivir con él y mantener la compostura? Tenía que recuperar el control.

"Tengo dos condiciones si acepto", declaré y me enderecé. Había competido en las Olimpiadas, no iba a dejar que un hombre me despistara. Por muy guapo que fuera.

"En primer lugar, cuando estoy entrenando a Abigail, mando yo. No se te permite interferir. Y segundo, nada de sexo. Eso fue una cosa de una sola vez y tenemos que mantener las cosas profesionales a partir de este momento".

"La segunda regla puede ser difícil de seguir", sonrió con satisfacción.

"No es negociable", dije, manteniéndome firme a pesar de que me invadía la lujuria ante sus palabras.

"Si insistes", murmuró finalmente.

"Insisto".

"Entonces enhorabuena, estás contratada. Empiezas mañana", sonrió.

Me volvieron las mariposas y no sabía decir si eran los nervios de aceptar este nuevo puesto y todos los cambios que traería o Preston.

Levantó su copa y la luz de las velas proyectó un cálido resplandor sobre su rostro.

"Por los nuevos comienzos", brindó, con sus ojos clavados en los míos.

Dudé un momento, buscando un atisbo de falta de sinceridad en su mirada. "Por los nuevos comienzos", respondí y chocamos las copas.

El camarero tomó nuestro pedido poco después y entonces decidí averiguar más sobre a quién iba a entrenar. Además, necesitaba cambiar de tema a algo más profesional porque estoy bastante segura de que él podía ver el rubor que me subía por el pecho y el cuello; se me calentaba la sangre sólo de estar cerca de él.

"Háblame de Abigail", le pregunté.

"Empezó a hacer gimnasia a los cinco años y se enamoró enseguida", empezó a explicarme. "Es buena, muy buena. No es sólo orgullo paterno. Últimamente, sin embargo, no se esfuerza tanto como antes".

Habló un poco de otros intereses de Abigail, la música, los amigos y quedó claro cuánto quería a su hija. No sólo era reconfortante, sino que lo hacía mucho más atractivo. Estaba claro que Preston tenía más que ofrecer que su exterior encantador pero engreído.

Llegó la cena y entre bocado y bocado de deliciosa cocina francesa hablamos de gimnasia, de películas, de los lugares que había visitado en las competiciones y de dónde había viajado Preston.

Cuanto más disfrutaba de su compañía, más empezaba a preocuparme. Estaba contenta con mi decisión de aceptar el trabajo y con las condiciones que había puesto. Pero empecé a preguntarme si yo misma sería capaz de cumplirlas.

Nunca había sentido una atracción semejante, mi cuerpo se sentía atraído por Preston como una polilla por una llama. Cada vez que movía sus manos, recordaba cómo se sentían cuando me tocaban. Miraba sus labios mientras hablaba y deseaba besarlos de nuevo.

Tenía que seguir mi regla de no tener sexo, por muy difícil que me resultara. Nunca más mi

vida personal debía interferir en mi vida profesional.

Ya había perdido mi sueño una vez cuando cometí ese error y no quería que volviera a ocurrir.

Capítulo ocho

Jenny

A la mañana siguiente, salí del coche y mi corazón latió un poco más rápido de lo habitual. La villa de Preston se extendía ante mí, un edificio imponente que desprendía un aire de opulencia. Me ajusté nerviosamente la correa del bolso.

Mientras caminaba hacia la entrada, lo divisé. Preston estaba allí de pie, con su alta figura apoyada despreocupadamente en la puerta. Estaba tan guapo como siempre, con el pelo oscuro ligeramente despeinado y los ojos fijos en mí. Tragué saliva y olvidé por un momento mi incertidumbre al sentirme invadida por una oleada de excitación.

"Jenny", me saludó, con una voz suave que me produjo un escalofrío. "Llegas tarde".

La emoción se evaporó como un globo pinchado por la realidad.

Me hizo una señal para que le siguiera y me puse a su lado mientras me guiaba por la gran entrada de su mansión.

El interior era una oda al lujo moderno, una sinfonía de tonos neutros y obras de arte cuidadosamente elegidas que adornaban las paredes. Una amplia escalera con una elegante barandilla de cristal nos daba la bienvenida, insinuando la grandeza que había más allá.

Me guió a través de la sala de estar de planta abierta, donde las ventanas del suelo al techo ofrecían una vista impresionante del extenso paisaje urbano. Una cocina de última generación con elegantes electrodomésticos y encimeras de mármol nos invitaba a quedarnos. La sala desembocaba en una espaciosa zona de ocio que prometía una experiencia envolvente con su mobiliario de felpa y tecnología punta.

Por último, se detuvo frente a una puerta y se me cortó la respiración cuando la abrió para revelar un dormitorio que personificaba la elegancia moderna. Líneas limpias y tejidos lujosos se combinaban para crear un santuario que destilaba comodidad y estilo. Una cama tamaño king dominaba la habitación, envuelta en impecable ropa de cama blanca, mientras que una araña minimalista colgaba del techo, difundiendo una luz suave y acogedora.

"¿Ésta es mi habitación?", pregunté incrédula, con un deje de asombro en la voz.

Preston sonrió, con un brillo travieso en los ojos. "Sólo si quieres compartirla".

Por un momento, una oleada de deseo me recorrió y mi imaginación jugó con tentadoras posibilidades. El calor me subió por la nuca mientras intentaba reprimir rápidamente los pensamientos inapropiados que me habían venido a la cabeza.

Su atención cambió cuando un asistente se acercó a él y le susurró algo que no pude entender. Sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción y se volvió hacia mí.

"Ven conmigo", me dijo, con una mezcla de expectación y entusiasmo en el tono. "Hay alguien que quiero que conozcas".

Mi corazón latió más rápido mientras le seguía por el impresionante vestíbulo, con la curiosidad despertada.

Cuando llegamos a la puerta principal, se abrió para dejar ver a una adolescente que entró con una compostura discreta.

Se parecía mucho a Preston, con los mismos ojos azules y una cierta seguridad en sí misma. La seguía un criado que llevaba su equipaje. La sonrisa de Preston se ensanchó.

"Abigail, querida, bienvenida", la saludó Preston con voz cálida mientras se acercaba a ella y la

abrazaba. "Quiero presentarte a alguien. Esta es tu nueva entrenadora, Jennifer Adams".

Sonreía mientras le tendía la mano. "Hola, Abigail. Encantada de conocerte".

Los ojos de Abigail me escrutaron, su expresión distante y desinteresada. Me hizo un gesto seco con la cabeza, pero no me respondió. La falta de respuesta me sorprendió, pero no dejé que me desanimara.

"Llevaré las cosas a tu habitación", dijo el criado, interrumpiendo el incómodo silencio mientras cogía el equipaje de Abigail y salía rápidamente de la habitación.

Preston se aclaró la garganta, su sonrisa parecía forzada. "Abigail, por favor, sé educada. La entrenadora Adams está aquí para convertirte en una campeona".

Un suspiro escapó de los labios de Abigail y ella finalmente habló, su tono goteando con acritud. "Genial, justo lo que necesito. Otro entrenador".

Sentí una punzada de sorpresa ante sus palabras y no supe qué responder. La expresión de Preston se ensombreció y en sus ojos brilló un atisbo de decepción.

"Abigail", dijo con firmeza, "espero que trates a la entrenadora Adams con respeto".

Ella puso los ojos en blanco, su voz teñida de sarcasmo mientras murmuraba una disculpa a medias. "Lo siento".

Mi corazón se hundió mientras intercambiaba una mirada con Preston. Podía sentir la tensión en la habitación y mi entusiasmo inicial empezó a flaquear. Este encuentro no iba tan bien como esperaba. La hostilidad de Abigail me pilló desprevenida.

De todos los problemas que había previsto en este trabajo, mi alumna no había sido ninguno.

En ese momento, un movimiento llamó mi atención cuando una mujer entró desde fuera. Era innegablemente atractiva, con un aire de sofisticación que parecía atraer todas las miradas hacia ella.

La actitud de Preston cambió, una sombra de inquietud se dibujó en sus rasgos. "Jennifer Adams, ésta es Christie King, la madre de Abigail", la presentó, con un tono un poco tenso.

"Hola", saludé con voz firme, aunque sentía el peso de la mirada despectiva de Christie.

Los labios de Christie se curvaron en una fina sonrisa mientras me escrutaba de pies a cabeza.

"Señorita Adams", asintió fría y distante.

No pude evitar sentir una oleada de inquietud. Como si la dinámica entre Preston y Abigail no fuera suficiente, tenía los ojos vigilantes de Christie sobre mí.

Estaba claro que este nuevo capítulo de mi vida iba a ser más difícil de lo que jamás había imaginado.

Preston

Hacía tiempo que Christie y yo no estábamos juntos en una habitación. Normalmente acabábamos a gritos. Sabía que la única razón por la que había venido era porque quería algo y eso no presagiaba nada bueno.

"Abigail, ¿por qué no le enseñas a Jenny nuestras instalaciones de entrenamiento in situ?".

Mi hija puso los ojos en blanco de forma dramática. "¿Tengo que hacerlo?".

Apreté los dientes. "Sí, tienes que hacerlo. Enséñaselo, por favor".

Jenny, que había estado observando la conversación en silencio, intervino suavemente: "Estoy deseando ver el centro de formación".

Abigail resopló y me miró molesta antes de aceptar a regañadientes. Cuando sus pasos se desvanecieron, la tensión entre Christie y yo pareció intensificarse.

Decidí romper el silencio, mi voz contenía un toque de irritación. “¿Qué te trae por aquí, Christie?”.

Ella me dedicó una sonrisa tensa, sus palabras cuidadosamente elegidas. "Creo que es hora de discutir el futuro de Abigail".

Me crucé de brazos, mi frustración hirviendo bajo la superficie.

"¿Su futuro?", repliqué levantando una ceja.

Christie resopló molesta.

"Abigail tiene que dejar la gimnasia y centrarse en sus estudios. Tiene que ir a una buena universidad para poder trabajar en mi empresa cuando se gradúe".

Fruncí el ceño. "Abigail es perfectamente capaz de sobresalir tanto en gimnasia como en sus estudios. Sus notas lo demuestran".

La expresión de Christie se volvió gélida. "Ni siquiera le gusta la gimnasia".

Alcé las cejas, con mi escepticismo intacto. "Eso es ridículo, ir a las Olimpiadas ha sido el sueño de Abi desde que tenía diez años".

Ella le dio la espalda. "Cree lo que quieras. Sólo creo que debería concentrarse en su futuro".

Me acerqué a ella y la miré fijamente. "La gimnasia es su futuro. No es algo que puedas quitarle. Si querías tener más voz en su vida, deberías haber luchado por la custodia compartida en lugar de dar prioridad a tu empresa".

Christie frunció los labios y me di cuenta de que había tocado un nervio.

Bien.

“Hablando de mi empresa, dentro de unas semanas tengo una reunión importante con unos inversores. No tendré tiempo de organizar la fiesta de cumpleaños de Abigail”.

"Pero tú siempre organizas sus cumpleaños", protesté. "Y es su decimoséptimo, que es importante".

Christie se encogió de hombros. "También lo es mi reunión".

"De acuerdo", suspiré. "Entonces supongo que tendré que hacerlo".

Con todas mis habilidades, las fiestas no eran una de ellas. Pero no quería defraudar a mi hija, y menos en un cumpleaños tan importante.

"Bueno, Christie, ha sido encantador", comenté con sarcasmo, indicando que era hora de irse.

"Preston", se despidió antes de darse la vuelta para marcharse, con sus zapatos de tacón haciendo un brusco clic en las baldosas de mármol.

Mis manos se cerraron en puños. Hoy iba a ser un buen día. Abigail volvía a estar bajo mi techo, le había conseguido un entrenador y ese entrenador era una mujer increíblemente sexy y seductora a la que estaba desesperado por conocer mejor.

Era como si mi ex-mujer tuviera un sexto sentido para saber cuándo estaba teniendo un buen día y sabía exactamente cómo arruinarlo.

Jenny

Abigail me guió por la mansión, con pasos firmes, hasta su estudio privado de entrenamiento. No podía dejar de pensar en su mala actitud.

A los dieciséis años, me había centrado por completo en mi objetivo de competir en los Juegos Olímpicos, pero ella había mostrado poco interés. Su reacción me desanimó y me molestó un poco. Jamás se me habría ocurrido hablarle a una entrenadora como ella me había hablado a mí.

Cuando por fin entramos en la zona de entrenamiento, se me abrieron los ojos de asombro. El gimnasio era un extenso paraíso de aparatos de fitness y gimnasia, cada pieza cuidadosamente adaptada a las necesidades de entrenamiento de Abigail. No pude evitar sentirme realmente impresionada por el tamaño de las instalaciones que teníamos ante nosotros.

"Wow, esto es increíble", murmuré, mi voz llena de genuina admiración.

Su respuesta, sin embargo, fue un encogimiento de hombros desdeñoso, su actitud aparentemente indiferente. "Sí, está bien, supongo".

Tal vez ella no puede ver su privilegio.

Suspiré, insegura de cómo proceder. Abigail cruzó los brazos delante del pecho y me lanzó una mirada desafiante.

"¿De verdad crees que puedes convertirme en una 'campeona' como dice mi padre?"

La miré fijamente y me armé de valor. "No".

La sorpresa y el enfado se reflejaron en sus facciones, y la curiosidad sustituyó a su habitual indiferencia. "¿Por qué no?"

Elegí mis palabras con cuidado y le sostuve la mirada. "Para llegar a ser un campeón, no sólo se necesita destreza física. Se necesita un esfuerzo incansable, dedicación y la mentalidad de un verdadero ganador. Y para ser sincera, por lo que he visto hasta este momento, dudo que quieras ser una campeona. Si no estás dispuesta a dar lo mejor de ti, entonces no puedo hacer nada. Si la gimnasia no es tu pasión, entonces está bien que lo dejes. No deberías seguir haciéndolo sólo porque otra persona quiere que lo hagas. Hazlo por ti misma".

Los ojos de Abigail buscaron mi mirada, con una mezcla de emociones arremolinándose en ellos. Continué: "El entrenamiento empieza mañana por la mañana. Si realmente estás comprometida con la gimnasia, sé puntual. Si no, lo tomaré como una señal de que este no es el camino que quieres seguir y no seré tu entrenadora".

La dejé en el gimnasio y volví a mi habitación. Cuando llegué, empezaron a asaltarme las dudas. ¿Había sido una decisión acertada darle un ultimátum tan claro? No podía evitar preocuparme por el impacto que mis palabras pudieran tener en sus decisiones futuras. Pero en el fondo, sabía que a veces las palabras duras eran necesarias para revelar los verdaderos deseos del corazón.

Sólo esperaba no volver a perder mi trabajo mañana. Y que Preston no se enfadara conmigo.

Capítulo nueve

Preston

La noche era cálida y húmeda, el aire estaba cargado de tensión. Daba vueltas en la cama, inquieto e incapaz de conciliar el sueño. Por más que lo intentaba, no podía quitarme de la cabeza la imagen de Jenny.

Sus cálidos ojos marrones, su larga melena rizada enmarcándole la cara. La forma en que su cuerpo tonificado se movía con tanta gracia era un testimonio de sus años como gimnasta. Sólo llevaba unas horas en mi casa y ya me costaba no tocarla.

Gemí, sintiendo el deseo familiar agitándose en mi vientre. Quitó el edredón, coloqué las piernas en el borde de la cama y me froté la cara con las manos. Eso era ridículo; no había estado tan excitado desde... bueno, desde nuestra noche juntos en el hotel. Pero en lugar de calmarme, mis pensamientos sólo parecían intensificarse.

"Maldita sea", murmuré, levantándome de la cama. Necesitaba algo que me refrescara. Anduve a tientas por el suelo de madera, busqué un vaso y me serví una generosa ración de whisky. El líquido de color ámbar me quemó la garganta, pero no sirvió de mucho para aliviar el dolor que se negaba a remitir.

Probablemente sólo necesitaba un poco de aire fresco y salí al balcón, todavía sin camiseta y vestido únicamente con mi pantalón de chándal. La luna estaba muy alta en el cielo y proyectaba su pálida luz sobre la zona que tenía debajo. Mientras me apoyaba en la barandilla y daba otro sorbo a mi bebida, oí el suave crujido de una puerta al abrirse.

Mi corazón dio un vuelco al ver a Jenny salir al balcón contigo, aparentemente ajena a mi presencia. Llevaba una sencilla camiseta y unos minúsculos pantalones cortos que ceñían sus torneadas piernas y dejaban poco a la imaginación. Se me hizo la boca agua cuando me di cuenta de que no llevaba sujetador bajo la camiseta.

Tomé otro sorbo de whisky y dejé que el ardor me distrajera de mi deseo.

"Hola", me dijo en voz baja, con un ligero rubor en las mejillas al escrutar mi torso. "No te había visto".

"Hola", respondí con una pequeña sonrisa. "¿Tampoco puedes dormir?"

"Sí, eso parece". Su voz apenas era más que un susurro cuando por fin consiguió apartar la mirada de mi pecho y volver a mirar a la luna. "Salí a tomar el aire".

"Venga, tómate algo conmigo", sugerí señalando mi vaso.

Jenny vaciló, sus ojos iban y venían entre mí y la puerta que daba a su habitación. "No sé si es buena idea..."

"Sólo un trago", le dije suavemente, aunque mi corazón latía más deprisa ante la idea de estar junto a ella en pijama. "Y luego podemos volver a fingir que dormimos".

"De acuerdo", cedió finalmente, dedicándome una pequeña sonrisa. "Pero sólo uno".

"Trato hecho", acepté, "nos vemos en el estudio".

Cogí el whisky y otro vaso y me reuní con Jenny en el vestíbulo. La conduje a mi estudio privado, donde había un sofá de cuero a un lado de la habitación y mi escritorio al otro. Le serví un vaso, me senté en el sofá y le di una palmada en el asiento de al lado. Ella dudó un momento antes de sentarse y coger el vaso. Lo bebió con cuidado e hizo una mueca cuando el whisky le quemó la garganta.

"Vaya", tosió y parpadeó rápidamente. "Es muy fuerte".

"Lo siento", me disculpé, con una sonrisa dibujándose en mi cara. "Debería haberte avisado".

"La próxima vez", bromeó, acomodándose más en su asiento mientras bebía otro sorbo más pequeño.

No pude evitar mirar a Jenny y admirar cómo la luz plateada se reflejaba en sus rasgos, resaltando las curvas de sus pómulos y la carnosidad de sus labios.

"¿Y qué te mantiene despierta?", pregunté, tratando de distraerme, la deseaba quería empujarla contra el sofá y besarla sin parar.

Apreté los labios, obviamente reacia a decir nada.

"Casa nueva, cama nueva y todo eso, supongo", respondió encogiéndose de hombros.

"¿No te gusta la habitación?", le pregunté.

"Sí, me gusta, es fantástica", se apresuró a asegurar. "Es sólo que no duermo bien la primera noche en un entorno desconocido".

"Dormistes muy bien en el hotel", comenté con una sonrisa.

Las mejillas de Jenny se sonrojaron y se removió en su asiento, claramente incómoda con el giro que había tomado nuestra conversación. "Eso es diferente y lo sabes. Fue... agradable", admitió, apartando la mirada de mí. "Pero no puede volver a ocurrir. Estoy aquí para hacer un trabajo y no tengo tiempo para ninguna... distracción".

"¿Eso es todo lo que soy para ti? ¿Una distracción?", le pregunté, inclinándome más hacia ella. El aroma de su perfume era embriagador y me dificultaba concentrarme en otra cosa que no fuera lo que estaba sintiendo con ella.

Se estremeció. Fue una reacción dulce y me sentí bien al saber que aún podía alterarla.

"¿Sería diferente si no trabajaras aquí?", le pregunté, queriendo saber si me deseaba tanto como yo a ella.

Sus ojos se desviaron hacia un lado, como si necesitara recordar algo importante.

"En realidad, debería irme ya", murmuró y se levantó bruscamente. "Tengo que coordinar algunos ejercicios de Abigail antes del entrenamiento de mañana".

"Espera, Jenny...", empecé, extendiendo la mano para tocar su brazo, pero ella se apartó, evitando mi contacto.

"Buenas noches, Preston", susurró, su voz apenas audible mientras desaparecía de nuevo en su habitación.

"Buenas noches", repetí, mirándola con decepción y frustración.

Había aceptado su estúpida regla, pero era muy difícil de cumplir, sobre todo cuando ella se paseaba de esa manera. Sólo quería seguirla hasta su habitación y hacerla admitir que me deseaba, empujarla sobre la cama y hacerla gemir.

Molesto, tomé un sorbo de whisky y suspiré.

Jenny

Los ojos de Preston me perseguían, incluso en sueños. Su mirada penetrante era un enigma que no podía resolver y me estaba volviendo loca. Daba vueltas y vueltas en la cama, intentando desterrar su imagen de mi mente, pero se aferraba a mí como una sombra obstinada.

"Estúpido cerebro", murmuré, cubriéndome la cabeza con la almohada. "Déjame dormir".

Como respuesta a mi súplica, llamaron suavemente a mi puerta.

Se abrió antes de que pudiera decir nada y allí estaba él, con el torso desnudo y sonriendo como si supiera exactamente lo que yo acababa de pensar. Mi corazón dio un vuelco y mis mejillas se sonrojaron de vergüenza.

“¿Qué haces aquí?”.

"¿No puede un hombre visitar a una amiga cuando está aburrido?". Entró en mi habitación como si fuera el dueño, que lo era, y cerró la puerta tras de sí.

"¿Amiga?", me burlé, sentándome y apoyándome en el cabecero de la cama. "No estoy segura de que hayamos llegado a esa etapa todavía".

"Puede que no", admitió y se colocó junto a la cama. Sus ojos me recorrieron, haciéndome sentir expuesta a pesar de estar tapada. "Pero he venido porque quería verte". Sin previo aviso, se inclinó y apretó sus labios contra los míos, dejándome sin aliento.

Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente se diera cuenta y le devolví el beso con un deseo febril. Sus manos me agarraron del pelo y profundizaron el beso, mientras una de las mías le rodeaba el cuello y tiraba de él para acercarlo más a mí. El calor entre nosotros era embriagador y me perdí en su sabor en mis labios.

"Jenny", susurró contra mi boca, con la voz ronca por el deseo. "No puedo sacarte de mi cabeza".

"Yo tampoco", admití, con el corazón acelerado en el pecho. "Pero no deberíamos hacerlo".

"Entonces, ¿qué deberíamos hacer?", preguntó, con su aliento caliente sobre mi piel.

"No lo sé", suspiré, mareada por su contacto. "Pero esto... es peligroso".

"Quizá por eso me siento tan bien", murmuró, besándome de nuevo con una pasión que amenazaba con consumirnos a los dos.

Las manos de Preston recorrían mi cuerpo, encendiendo un fuego en mi interior que no podía controlar. Me perdí en sus caricias y me dejé llevar por la intensidad de nuestra conexión.

"Jenny", volvió a susurrar mi nombre, sus labios recorrieron mi cuello, haciéndome temblar de anticipación. "Te necesito".

"Por favor", le supliqué, con la voz temblorosa de deseo. "Yo también te necesito".

Como si me hubiera leído el pensamiento, empezó a apartar las sábanas, exponiendo mis piernas desnudas al aire fresco. Sus dedos tocaron la cintura de mis pantalones y metió la mano dentro. No llevaba bragas y sus dedos me tocaron exactamente donde los necesitaba.

Me besó el cuello mientras me frotaba el clítoris con los dedos, penetrándome con un ritmo enloquecedor que me volvía loca. Gemí y me apreté contra su mano.

"Por favor", volví a suplicar.

"¿Qué necesitas?", me preguntó, con su voz grave como un rumor en mi oído. "Dímelo".

"Necesito...". Me sonrojé de vergüenza. No estaba acostumbrada a ser atrevida y libre.

"¿Sí?". Se burló, frotando mi clítoris en círculos lentos.

Un escalofrío de placer me recorrió. Estaba tan cerca. "Necesito...".

El estridente sonido de la alarma de mi móvil rompió la bruma de lujuria.

Abrí los ojos y me encontré sola en la cama, enredada entre las sábanas, con el corazón desbocado por el sueño. La habitación pareció dar vueltas por un momento mientras intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir y me sentí confusa y más que un poco avergonzada.

Maldita sea.

Capítulo diez

Jenny

Me dirigí a la sala de entrenamiento, intentando dejar atrás el confuso sueño y concentrarme en el día que tenía por delante.

Diablos, ni siquiera sabía si seguiría teniendo trabajo al final del día. Si Abigail decidía que no quería ser gimnasta, yo estaría fuera de la casa de Preston y de su vida mañana y no tendría que preocuparme por estar cerca de él todo el tiempo. Ya no tendría que luchar con él ni lidiar con sueños eróticos. De algún modo, la idea no me atraía tanto como debería.

Pero todo eso desapareció de mi mente cuando entré en el gimnasio y encontré a Abigail esperándome.

"No pensé que estarías aquí", dije, incapaz de ocultar mi sorpresa.

"Yo tampoco estaba segura de venir", admitió incómoda. Luego sonrió: "Sabes, todos mis otros entrenadores se han estado arrastrando para estar a favor de mi padre. He pensado mucho en lo que dijiste y... Me encanta el ejercicio de suelo. Quiero llegar a la cima y quiero que me ayudes a conseguirlo. Lo quiero para mí, no para nadie más".

Sonreí. Entrenar a Abigail Reynolds era mucho menos difícil de lo que había temido.

"Estupendo. Empecemos".

A medida que pasaban los días, me sumergía más y más en mi papel de entrenadora de Abigail. El programa de entrenamiento que había diseñado para ella era estricto, exigía un compromiso total por su parte y suponía un gran esfuerzo.

Era un reto, pero con cada sesión era testigo de su mejora gradual y me invadía una sensación de satisfacción.

Ver cómo desarrollaba sus habilidades y se esforzaba hasta nuevos límites me producía un verdadero placer. El sudor y el trabajo duro estaban dando sus frutos y el atisbo de potencial que había visto en ella se estaba convirtiendo en un progreso tangible. Fue un trabajo gratificante y estaba decidida a ayudar a mi nueva alumna a desarrollar sus verdaderas capacidades.

En medio de las sesiones de entrenamiento, de vez en cuando me cruzaba con Preston. Sin embargo, nuestras interacciones eran limitadas. No podía evitar preguntarme si mantenía deliberadamente las distancias, tal vez preocupado de que demasiada cercanía pudiera desencadenar sentimientos no deseados o complicaciones. No debería haberme decepcionado tanto que cumpliera su parte del trato. Pero intenté concentrar mi energía en Abigail y en la tarea que tenía entre manos.

Mi rutina diaria adquirió un ritmo fijo. Por la mañana temprano, entrenaba con Abigail, perfeccionando sus técnicas y ayudándola a ganar fuerza y confianza. El resto del día consistía en planificar, evaluar sus progresos y ajustar el programa de entrenamiento según fuera necesario.

Mientras me adaptaba a mi nueva rutina, no podía dejar de pensar en el hecho de que Preston me evitaba deliberadamente. No podía negar que había una tensión inherente en nuestros breves encuentros, un reconocimiento tácito del deseo que existía entre nosotros.

Me sorprendió gratamente que se presentara una mañana para ver entrenar a Abigail. Estaba trabajando en su rutina de suelo para la competición y estaba casi lista para competir. Sus progresos eran notables.

Por eso me extrañó el cambio en su comportamiento. Su confianza flaqueaba y su actuación se caracterizaba por las dudas y los pequeños errores. Era como si la presencia de Preston hubiera proyectado una sombra inesperada sobre su determinación habitual.

"Tu juego de pies en esta secuencia debe ser más preciso". La voz de Preston cortó el aire, sus palabras precisas y críticas. "Y tus transiciones entre movimientos deben ser fluidas. Recuerda, cada detalle es importante".

Abigail asintió, pero sus movimientos vacilaron aún más. Nunca la había visto tan descuidada e insegura. No entendía las duras críticas de Preston hacia ella.

"¿Qué música es esa?", preguntó.

"Abi y yo nos decidimos por música rock moderna. Queríamos algo que reflejara su personalidad y su estilo", le expliqué.

"Prefiero algo más tradicional", dijo cruzando los brazos delante del pecho.

"Papá, por favor", suplicó Abigail. "Me gusta mucho esta canción".

"No es un debate", insistió.

Me quedé de piedra. ¿De dónde había salido eso?

Pero Abigail no parecía sorprendida. Se cruzó de brazos también y no dijo nada más.

"Preston", dije en voz baja, preguntándome en qué clase de extraño drama padre-hija me había metido sin querer. "Una canción moderna que le gusta a Abi y le da un toque..."

"Ella no necesita una ventaja", me espetó. "Necesita un número clásico que a los jueces les guste, no necesita arriesgarse".

"No es un riesgo", intenté explicarle.

"La música será clásica y ya está", siseó, su tono no dejaba lugar a más negociaciones.

Me callé. Me di cuenta de que así no iba a conseguir nada con Preston. Pero por lo visto aún no había terminado.

"Me gustaría hablar contigo más tarde sobre el horario de Abigail. En privado".

No esperó mi respuesta. Salió del centro de formación y una sensación de inquietud se apoderó de todo. Abigail parecía visiblemente disgustada por su interacción, su frustración era palpable mientras luchaba por recuperar la compostura.

Al cabo de un momento, me volví hacia ella, con preocupación en la voz. "Abi, ¿es esto... normal? ¿Tu padre suele interferir así en tu entrenamiento?"

Suspiró, con una mezcla de resignación y frustración en los ojos. "Sí, es bastante típico. Al menos, desde el divorcio".

Su confirmación no hizo más que reforzar mi determinación. Como entrenadora, lo que más me preocupaba era el bienestar y el desarrollo de mis alumnos. El comportamiento de Preston estaba obstaculizando su progreso y sofocando su expresión artística.

Sabía que sería una tarea delicada abordar el tema con él, pero no podía quedarme de brazos cruzados y permitir que el potencial de Abigail se viera comprometido.

"¿Por qué le das a Abigail dos días libres a la semana?", me preguntó Preston en cuanto entré en su despacho. Estaba de pie frente a su escritorio con los brazos cruzados, como si me hubiera

estado esperando.

"Y hola a ti también", murmuré. Después de lo que había pasado esta mañana, no estaba de humor para ser profesional.

"Jenny", dijo en tono de advertencia.

"Porque ella también necesita días de descanso", le expliqué.

"Lo que necesita es hacer todo lo posible para ganar", replicó.

"No puede ganar si se lesiona", dije apretando los dientes. El corazón se me aceleró en el pecho.

Preston siempre parecía tener ese efecto en mí, pero esta vez era porque estaba enfadada con él.

"No se hará daño si la entrenas bien". Dio un paso adelante y se puso a mi alcance. Odié la oleada de deseo que me recorrió. Tenía que estar loca para tener esos sentimientos.

"¿De dónde ha salido eso?", le pregunté, tratando de encontrarle sentido. A veces era grosero, prepotente y engreído, pero esto era extremo, incluso para él.

"Cuido de mi hija", gimió. "Lleva casi toda la vida soñando con participar en unos Juegos Olímpicos. No dejaré que se rinda en el último obstáculo, digan lo que digan".

Fruncí el ceño. "Nadie dice nada. Hago lo que creo que es mejor para ella. Si dejaras de criticarla un segundo, verías lo lejos que ha llegado".

"Soy duro con ella porque sé que puede hacerlo mejor". Apretó los labios. Pero aún no había terminado. "Christie nunca apoyó el sueño de Abigail, yo era quien la llevaba a entrenar y a las competiciones".

"¿Así que esto es por tu ex?", pregunté, frustrada. "¿La estás tomando con tu hija y conmigo por su culpa?".

"No sabes de lo que estás hablando", murmuró, pero me di cuenta de que había tocado un nervio. "Haz lo que te digo o encontraré un entrenador que lo haga mejor".

Se me revolvió el estómago. No quería perder este trabajo, no sólo por el dinero, sino también porque había llegado a querer a Abigail en el poco tiempo que llevaba trabajando aquí.

Tenía mucho talento y quería cultivarlo. Si Preston contrataba a una entrenadora complaciente que sólo seguía órdenes, Abigail tenía el fracaso garantizado.

"Aceptaste no interferir en nuestro entrenamiento", dije, intentando razonar con él.

"Acepté muchas cosas", replicó, poniéndome las manos en las caderas y acercándose más a él.

"Preston", suspiré, queriendo lanzar una advertencia. Pero mi respiración se entrecortó cuando mi deseo se disparó de nuevo. No entendía el hechizo que Preston ejercía sobre mí; que incluso cuando estaba enfadada con él, se las arreglaba para envolverme alrededor de su dedo.

"Dime que no quieres esto", me exigió, pasándome una mano por la espalda y haciéndome estremecer.

No pude responder y él interpretó mi silencio como un consentimiento. Se inclinó hacia mí y me besó con sus labios como un fuego que todo lo consume.

Y yo le devolví el beso, aunque sabía que era una mala idea y que estábamos cruzando una línea que no debíamos cruzar. Mi trabajo estaba en juego, el sueño de Abigail se disputaba como un tira y afloja, pero yo deseaba a ese hombre con una fuerza que sólo había sentido en mi propio sueño olímpico.

Sus manos se dirigieron a mi trasero, apretándome y acariciándome, haciéndome suplicar que me tomara. Pero no podía. Ya había ido demasiado lejos. No podía ceder a mi deseo, por muy fuerte que fuera.

"Preston, para", le supliqué, separando mi boca de la suya.

Luché contra su agarre y me soltó, con los ojos muy abiertos, como si estuviera casi tan sorprendido como yo por este giro de los acontecimientos.

"Esto no debe volver a ocurrir", le dije, dando un paso atrás y creando la tan necesaria distancia entre nosotros. Y entonces, sin confiar en mí misma para resistirme a él una segunda vez, me di la vuelta para marcharme.

Casi había salido por la puerta cuando le oí decir: "Tú ganas".

Le dirigí una mirada interrogante.

"No interferiré más", capituló. "Abi puede incluso tener la música que quiera para su rutina de suelo".

Mis ojos se abrieron de par en par, pero asentí. "Gracias".

Y me fui antes de que pudiera decir nada más. Corrí directamente a mi habitación, preguntándome qué demonios acababa de pasar. Entre la discusión, el beso y el repentino giro de Preston, me sentía como en una montaña rusa. Pero no en el sentido divertido.

Me tendría que haber sentido feliz, había conseguido lo que quería. Pero lo único en lo que podía pensar era en la sensación de sus labios sobre los míos y la excitación que sentía en mi interior, sentía el deseo de volver a su despacho y suplicarle más.

Preston

Me serví un trago doble. Era eso o masturbarme aquí en mi despacho.

O seguir a Jenny a su habitación.

Mi puño se cerró alrededor del vaso que tenía en la mano. No entendía por qué la deseaba tanto. Había tenido muchas aventuras de una noche desde el divorcio y nunca había deseado una segunda ronda.

Pero nadie me había desafiado tanto como Jenny. Ella era tan... pura.

Su preocupación por mi hija era genuina, estaba dispuesta a arriesgar su trabajo por ello. No estaba acostumbrada a admitir que estaba equivocada o capitular a las demandas de otros. Pero Jenny tenía esa manera de decir exactamente lo correcto. Tal vez era la falta de segundas intenciones. O tal vez yo estaba demasiado colgado de ella.

Le di un buen trago a mi whisky. ¿Podría ser realmente eso? ¿Realmente tenía tantas ganas de follármela que estaba dispuesto a ceder?

Pero no, cuanto más me alejaba de mi ira, más veía que Jenny tenía razón. Por mucho que odiara admitirlo. Desde el divorcio y la revelación de que mi ex era una serpiente, había intentado hacer todo lo posible por Abigail. Quería que saliera de las garras de Christie, que viviera su sueño de la gimnasia y que no fuera directamente a la empresa de Christie después de la universidad.

Pero Abigail se había distanciado cada vez más de mí, volviéndose cada vez más descarada, gruñona y malhumorada.

Suspiré. Tal vez había descargado mi frustración con ella y habían hecho falta las palabras de Jenny para hacerme comprender.

Cuando interrumpió nuestro beso, me di cuenta de repente de lo descontrolado que estaba. Con Jenny, con Abi. Había dejado que mis emociones sacaran lo peor de mí, esa no solía ser mi forma de ser.

Pensativo, me dejé caer en el sofá y bebí otro sorbo de whisky. Me dije a mí mismo que el cosquilleo en los labios se debía al alcohol y no al recuerdo del beso de Jenny.

Capítulo once

Jenny

A la mañana siguiente me encontré con Abigail en el gimnasio y le di la buena noticia sobre su ejercicio de suelo.

"He conseguido que tu padre nos deje la canción de rock", le dije. No mencioné el hecho de que Preston me había besado.

"¿Cómo lo has conseguido?", preguntó con una mezcla de escepticismo y sorpresa. "Nunca ha cambiado de opinión sobre algo".

"Puedo ser muy persuasiva", le aseguré, aunque no tenía ni idea de por qué había cambiado de opinión. ¿Culpa por el beso? No parecía de los que se sienten culpables.

"Pues claro...", dijo con una ceja levantada. "¿Tuviste que vender tu alma o algo así?".

Me reí. "Se preocupa por ti, así que tal vez se dio cuenta de que tenía que darte un respiro".

Abigail no perdió su mirada escéptica y yo no tenía otra explicación para ella.

"Basta de cháchara", decidí cambiar de tema. "Es hora de empezar a estirar. No estirar lo suficiente es una de las razones más comunes por las que los atletas se lesionan".

"¿Así es como te lesionaste en las Olimpiadas?", preguntó. Era la primera vez que me preguntaba por mi anterior carrera en gimnasia.

"No", respondí con una mueca. "Me distraje pensando en un drama con mi novio y no me concentré lo suficiente. Eso me costó mi victoria olímpica y mi carrera".

Hizo una pausa a medio estirar y sus ojos azules se abrieron de par en par con curiosidad. "¿Qué pasó?".

"Es una larga historia", le dije. No me pareció apropiado iniciar una conversación con ella al respecto.

Ella se estiró profundamente. "¿Estás con alguien en este momento? No es que sea asunto mío, pero me he dado cuenta de que no sé mucho de ti".

Dudé un momento, con la mente en Preston.

"No", respondí con firmeza, sacudiéndome las imágenes persistentes de una mandíbula fuerte y hombros anchos. "No salgo con nadie".

"Sabes, mi padre está soltero", se rió como si acabara de contar un chiste. "No es que se lo desee ni a mi peor enemigo".

Me reí sin ganas. Estaba demasiado cerca de la verdad para mi comodidad.

"De todos modos, no cometas el mismo error que yo y dejes que tu vida personal se interponga en el camino de tus sueños", dije, tratando de alejarme del tema.

"Entre la escuela y la gimnasia, ni siquiera tengo tiempo para una relación", murmuró Abigail, gimiendo ligeramente mientras seguía estirándose.

Asentí con la cabeza justo cuando mi teléfono empezó a sonar.

"Muy bien, sigue estirando y concéntrate en la respiración", le indiqué. "Ahora vuelvo".

Puso los ojos en blanco, pero siguió estirando.

Me alejé de las colchonetas y miré el identificador de llamadas antes de contestar. "*Hola Kelsey, ¿qué pasa?*".

"¡Jenny!". La voz brillante de mi hermana fue como un soplo de aire fresco. "*Sólo quería saber cómo estabas. ¿Cómo va la vida de entrenadora?*".

"Es genial, en realidad. Desafiante, pero muy gratificante". Miré a Abigail, que fingió no prestar atención a mi llamada. Seguí alejándome, pero estoy segura de que no le importó cuando me oyó decir: *"Abigail tiene mucho potencial".*

"¿En serio?", preguntó Kelsey con auténtico interés en el tono. *"¿Y cómo fue la colaboración con Preston? Ya sabes, dada vuestra... historia?"*.

Suspiré, mi mente se desvió involuntariamente a las tensiones no resueltas entre él y yo. *"Es complicado. Puede ser muy autoritario, pero... Espero que nos hayamos arreglado".*

"¿Complicado porque sientes algo por él?".

"No", me defendí, quizás demasiado rápido. *"No hay sentimientos de por medio. En absoluto".*

"¿Estás segura?", preguntó. *"Quiero decir, no has salido con nadie desde Paul. Y sé que no te va el sexo casual".*

"Créeme, no hay nada de eso", protesté. Miré a Abigail. Estaba al otro lado del gimnasio, hablando en voz baja, pero seguía sin querer que me oyera.

"¿Crees que estás preparada para volver a salir con alguien?".

Fruncí el ceño. ¿Por qué todo el mundo me preguntaba hoy por mi vida amorosa?

"No lo sé", confesé. Mi mente volvió a pensar en Preston, pero eso era ridículo. Nunca podría salir con alguien como él. ¿Podría? *"Tal vez".*

"Genial, porque ya te he creado un perfil en varios sitios de citas", dijo entusiasmada.

"¿Qué?". Sacudí la cabeza con incredulidad.

"Y a lo mejor tengo planeada una cena para esta noche con un tío bueno que te conviene".

"¡Kelsey!". Protesté en voz alta, mi voz resonando en el gimnasio.

"¡Venga! Es hora de que vuelvas a salir", insistió.

"¿Qué te importa eso? Tú tampoco has tenido una cita en años", siseé.

"Porque quiero que mi hermanita sea feliz", dijo.

"Yo soy feliz", refunfuñé.

"¿Lo eres?".

Solté un profundo suspiro. Quería a mi hermana más que a nada, pero ella me conocía demasiado bien.

"¿Por qué crees que salir con alguien cambiará eso?", pregunté.

"Porque antes de que te rompieran el corazón, eras una romántica", respondió, obligándome a tragarme el nudo que amenazaba con formarse en mi garganta. *"No dejes que ese gilipollas te lo quite".*

"Eso no es justo", dije en voz baja.

"No, pero es verdad", añadió en voz baja.

Cerré los ojos un momento. Quizá Kelsey tenía razón y por fin necesitaba volver a salir.

"De acuerdo", murmuré finalmente. *"Pero no hago promesas y si la cita sale mal, te echaré la culpa a ti".*

"No te arrepentirás", me aseguró.

"Ya lo hago", le advertí.

"Te mandaré un mensaje con los detalles, incluida la foto de este chico", me dijo alegremente.

"Creo que cambiarás de opinión. Está muy bueno".

Tuve que contenerme para no sugerir que saliera con él. Probablemente me haría bien salir de casa y alejarme del trabajo por un rato.

Y lejos de Preston.

Anoche nos besamos en un arrebato de pasión, aunque se había comportado como un imbécil.

Una cita con otro hombre podría ser justo lo que necesitaba para acabar con la locura que se había apoderado de mí.

"De acuerdo", respondí. "Debería volver al trabajo".

Nos despedimos y volví con Abigail. Ignoré su mirada curiosa y comencé su sesión de entrenamiento del día.

Pero por más que lo intentaba, no podía concentrarme. Una parte de mí deseaba haber tenido una cita con Preston en su lugar.

Estoy perdiendo la cabeza.

Preston

Cuando me puse delante del espejo para arreglarme y vestirme para la noche, mis pensamientos se vieron envueltos una vez más por Jenny.

Era como si un torbellino se hubiera desatado en mi interior, despertando sentimientos y deseos que había reprimido durante mucho tiempo. El recuerdo de nuestro apasionado beso persistía en mi cabeza, una embriagadora mezcla de anhelo e incertidumbre.

Apenas había dormido la noche anterior y en mi cabeza repetía una y otra vez cada momento, cada roce entre nosotros. Era una locura que me estimulaba y tentaba al mismo tiempo, un recordatorio de una parte de mí que creía haber enterrado bajo capas de contención.

Me arreglé la corbata. Precisamente por eso quería salir esta noche. Jenny se había convertido en una obsesión, una presencia implacable en mis pensamientos que desafiaba toda razón. Era más que una mera atracción; era una fuerza que tiraba del núcleo de mi ser, desafiaba mi autocontrol y exigía mi atención.

Sólo se me ocurrió una razón que pudiera haberlo provocado. Ella fue la última persona con la que me había acostado, la última conexión que había sentido a un nivel físico profundo.

Necesitaba recuperar el control de mis pensamientos y mis deseos. Y solo había una solución sencilla para eso, una que me había servido como cura en el pasado: encontrar una mujer, follármela y seguir adelante.

Salí de mi habitación con la intención de hacer precisamente eso. Ya había quedado con Ethan y Oliver en un bar. Eran buenos compinches. No es que los necesitara, estaba bien solo. Pero las mujeres respondían mejor a un hombre que salía con sus amigos que a un hombre que salía solo.

Estaba a punto de irme cuando me topé con Jenny en el pasillo. Mi corazón dio un vuelco cuando la vi. Llevaba un vestidito negro que mostraba su figura atlética y sus curvas. Estaba sencillamente impresionante. Me invadió una oleada de deseo y luché por mantener la compostura.

"Buenas noches", logré saludarla, sin que mi voz delatara el caos interior que estaba experimentando. "¿Adónde vas?"

Omití el "tan arreglada" al final de la pregunta.

Me miró directamente, con los ojos fijos en los míos. "Tengo una cita", confesó con voz firme.

Sentí una inesperada punzada de celos, una punzada de posesividad que no esperaba. Mi fachada permaneció intacta mientras replicaba: "Qué bien".

No iba a volver a perder la calma con ella.

"En realidad, yo también tengo una cita", mentí. Pero no seguiría siendo una mentira por

mucho tiempo; estaría con alguien en poco tiempo.

Su expresión seguía siendo tranquila, pero había un parpadeo en sus ojos que me llamó la atención. ¿Podría ser que mi anuncio hubiera provocado una reacción similar en ella? Era una pequeña victoria, una confirmación de que no estaba solo en esta complicada red de sentimientos.

"Me alegro por ti", respondió indiferente, con un tono demasiado neutro.

"Puedo llevarte si quieres", dije, manteniendo la calma.

Ella dudó un momento: "Gracias, pero ya he pedido un Uber".

Mientras nos preparábamos para ir a nuestras respectivas citas, sentí una extraña mezcla de emociones. Los celos y la nostalgia se mezclaban con una nueva determinación de terminar mi trabajo.

Me despedí de ella con una inclinación de cabeza. "Muy bien, diviértete entonces".

Jenny me dedicó una pequeña sonrisa, había un rastro de algo no dicho en sus ojos. "Tú también, Preston".

Entré en mi coche, agarrando el volante con demasiada fuerza, y la dejé esperando a su Uber. La llamarada de celos sólo me hizo estar más decidido a seguir adelante con mi plan.

Mañana por la mañana, ella no sería más que un bonito recordatorio y la entrenadora de Abigail. Volvería a tener el control en un santiamén.

Capítulo doce

Preston

Al entrar en el lujoso bar, me recibió el familiar aroma del lujo y la intriga. En la habitación poco iluminada se oía el murmullo de las conversaciones y el tintineo de las copas.

Había venido aquí por una razón muy concreta: Quería escapar temporalmente de los incesantes pensamientos que habían consumido mi mente.

Mis dos amigos, Ethan y Oliver, ya estaban sentados en la barra; su animada conversación se interrumpió cuando se giraron para saludarme.

La camaradería entre nosotros era obvia mientras nos saludábamos con la cabeza y la sonrisa. A pesar de mi agitación interior, estaba decidido a disfrutar de la velada.

"Hola, Preston, me alegro de verte", saludó Ethan con una sonrisa.

"Lo mismo digo", respondí, tomando asiento entre los dos. "¿Estáis preparados para una noche divertida?"

Oliver levantó una ceja, su mirada curiosa. "¿Diversión o problemas?"

Sonreí con satisfacción y la tensión de mi pecho se alivió un poco. "Un poco de las dos cosas, supongo".

Oliver se inclinó hacia delante, con un brillo travieso en los ojos. "¿Qué vas a hacer esta noche, Preston? ¿Buscas compañía?"

Asentí con una mezcla de despreocupación y determinación en mi voz. "Exacto".

La risa de Ethan resonó en el aire, su diversión obvia. "Tienes a una mujer increíblemente atractiva y atlética viviendo en tu casa. ¿Por qué demonios buscas a alguien con quien enrollarte cuando podrías ahorrarte el trabajo y volver a liarte con ella?"

Oliver resopló. "No, Preston tiene razón. Mejor limitarse a rollos de una noche y ahorrarse problemas".

"Tendría que sentir algo por ella para que me rompiera el corazón, y no es el caso", dije con firmeza. "Sólo busco diversión sin compromiso".

"Exacto", respondió Oliver, dándome una palmada en el hombro con la mano. "Vamos a buscarte algo de botín".

Ethan resopló y tomó un sorbo de su bebida mientras Oliver y yo observábamos a la multitud, intercambiando miradas y bromeando juguetonamente mientras señalábamos posibles pretendientes.

La aguda mirada de Oliver y sus ingeniosos comentarios aumentaron la diversión y me encontré sorprendentemente involucrado en la caza.

Al cabo de un rato, Oliver me dio un codazo en el brazo con una sonrisa de satisfacción en el rostro. "Ahí la tienes. La candidata perfecta para tu aventura de una noche".

Seguí su mirada y mis ojos se posaron en una mujer al otro lado de la barra. Era atractiva, rubia, alta, con curvas, desprendía confianza y un aire de misterio. Era casi todo lo contrario a Jenny.

Me volví hacia él, con una sonrisa irónica jugueteando en mis labios. "Muy bien. Veamos si tus dotes de casamentero están a la altura".

Me acerqué a la mujer y sus ojos se cruzaron con los míos con un brillo seductor. Me presenté y, mientras intercambiábamos cumplidos, surgió rápidamente entre nosotros una broma

juguetera. Su risa era contagiosa y me dejé llevar por el ritmo de nuestra conversación.

Mientras charlábamos, sus comentarios coquetos y sus insinuaciones burlonas crearon una tensión electrizante en el ambiente.

Se acercó más a mí, con palabras llenas de insinuaciones. "Tienes una mirada peligrosa. ¿En qué clase de lío crees que te vas a meter esta noche?"

Iguale su tono, con una sonrisa confiada en los labios. "Dímelo tú. ¿Te apetece un poco de peligro?"

Soltó una risita. "Peligro, ¿eh? Me parece bien".

A medida que avanzaba la conversación, no pude evitar admirar su belleza y su encanto. Su presencia me resultaba atractiva y, por un breve instante, sentí una grata distracción de la confusión que había consumido mis pensamientos.

Pero a pesar del tentador intercambio, mis pensamientos volvían obstinadamente a Jenny. Su recuerdo persistía como un eco interminable.

A medida que nuestra conversación continuaba, su tono cambiaba, sus palabras se volvían más atrevidas e insinuantes. "¿Estás preparado para dejar este lugar y tener una conversación más privada?"

Mi corazón se aceleró, con una mezcla de deseo y conflicto interno luchando en mi interior. Podía sentir literalmente la electricidad entre nosotros, el atractivo del momento tentándome a rendirme a las posibilidades de la noche.

Pero entonces, para mi propia sorpresa, vacilé. Las palabras que pretendía decir, el consentimiento que quería dar, no se materializaron.

"Lo siento, esta noche no".

Su expresión cambió de seductora a frustrada en un instante. "¿En serio? ¿Has cambiado de opinión?"

Me encogí de hombros. No necesitaba justificarme ante ella.

"La próxima vez deberías pensar en lo que realmente quieres antes de hacerle perder el tiempo a alguien", siseó.

Y con eso, se dio la vuelta y se fue, dejándome con un torbellino de emociones.

¿Qué demonios me pasa?

Cuando volví hacia la barra, me di cuenta de que mis amigos intercambiaban miradas de sorpresa.

"¿Te han dado calabazas?", preguntó Ethan cuando me reuní con ellos.

"No, supongo que no me apetecía", expliqué.

"¿En serio?". Oliver parecía escéptico. "Porque parecías llevarlo bien".

"He cambiado de opinión", murmuré encogiéndome de hombros.

Mis amigos intercambiaron otra mirada de sorpresa, pero no tenía más explicaciones para ellos. Y tampoco estaba obligado a darlas.

Bebí un sorbo de bourbon y el calor del líquido me reconfortó brevemente.

"Se hace tarde, os veré en la oficina", dije, excusándome. No esperé sus respuestas.

El aire de la noche me envolvió cuando salí, pero ni siquiera el aire fresco pudo ahuyentar a Jenny de mis pensamientos.

Jenny

Entré en el restaurante de lujo, donde el cálido resplandor de la luz tenue y el suave tintineo de las copas de vino me dieron la bienvenida.

Me alise el vestido y exploré la sala en busca de mi cita. Había mirado la foto que Kelsey me envió, pero sabía que mucha gente usaba fotos falsas o antiguas de sí mismos.

"¿Jenny?", me llamó una voz grave desde detrás de mí.

Me giré y vi a un hombre alto, bien vestido, con el pelo castaño ondulado y una sonrisa amable que llegaba hasta sus ojos color avellana. Era exactamente igual que en la foto. Y era guapo.

"Esa soy yo", sonreí. "Tú debes de ser Ryan".

"Culpable de los cargos", sonrió.

Preston me vino inmediatamente a la mente y de repente me pregunté si su cita había sido menos incómoda que la mía.

Aunque dudaba que Preston Reynolds se hubiera sentido incómodo por algo en su vida.

"Encantado de conocerte", dije, intentando centrarme en el hombre que tenía delante y no en el hombre que necesitaba sacarme de la cabeza.

"¿Señor?", habló la camarera mientras se acercaba a nosotros. "Su mesa está lista".

"¿Vamos?". Me hizo una señal para que siguiera a la camarera hasta nuestra mesa.

Ryan pidió una botella de vino blanco y la camarera tomó nuestros pedidos.

"Jenny, ¿a qué te dedicas?", preguntó.

"Soy entrenadora de gimnasia", respondí, dándome cuenta de lo agradable que era no tener que decir que era camarera en un bar de deportes. "¿Y tú?".

"Trabajo en marketing", dijo. "La verdad es que es muy interesante..."

Me quedé alucinada cuando Ryan empezó a hablar de su trabajo. En mi aburrimiento, no pude evitar pensar en Preston: sus ojos severos, la forma en que apretaba la mandíbula cuando estaba sumido en sus pensamientos y la tensión eléctrica que siempre parecía existir entre nosotros.

"Lo siento, hablo demasiado", comentó Ryan con una sonrisa avergonzada, rompiendo mi ensoñación. "Supongo que estoy nervioso. Por favor, háganme del entrenamiento antes de que haga aún más el ridículo".

Era muy guapo. Sobre el papel, era todo lo que una mujer podía desear en un hombre. Atractivo, buen trabajo, incluso me escuchaba con aparente interés cuando le hablaba de mi trabajo como entrenadora. Pero cuanto más avanzaba la noche, más me daba cuenta de que no era Preston. Y a pesar de todo, Preston era el único hombre que podía mantener mi interés en ese momento.

La comida estaba buena, pero mientras comíamos, la conversación se estancó. Yo no podía reunir ningún entusiasmo y Ryan sólo podía divagar. No pedimos postre.

"Supongo que tengo razón al suponer que no habrá una segunda cita", preguntó Ryan cuando salimos al aire fresco de la noche.

"Lo siento", respondí vacilante, sabiendo muy bien que mi corazón no estaba totalmente en ello. "Tienes razón, no creo que seamos el uno para el otro".

"Por supuesto", asintió comprensivo, con una sonrisa cálida pero teñida de decepción. "Cuídate, Jenny".

"Gracias", murmuré en voz baja. Se marchó en su coche y llamé a un Uber para que me llevara a casa de Preston. Me costaba pensar que era mi casa, aunque en realidad lo fuera.

Durante todo el viaje me pregunté qué me pasaba. Ryan era un tipo totalmente agradable, pero no había congeniado. Preston era molesto, insistente, dominante... y sin embargo, no podía tener

suficiente de él. La atracción entre nosotros era tan abrumadora.

Cuando llegué, la casa estaba en silencio, el único sonido era el suave tic-tac del reloj del pasillo. Parecía casi surrealista después de la cacofonía de emociones que me habían recorrido toda la noche.

"Jenny, ¿eres tú?". La voz de Preston me sobresaltó.

"Sí. Soy yo". Me giré para verle de pie entre las sombras cerca de las escaleras, sus ojos escrutándome con una mezcla de preocupación y curiosidad.

"Parece que te vendría bien un trago".

"¿Cómo lo has adivinado?", bromeé con una risa ahogada. Después de toda la confusión de intentar comprometerme a una cita a la que no tenía ganas de ir, sentí como un alivio volver a ver a Preston.

"Es que soy bueno", sonrió. Puse los ojos en blanco de placer.

"¿Te apetece whisky o algo menos fuerte?", bromeó.

Nunca me había echado atrás ante un reto.

"Está bien", murmuré.

"¿Estás segura? Porque la última vez...".

"Tráeme el maldito whisky", dije negando con la cabeza. No me gustaba, pero no quería que Preston pensara que era demasiado débil para tomarlo.

Se rió y me hizo señas para que le siguiera. Subimos las escaleras hasta su estudio, o "la guarida", como le gustaba llamarlo. ¿Se creía un león?

¿Y qué significa que yo entre voluntariamente en su guarida?

Una vez allí, sirvió el whisky en dos vasos y nos sentamos en el sofá, como la última vez.

El whisky me quemaba en la garganta, pero esta vez disimulé mi reacción. Preston me observó divertido.

"Es bueno", comenté.

"Lo sé", se rió y bebió un sorbo de su propio whisky. Se hizo un profundo silencio entre nosotros. "¿Qué tal tu cita?", preguntó, pronunciando la palabra "cita" como si le molestara.

Me dije a mí misma que el calor que sentía en el estómago se debía al whisky.

"La verdad es que fue un fracaso", respondí con sinceridad.

"¿Ah, sí?". Sus cejas se alzaron y había un atisbo de esperanza en su voz.

"Sí, simplemente no tuvimos la química adecuada", le expliqué. Entonces hice la pregunta cuya respuesta no estaba segura de querer conocer. "¿Cómo fue la tuya?".

"Fue...". Torció la boca. "Sinceramente, fue más o menos lo mismo. Simplemente no sentí nada".

Mi corazón dio un salto y pensé en lo que eso significaba. No me interesaba salir con Preston, por mucho que me atrajera. Sólo quería... no sé.

"La buena química entre dos personas es difícil de encontrar", dije, intentando una frase casual, errando el tiro por poco.

"A veces simplemente encaja", comentó. "Tenga sentido o no".

Como nosotros.

Miré a Preston, nuestros ojos se encontraron y me recorrió un cosquilleo familiar. Sería tan fácil inclinarme y besarle, ceder al impulso que luchaba por resistir.

"Probablemente debería ducharme e irme a la cama", murmuré, levantándome.

Preston asintió, con la boca un poco torcida... ¿Decepcionado?

Toda lógica me decía que me alejara de él. No teníamos nada en común, era mi jefe, podía ser

un auténtico gilipollas... Pero se preocupaba por su hija, aunque a veces no lo demostrara. Y me había contratado porque valoraba mi integridad y mis habilidades. A pesar de su rudeza, no podía evitar pensar que había algo profundo en él. Y yo lo deseaba.

Entonces, ¿por qué demonios seguía resistiéndome?

Di un paso hacia la puerta y respiré hondo. Tal vez fuera el whisky o la cita fallida. Tal vez estaba cansada de resistirme a su atracción.

"Pero no me importaría la compañía", dije suavemente, mirándole. "Para ambas actividades".

El corazón se me aceleró al ver que sus ojos se abrían de sorpresa. Contuve la respiración, esperando su respuesta, rezando para que no me rechazara o para no haber desperdiciado mi oportunidad con él.

La mirada de Preston se clavó en la mía, buscando algo, tal vez permiso o confirmación, antes de hablar por fin. "¿Estás segura de esto? No hay vuelta atrás. Las cosas se van a complicar entre nosotros".

No parpadee. "Tal vez sea hora de complicarse un poco".

Capítulo trece

Jenny

Preston me siguió ansioso hasta mi propio cuarto de baño y me agarró en cuanto estuvimos dentro. Tiró de mí para besarme y esta vez no tuve reparos y no me contuve.

Cada roce de nuestros labios hacía saltar chispas hasta mi interior. Era como si Preston hubiera sido creado únicamente para volverme loca en todos los sentidos. Le acaricié la espalda con las manos, saboreando su complexión fuerte y la suavidad de su camisa de diseño.

Me apretó contra la pared de azulejos y el frío del mármol calmó el calor de mi deseo. Sin romper el beso, metió la mano en la ducha para abrir el grifo. Me perdí en sus besos hasta que la bañera se llenó de vapor.

Empecé a tirar de su ropa y él se unió a mí rápidamente. Nos desnudamos apresuradamente, deteniéndonos sólo para tocar la piel expuesta, apretando besos en sus clavículas, pecho y espalda.

Ajusté la temperatura del agua y lo metí en la ducha conmigo. El agua caliente avivó nuestro fuego, el sonido ahogó nuestros gemidos.

Me acariciaba los costados, me agarraba los pechos, me apretaba el culo. Aproveché la oportunidad para explorarle también a él, pasando las manos por su pecho tonificado, recorriendo con las yemas de los dedos sus piernas musculosas, hasta que por fin no pude contenerme. Me acerqué a su pene, sintiendo su peso en la mano y recordando lo bien que se sentía dentro de mí.

Preston soltó un gemido ahogado cuando empecé a acariciarlo, haciendo movimientos lánguidos para provocarlo.

"Dos pueden jugar a esto", dijo mientras sus dedos se deslizaban entre mis piernas, haciéndome jadear.

Jugó conmigo durante un rato, aumentamos mutuamente el nivel y convertimos la excitación en desesperación.

Hasta que por fin soltó un gruñido y me apartó la mano de un manotazo. Me agarró de las caderas y me levantó.

Le rodeé con los brazos y las piernas y él me sujetó sin esfuerzo. Me empujó contra la pared de la ducha y me penetró.

Con un gemido, eché la cabeza hacia atrás y Preston me arañó el cuello, dejando besos en mi piel sensible. Le pasé los dedos por el pelo y me mordí el labio mientras él temblaba contra mí.

Por fin, después de lo que me pareció una eternidad resistiéndome a su atracción, volvíamos a estar juntos. Y me sentí aún mejor de lo que recordaba.

Al principio empujaba despacio, moviendo las caderas de un modo que me dejaba con ganas de más. Y no me lo negó. A medida que aumentaba la velocidad, encontró un ritmo fácil que hizo que todo mi cuerpo se moviera. Me sentía salvaje, libre, como si volara por los aires en una rutina de gimnasia, pero cien veces mejor.

"Preston", murmuré para asegurarme de que no estaba soñando otra vez.

Sus labios me rozaron la oreja. "Estoy aquí".

Me estremecí, preguntándome cómo sabía exactamente qué decir. Y de algún modo supe que podía confiar en que me dejaría ir un poco.

Dejé escapar un gemido mientras me penetraba con más fuerza. Después de haberme negado a mí misma desde que empecé este trabajo, ya estaba al borde de la resiliencia, sensible y necesitada.

"Eres increíble", gruñó, mordisqueando el lóbulo de la oreja. "Dios, cómo te aprietas a mi alrededor".

Nunca creí que me gustara hablar sucio, pero Preston tenía el don de hacerme sentir cosas que desafiaban la lógica. Sólo una frase, un empujón oportuno y yo estaba a punto de estallar.

"Estoy tan cerca", gemí. "No pares".

Por una vez, no se burló de mí ni me presionó. Mantuvo un ritmo constante y me dio exactamente lo que necesitaba.

"Ven a mí, nena", gimió.

Y lo hice, como si me lo ordenara. En mi cabeza estallaron fuegos artificiales cuando me llegó el orgasmo. Me aferré a él, me retorcí y grité. Perdí la noción del tiempo, atrapada en el profundo placer que me había proporcionado.

Justo cuando mi orgasmo empezaba a remitir, él también se corrió, empujando una, dos veces, antes de detenerse. Me abrazó con fuerza, atrapada entre él y la pared, su pecho subiendo y bajando contra el mío mientras el agua fluía sobre nosotros.

"Eso ha sido...", murmuró por fin, con asombro en la voz.

"Sí", asentí. Al igual que nuestra primera vez, Preston me hizo sentir cosas más intensas de lo que jamás hubiera creído posible.

Me bajó suavemente al suelo y me dio un suave beso en los labios. Y de alguna manera ese momento de ternura fue tan estremecedor como mi orgasmo anterior.

Nos lavamos juntos y, cuando cerré el grifo, nos secamos mutuamente.

Lo metí en la cama conmigo y nos acurrucamos juntos, piel con piel, con sus brazos rodeándome. Me dormí con sus labios en mi hombro.

Preston

La primera luz del alba se coló por las cortinas y proyectó un cálido resplandor dorado sobre el rostro de Jenny.

No pude evitar mirarla dormir; su largo y rizado pelo castaño enmarcaba su expresión apacible. No recordaba la última vez que me había alegrado tanto de despertarme junto a una mujer.

"Buenos días", susurré en voz baja, apenas audible, mientras le apartaba un mechón de pelo de la mejilla. Sus párpados se abrieron, revelando esos seductores ojos marrones.

"Buenos días", murmuró, con una sonrisa soñolienta en los labios. Como atraídos por una fuerza invisible, nuestros rostros se acercaron hasta que nuestros labios se encontraron en un tierno beso exploratorio.

La sensación de su suave boca sobre la mía, su sabor en mi lengua, me produjo un escalofrío.

"Anoche fue... increíble", le confesé mientras con las yemas de los dedos recorría las delicadas líneas de su clavícula. Ella se apoyó en mi tacto y clavó sus ojos en los míos.

"Estoy de acuerdo", respondió con voz ronca y llena de calidez. "Eres toda una sorpresa, Preston Reynolds".

"¿Ah, sí?", bromeé, enarcando una ceja mientras seguíamos explorando la conexión entre

nosotros.

Nuestros cuerpos se apretaban y nuestros dedos se entrelazaban mientras descubríamos nuevas formas de hacernos gemir y suspirar.

"Muchísimo", admitió, con las mejillas sonrojadas por el deseo. Me incliné hacia ella y la besé.

Finalmente, nuestros labios se separaron y nos abrazamos. El suave resplandor de la mañana nos bañaba con una luz cálida y tranquilizadora mientras nuestra respiración volvía lentamente a la normalidad.

"Jenny", empecé a decir dubitativo, con los dedos trazando dibujos en su brazo. "¿Crees que podemos seguir así?".

"¿Besándonos?". Se rió suavemente. "¿Tener sexo?".

"Sí", dije, apartando la mirada un momento. Después de mi divorcio, nunca pensé que volvería a querer algo más que una aventura de una noche, pero me sentí atraído por ella desde el momento en que nos conocimos. Fue una tortura tenerla viviendo en mi casa y no poder tenerla.

"¿Te refieres a una relación?", se atrevió a preguntar insegura.

Hice una mueca. "Esa es una palabra muy grande".

"Así es", dijo con un suspiro de alivio. "Podemos mantenerlo casual", supongo. "Nunca había hecho algo así".

Al mencionar la palabra "casual", me vinieron a la mente imágenes de Jenny teniendo más citas. Apenas estaba listo para nombrar lo que teníamos, pero la idea de que ella no fuera mía me hacía arder de celos.

"Casual, pero exclusivo", la corregí.

Sus labios se curvaron en una suave sonrisa. "Sí, eso encaja".

Sólo me quedaba una cosa por comentar.

"¿Podemos guardarnos esto para nosotros de momento? Me preocupa cómo puede afectar esto a Abigail. No sólo porque seas su entrenadora, sino porque no quiere que vea a nadie desde el divorcio".

Se mordió el labio y pensó en mis palabras.

"Por supuesto", confirmó ligeramente. "No quiero hacerle daño".

"Gracias", respondí, aliviado de que estuviera de acuerdo. Estaba claro que nuestro nuevo ... fuera lo que fuera... significaba algo para los dos, pero no podíamos ignorar las posibles consecuencias.

"Sé que puedo ser... puede ser difícil cuando se trata de Abi. Siempre quise lo mejor para ella, pero me doy cuenta de que a veces he sido muy controlador".

La mirada de Jenny se suavizó y su mano se posó sobre la mía. "Mencionó que las cosas cambiaron después del divorcio".

Suspiré, sintiendo el peso de mis acciones pasadas. "Abi quedó destrozada cuando nos divorciamos y Christie me hizo quedar como el malo de la película cuando nunca estuvo a su lado. Después de todo, la gimnasia era lo único que teníamos en común, sobre todo sus sueños olímpicos. Creo que tenía que conseguirlo por ella, pasara lo que pasara. Cuando Abi empezó a perder la motivación, supongo que pensé que necesitaba un empujón. Sólo espero no haber dañado demasiado nuestra relación. Ella se merece algo mejor que eso".

"Como alguien que también fue adolescente", me dijo, poniéndome la mano en el bíceps y apretándomela, "dale tiempo y espacio para que encuentre su propio camino. Es todo lo que podemos hacer".

"Lo intentaré", susurré, inclinándome para darle un suave beso en la frente.

"Estemos ahí el uno para el otro y para Abigail", sugirió, y sus ojos se encontraron con los míos con una comprensión tácita.

"Es un trato", acepté y sellé nuestro pacto con otro tierno beso. "Tienes razón. Tengo que ser más flexible con Abigail y dejar que encuentre su propio camino en la vida y en la gimnasia".

"Exacto", dijo ella, con una sonrisa orgullosa dibujándose en su rostro. "Necesita tu apoyo, no restricciones".

"Lo tendrá", le prometí, mientras por mi mente pasaban ideas sobre cómo podía ser el padre que mi hija se merecía. Mi corazón se hinchó de gratitud por Jenny y sus valiosas ideas.

"Pero hoy", anuncié mientras la primera idea se formaba en mi cabeza, "quiero planear un día especial para los tres: algo que nos una y le demuestre a Abigail que estoy aquí para ella pase lo que pase".

"¿Sin entrenamiento?", preguntó. Negué con la cabeza. Sonrió. "¿Qué tienes pensado?".

"Algo divertido e inesperado para demostrarle que no soy tan estricto como ella cree", respondí, con una sonrisa dibujándose en mi rostro.

"Me encantan las sorpresas", bromeó Jenny, dejando entrever su naturaleza juguetona. "Estoy segura de que Abigail apreciará el gesto".

"Eso espero", asentí, sintiendo una mezcla de aprensión y expectación.

Volví a besarla, agradecido de que hubiera entrado en mi vida, tanto por el bien de Abigail como por el mío.

Capítulo catorce

Preston

"¿El acuario, papá?", preguntó Abigail alzando las cejas. "¿En serio?".

"Oye, te encantaba el acuario", dije frunciendo el ceño.

"Sí, cuando tenía seis años", se burló.

"Bueno, todavía me encanta el acuario", vino Jenny en mi ayuda.

"Supongo que estás bien", se encogió de hombros Abigail, pero me di cuenta de que estaba empezando a calentar la idea ya que tenía el estímulo de la entrenadora Adams.

"Venga, vamos a ver la exposición de medusas", sugirió Jenny, con voz alegre mientras intentaba convencer a mi hija. "Es mi favorita".

Abigail puso cara de indiferencia, pero noté que una tímida sonrisa se dibujaba en sus labios. "Está bien, como quieras".

Intercambié una mirada cómplice con Jenny mientras seguíamos a Abigail a la exposición de medusas.

Cuando nos paramos frente a los hipnotizantes tanques, sentí que la actitud de Abigail cambiaba lentamente. La belleza etérea de las medusas parecía cautivarla e inspirarla a pesar de su resistencia inicial.

"La verdad es que molan bastante", admitió con una pequeña sonrisa en la cara.

Jenny sonrió, claramente complacida por su cambio de actitud. "¿Lo ves? Te lo dije".

Continuamos explorando el acuario, pasando de una exposición a otra. El escepticismo de Abigail desapareció poco a poco y fue sustituido por un genuino interés y curiosidad.

Vi cómo Jenny y mi hija interactuaban, cómo sus risas y sus momentos juntas me alegraban el corazón.

Cuando estábamos delante de un enorme tanque lleno de coloridas criaturas marinas, sentí que la mano de Jenny tocaba la mía.

Fue un gesto sencillo, inocente pero cargado de sentimientos no expresados. La miré y nuestros ojos se encontraron durante un breve instante que me pareció una eternidad. En ese momento, deseé coger su mano y entrelazar nuestros dedos.

Pero la realidad de la situación nos detuvo. La presencia de Abigail me recordó que nuestra relación debía permanecer en secreto, al menos en este momento. Así que intercambiamos una fugaz sonrisa y apartamos las manos a regañadientes, un acuerdo silencioso entre nosotros.

A medida que avanzaba el día, la resistencia de Abigail se convirtió en auténtica alegría. Hablaba animadamente sobre sus observaciones de las diversas criaturas que encontrábamos y su entusiasmo era contagioso. Fue una pequeña victoria, un recordatorio de las sencillas alegrías que puede proporcionar una excursión familiar.

Mientras caminábamos por los pasillos poco iluminados del acuario, no pude evitar echar un vistazo a Jenny. Sólo quería acercarme a ella y besarla. Nuestros ojos se encontraron y ella se humedeció el labio inferior con la lengua, casi volviéndome loco. Sería tan fácil, sólo uno o dos pasos y luego...

"Vaya, ¿por qué tardáis tanto?", refunfuñó Abigail, que ya nos llevaba mucha ventaja. "Creía que ibais a ver la exposición del arrecife de coral. No es que me interese".

La exposición del arrecife de coral era la parte favorita de Abigail en el acuario y sospechaba

que aún podría serlo.

"Vas demasiado rápido", expliqué, intentando disimular la razón por la que me estaba quedando atrás. Jenny soltó una suave risita y alcanzamos a Abigail para explorar la última exposición de nuestra visita. Cuando salimos del acuario, le ofrecí comprarle un peluche en la tienda de regalos.

"Tengo casi diecisiete años", protestó, lanzándome una mirada fulminante. Levanté las manos en señal de rendición mientras Jenny se reía de nosotros.

Paramos en un restaurante para comer y conté como una victoria cuando Abigail admitió que el acuario "en realidad fue bastante divertido, creo".

"En ese caso, te gustará lo que tengo planeado a continuación", le dije. "He pensado que podríamos hacer turismo e ir a una excursión en barco".

"No hablas en serio", dijo Abigail en broma.

"Entrenadora Adams, ¿por qué no me echa una mano?", le pregunté.

"Supongo que será... ¿educativa?", ofreció con una sonrisa tensa.

"Tú también, no", gemí. "¿Qué tiene de malo la excursión en barco?".

"¿Por dónde empiezo?" suspiró Abigail, sacudiendo la cabeza. "Ya no tengo siete años. Te juro que si organizas una fiesta de pijamas para mi cumpleaños...".

Dejó la amenaza en el aire. Estaba casi dispuesto a cancelar todo el día e irme a casa.

"Oye, lo estoy intentando, ¿vale?", grité mientras mi frustración se apoderaba de mí.

La cara de Abigail se ensombreció y supe que estaba lista para pelear.

"Vale, tiempo muerto", dijo Jenny con su voz de entrenadora, interrumpiendo la pelea antes de que pudiéramos empezar. "Os lo juro, sois demasiado parecidos para que sea bueno para vosotros".

Abigail y yo le lanzamos una mirada idéntica, lo que no ayudó en nuestro caso.

"Hoy ha sido muy bonito hasta este momento", señaló Jenny. "Y la idea del tour es muy dulce. Será divertido ver la ciudad desde un ángulo diferente, quizá todos necesitamos una nueva perspectiva, ¿eh?".

Asentí a regañadientes, pero Abigail cruzó los brazos delante del pecho. Estaba a punto de enfrentarme a ella, pero Jenny aún no había terminado.

"Y en cuanto a tu fiesta de cumpleaños", continuó. "Seguro que tu padre tiene planeado algo grande".

La verdad era que no había pasado mucho tiempo pensando en ello, entre mi enfado con Christie y mi lujuria por Jenny. Pero el cumpleaños de Abigail era dentro de unas semanas, después de la competición estatal, y realmente necesitaba empezar a planearlo. Me sentía culpable por no haber pensado en ello todavía.

"¿En serio?", preguntó Abigail con escepticismo. "Porque mamá suele hacerlo todo para mi cumpleaños".

Reprimí un comentario sobre Christie y lo mucho que presumía. No iba a meter a Abigail en esto, por mucho que Christie lo intentara.

"Por supuesto", confirmó Jenny con demasiada confianza, teniendo en cuenta que no tenía ni idea de qué hacer para la fiesta de una adolescente. "¿No me dijiste que ibas a convertir el gimnasio en un salón de baile para la noche?".

"¿Qué?", tartamudeé antes de poder contenerme. Definitivamente no había dicho nada parecido.

"Oh, ¿he estropeado la sorpresa?", preguntó Jenny, dándome una patada en la pierna por debajo

de la mesa.

"Espera, ¿en serio?", preguntó Abigail, con los ojos iluminados.

"Sí", dije lentamente, con la mente todavía acelerada. "Se suponía que era una sorpresa, pero también podría decírtelo..."

"No debería haber dicho nada", comentó Jenny, actuando convincentemente arrepentida. "Estaba tan emocionada cuando me contaste lo de la fiesta elegante y sofisticada".

Es buena.

"¡Papá, es increíble!". Abigail sonrió ampliamente.

"Sólo quiero lo mejor para ti", murmuré, haciendo una nota mental para darle las gracias a Jenny más tarde por rescatarme. "Incluso he pensado en contratar una banda, ¿quizás te gustaría ayudarme a elegir una?"

"Me encantaría, gracias papá", sonrió y me abrazó con fuerza. Le devolví el abrazo y se me derritió el corazón. Hacía años que no me abrazaba así.

Miré a Jenny por encima del hombro de Abigail y murmuré: "Gracias".

Ella sonrió y se encogió de hombros como diciendo: "No ha sido nada".

Cuando nos separamos, Abigail dijo: "Y sí, el viaje en barco podría ser divertido".

Aquella fue una tregua mejor de lo que yo había esperado.

Terminamos de almorzar y una hora más tarde, una brisa fresca nos saludó mientras subíamos al Boston Duck Boat y el sol proyectaba un cálido resplandor sobre el horizonte de la ciudad.

Abigail eligió un asiento al fondo. Jenny la siguió y no pude evitar admirar cómo la luz del sol bailaba sobre su larga melena rizada, dándole un brillo casi etéreo.

"Bien, todo el mundo", empezó el guía, un hombre de unos cincuenta años con bigote canoso y una amplia sonrisa. "Mi nombre es Capitán Mike y hoy seré vuestro guía turístico mientras exploramos Boston desde tierra y agua. Pongámonos en marcha".

Cuando el barco se puso en marcha, me senté junto a Jenny y nuestros cuerpos se tocaron al acomodarme. Inmediatamente mi corazón empezó a latir más rápido y le eché una rápida mirada antes de volver a centrar mi atención en el paisaje que pasaba.

El capitán Mike señaló varios puntos de interés y contó anécdotas sobre la historia de la ciudad, pero mi mirada permaneció fija en Jenny. Su mano descansaba a escasos centímetros de la mía en el asiento y el impulso de alargarla y entrelazar nuestros dedos era casi abrumador.

De vez en cuando nuestras rodillas se tocaban o nuestros brazos se rozaban suavemente al cambiar de posición. Acerqué mi mano a la de Jenny y dejé que mis dedos rozaran los suyos. Parecía ridículo que un simple roce pudiera desencadenar tanto en mí.

No había pasado ni un día y ya estaba luchando por mantener las cosas en secreto. Fue difícil en el acuario, al menos había podido mantener la distancia física. Pero estuve sentado a su lado durante todo el paseo, no había un sitio mejor para mí. Tenía tantas ganas de besarla que me hormigueaban los labios. Y si interpreté correctamente la expresión de Jenny, ella estaba pensando lo mismo.

A Abigail le gustaba su entrenadora, quizá se alegraría si nos juntáramos. Christie y yo nos habíamos divorciado hacía años, así que tal vez Abigail estaría abierta a la idea.

"¿Hola?", preguntó Abigail, trayéndome de vuelta al presente.

"¿Qué?", pregunté mientras Jenny miraba a mi alrededor. Las otras personas del barco empezaron a levantarse y a marcharse.

"Se acabó la excursión", respondió Abigail.

"Claro", murmuré, dándome cuenta de que me había perdido por completo al menos la mitad

de la excursión. A juzgar por las mejillas sonrojadas de Jenny, ella sentía lo mismo.

"¿Por qué actuáis tan raro?", preguntó Abigail con las cejas levantadas.

"No lo estamos", respondí, perdiendo mi oportunidad.

"Estáis actuando como mis amigas Jillian y Sam cuando empezaron a salir con chicos, os lo juro", dijo mientras empezábamos a levantarnos. Jenny me miró preocupada.

"Eso sería...", respondí a modo de presentación, intentando calibrar la reacción de Abigail.

"Ridículo", resopló. "¿Te lo imaginas? ¿Mi entrenadora y mi padre saliendo? Uf".

"Hah, sí," murmuré tímidamente, mientras Jenny permanecía inusualmente callada.

"No te preocupes por eso, Jenny", dijo Abigail, a quien hoy se le permitía llamar a Jenny por su nombre de pila, dándole un codazo con los hombros. "Puedes encontrar algo mucho mejor".

"Oh, no estoy tan segura de eso", respondió Jenny en voz baja. Le dediqué una breve sonrisa.

Abigail no pareció oírla porque ya estaba saliendo del barco.

Bueno, supongo que tendremos que mantener las cosas en silencio hasta que Abi se haga a la idea... o se mude.

"Hola", le dije en voz baja a Jenny mientras Abigail se nos adelantaba. "Lamento eso".

"No lo sientas", respondió con una sonrisa agri dulce. "Todavía es joven, aún no lo entiende. Y además, todavía estamos arreglando las cosas nosotros".

"Sí", asentí, preguntándome por qué me molestaba tanto.

Dejamos el barco, caminamos de vuelta al coche y alcanzamos a Abigail.

"Sabes", dijo cuando llegamos, "hoy me lo he pasado muy bien, gracias papá".

De alguna manera todo había valido la pena, incluso mantener en secreto lo de Jenny. Por el momento.

Capítulo quince

Jenny

Tenía el corazón acelerado, los nervios y la emoción a flor de piel ante la competición estatal de gimnasia de Abigail.

Había estado perfeccionando su rutina durante las últimas semanas y mejoraba cada día, sobre todo desde que su padre dejó de ser tan estricto con ella.

A mi lado, los penetrantes ojos azules de Preston brillaban de expectación y nuestras respiraciones creaban un vaho vaporoso en el aire fresco del invierno.

Las últimas semanas con él han sido increíbles. A menudo nos encontrábamos el uno al otro después de que Abigail se hubiera ido a dormir y, aunque no me gustaba mentirle, tenía que admitir que había cierta emoción en andar a escondidas.

Lo malo era que teníamos que inventar excusas para pasar tiempo juntos.

Como en aquel momento que yo necesitaba aire fresco, Preston había fingido dejar el móvil en el coche para salir a verme.

"Estoy demasiado nervioso por Abi".

"¿Crees que lo conseguirá?", quiso saber, frunciendo el ceño.

"Sí", dije con firmeza y dejé escapar un profundo suspiro, tratando de controlar mis nervios. "Es buena, Preston. Tan buena como una atleta olímpica. Pero el talento no lo es todo. Aquí todas las chicas son buenas".

"Cierto", asintió. "Pero es mi hija, tiene que ser la mejor".

Resoplé ante su arrogancia, pero de algún modo me ayudó a calmar los nervios.

"¿Preparada?", preguntó, con su fuerte mano buscando la mía.

"Por supuesto". Le apreté la mano. Y luego la solté.

Entramos en la bulliciosa sala de competición, con la energía de la multitud palpable.

En cada esquina, las gimnastas se estiraban y practicaban, los entrenadores ladraban órdenes o daban consejos de última hora. Me recordaba a mis días de competición y el dolor familiar de estar de pie en aquellas colchonetas me invadió de nuevo.

"Entrenadora Adams", gritó Abigail. Sus rizos rubios rebotaron mientras se acercaba a nosotras. Sus ojos azules reflejaban los de su padre, pero había una incertidumbre en ellos que me entristeció el corazón.

"¿Cómo estás?", pregunté, tratando de ser profesional de nuevo.

"Tengo miedo", admitió, con voz vacilante. "Las actuaciones se han sorteado. Me toca a mí la primera".

La miré profundamente a los ojos y saqué toda la fuerza y el coraje que necesitaba. "Has trabajado increíblemente duro para este momento, Abigail. Confía en tu cuerpo y en tu entrenamiento. Confía en ti misma".

"Puedes hacerlo", añadió Preston, con voz firme y segura.

"Gracias, realmente lo necesitaba", dijo ella, con una pequeña sonrisa jugueteando alrededor de sus labios.

"Sal ahí fuera y demuéstroles de qué estás hecha". Asentí animándola y vi cómo respiraba hondo y se apresuraba a salir con una nueva determinación.

Preston y yo nos sentamos en las gradas y esperamos a que empezara la competición.

"Eres muy buena con ella", dijo, apoyándose ligeramente en mí.

Su presencia era a la vez tranquilizadora y excitante. Incluso después de semanas juntos, conseguía acelerarme el corazón con el más simple contacto.

"Yo también he estado donde ella está", le expliqué, permitiéndome apoyarme también en él, lo justo para sentir la presión pero negarla de forma creíble. "Supongo que eso ayuda".

Preston asintió mientras por megafonía se anunciaba que la competición estaba a punto de comenzar.

Contuve la respiración, con el corazón acelerado en el pecho. Abigail pisó la colchoneta. Sus ojos se posaron en la multitud, buscándonos. Cuando nos vio, le hice un último gesto de ánimo para demostrarle que creía en ella.

"Vamos", susurré, con el corazón acelerado por la expectación. La mano de Preston se deslizó entre las mías, ofreciéndome un apoyo silencioso.

Empezó la música y no pude evitar sonreír. Era la canción perfecta: una pieza emotiva y poderosa que mostraba la fuerza y la vulnerabilidad de Abigail.

Mientras bailaba y saltaba por la colchoneta, pude ver cómo se desarrollaba su historia ante mí: una joven que supera obstáculos y alcanza las estrellas.

"Vaya", dijo Preston, con los ojos brillantes de orgullo. "Está fantástica ahí fuera".

"¿A que sí?", asentí. Mi nerviosismo se olvidó por un momento mientras me maravillaba con su actuación. Pero entonces la música empezó a sonar, hasta llegar a la secuencia final, la más difícil, y mi nerviosismo volvió con fuerza.

"Vamos, Abi", susurré, apretando los puños. "Puedes hacerlo".

Como si hubiera oído mi silenciosa súplica, ejecutó la secuencia a la perfección, con movimientos seguros y precisos. El público aplaudió y sentí una oleada de alivio y orgullo.

"¿Lo has visto?", exclamé, volviéndome hacia Preston. "Lo ha conseguido".

"Lo he visto", dijo, con una sonrisa de oreja a oreja. "Tenías razón sobre la elección de la canción, nunca se habría expuesto así si se hubiera ceñido a la música clásica que yo quería".

"Gracias por creer en mí", respondí, sintiendo que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Había llegado la hora de la verdad. Esperamos ansiosos a que el jurado anunciara los resultados. Sentía que el corazón se me aceleraba en el pecho y amenazaba con salirse de la jaula.

Había expectación a mi alrededor y cada respiración era un esfuerzo por mantener los nervios a raya.

"Vamos", murmuró Preston, haciéndose eco de mi afirmación anterior.

Le miré, deseando poder cogerle la mano de nuevo, pero me reconfortó la confianza inquebrantable que tenía tanto en Abigail como en mí.

Se contaron los resultados finales y el locutor se acercó al micrófono.

"El tercer puesto es para... Sarah Thompson", anunció y una tormenta de aplausos llenó el estadio. Mi mano ansiaba agarrar la de Preston.

"Segundo lugar... Emily Patterson". Más aplausos estallaron y mi estómago se retorció con una mezcla incómoda de esperanza y miedo. Quedaba un puesto y recé para que fuera el nombre de Abigail el siguiente en resonar en el estadio.

"Primer lugar y un lugar en los campeonatos Nacionales ... ¡Abigail Reynolds!".

Sentí como si una presa hubiera estallado dentro de mí, liberando un torrente de alegría y alivio que amenazaba con arrastrarme.

Preston y yo nos levantamos de un salto y nuestros gritos de triunfo se unieron a la cacofonía de vítores. Desde el otro lado de la habitación, Abigail nos miraba con los ojos brillantes por las lágrimas y una felicidad inconfundible.

"¡Lo ha conseguido!", gritó Preston, dándome un fuerte abrazo. "¡Lo hemos conseguido!".

Mientras llovía confeti a nuestro alrededor, no pude evitar reflexionar sobre mi trayectoria hasta llegar a este punto. Ser entrenadora fue un reto, pero la recompensa superó con creces el esfuerzo. Estaba tan contenta como si yo misma hubiera recibido la medalla de oro.

Ver cómo Abigail se convertía en una atleta segura de sí misma e impresionante merecía cada noche de insomnio y cada momento de ansiedad.

"Por muchas victorias más, Jenny", susurró Preston mientras sus labios rozaban mi oreja. "Por nosotros".

"Por nosotros", coincidí, apoyándome en su abrazo mientras veíamos a Abigail regodearse en su merecida gloria.

Nos estábamos separando cuando ella vino corriendo hacia nosotros. Nos abrazó a los dos al mismo tiempo con una gran sonrisa en la cara. "¡No me puedo creer que haya ganado!".

"Sí", le contesté, radiante de orgullo. "Estuviste increíble y te lo merecías".

"Gracias, entrenadora Adams", dijo, "no podría haberlo hecho sin usted".

Volví a abrazarla, encantada de que Kelsey me hubiera empujado a convertirme en entrenadora. Nunca pensé que sentiría tanto orgullo y satisfacción en el proceso.

"Oye, papá", dijo entonces, volviéndose hacia Preston. "¿Puedo ir a celebrarlo con las demás?".

"Por supuesto", asintió. "Únete a nosotros cuando estés lista y luego nos dirigiremos a la cabaña".

Había alquilado una cabaña para el fin de semana en previsión del triunfo de Abigail, pensando que le vendría bien un merecido descanso y un fin de semana lejos de la ciudad.

"Gracias", gritó y se marchó a toda prisa.

Mientras la veía irse, me di cuenta de que una figura familiar se acercaba a nosotros.

La figura alta y delgada de Christie y sus ojos fríos como el hielo parecían completamente fuera de lugar en medio de la alegre fiesta. Se me formó un nudo en el estómago, amenazando con ahogar la alegría que acababa de arraigar allí.

"¿Qué haces aquí?", preguntó Preston con voz firme.

"¿No es obvio?", respondió ella, su tono goteando veneno. "He venido a llevarme a Abi a casa, al fin y al cabo es mi fin de semana".

"Acordamos que pasaría este fin de semana conmigo para que pudiera presentarse a un concurso", argumentó Preston.

"Y compitió", replicó Christie. "La competición ha terminado y estoy en mi derecho de llevármela conmigo".

Me clavé las uñas en las palmas de las manos. No era justo.

"Por favor", intervine. "Preston alquiló una cabaña para el fin de semana especialmente para celebrarlo, ¿no podéis simplemente... intercambiar los fines de semana?".

Sus gélidos ojos azules me miraron con desdén, pero su expresión no cambió. "Es un asunto familiar y no recuerdo haberte pedido tu opinión".

Me callé porque sabía que tenía razón, por mucho que deseara lo contrario. Yo no tenía nada que decir al respecto.

"No puedes hacer eso, Christie". La expresión de Preston se endureció. "Se merece una recompensa".

"Puedo hacer lo que quiera", dijo Christie. "Y lo que quiero es traer a mi hija a casa".

En ese momento, Abigail regresó, con los ojos todavía brillantes de excitación.

"Mamá, ¿qué haces aquí?", preguntó con una sonrisa. "¿Has venido a ver mi competición?"

"Me perdí tu rutina porque tenía que trabajar, cariño", dijo Christie, de repente dulce y arrepentida. "Pero te he visto ganar la medalla de oro. He venido a llevarte a casa, pensé que podríamos celebrarlo este fin de semana".

"Oh", Abigail frunció el ceño confundida. "Pensé que me quedaría con papá este fin de semana".

Christie apretó los puños, pero por lo demás mantuvo la compostura. "¿Y quieres que me pierda de mimarte? No, tu padre ha cambiado de opinión y hemos acordado que es lo mejor".

"Oh. De acuerdo", dijo Abigail encogiéndose de hombros, aparentemente inconsciente del juego de poder que se estaba desarrollando entre sus padres. "Supongo que te veré el lunes, papá. Gracias de nuevo, entrenadora Adams".

Le dediqué una sonrisa triste y Preston asintió con rigidez.

"Lo celebraremos en otra ocasión", dijo, tirando de ella para abrazarla. "Estoy muy orgulloso de ti".

"Gracias, papá", respondió ella.

Christie no perdió el tiempo y condujo a Abigail a la salida, charlando ya sobre el divertido fin de semana que había planeado.

El buen humor de antes había dado paso a una pesada nube de decepción y frustración que amenazaba con engullirnos.

"Vamos", murmuró Preston, con la voz ronca por la tristeza. "Vámonos de aquí".

Caminamos penosamente por el aparcamiento cubierto de nieve, sin que el frío adormeciera el dolor de nuestros corazones. Las luces parpadeantes y las decoraciones festivas parecían burlarse de nosotros, un cruel recordatorio del fin de semana de celebración que habíamos planeado para Abigail.

Subimos al coche y busqué una forma de asimilarlo todo.

"Dios, a veces la odio", gimió Preston, apretando los puños alrededor del volante aunque aún no había arrancado el coche.

"Puedo entenderlo", suspiré. Estaba claro que a Christie le importaba más lo que ella misma quería que cualquier otra cosa. "Si me preguntas, lo has hecho bien. Hiciste las cosas bien para Abi y eso es lo que debe ser el trabajo de un padre".

"Sólo desearía que Christie hiciera lo mismo", murmuró.

Le puse la mano en el muslo y busqué la manera de consolarlo. No podía interferir con Abigail ni hacer que su ex mujer fuera mejor persona.

Lo mejor que podía hacer era ayudar a Preston a distraerse.

"Oye, todavía podemos ir a la cabaña", señalé, apretando su muslo. "Y al menos tendremos algo de intimidad. No tenemos que escondernos".

Dibujé un pequeño dibujo en la cara interna de su muslo con las yemas de los dedos y sentí una oleada de satisfacción cuando se estremeció.

"Sí, supongo que esto tiene su lado bueno", dijo antes de poner su mano sobre la mía. "Pero si no dejas de hacer eso, se me pondrá demasiado dura para conducir y creo que el sexo en el coche echaría por tierra nuestra tapadera".

Tuve la tentación de poner a prueba esta teoría. Tenía la costumbre de hacerme sentir traviesa de la mejor manera posible. Pero me resistí.

"Vayamos a la cabaña, podemos volver a hablar del tema allí", pedí, quitando la mano de su pierna.

Puede que no fuera el fin de semana que queríamos darle a Abigail, pero tenía que admitir que me apetecía pasar tiempo a solas con Preston y no tener que esconderme mientras lo hacíamos.

Capítulo dieciséis

Jenny

El coche se detuvo frente a la casa de campo, un moderno edificio de estilo escandinavo con ventanas del suelo al techo, enclavado entre árboles y rodeado de nieve fresca.

Me sentí abrumada. La cabaña destilaba estilo y elegancia, una mezcla perfecta de sofisticación y comodidad. Preston se había superado a sí mismo y una sonrisa se dibujó en mis labios cuando me volví hacia él.

"Este lugar es increíble", me maravillé mientras mis ojos contemplaban el elegante diseño y las impresionantes vistas.

Su sonrisa reflejó mi emoción. "Me alegro de que te guste".

Entramos en la casa y, a medida que recorría las habitaciones decoradas con gusto, mi admiración iba en aumento. Era como si cada detalle hubiera sido cuidadosamente elegido para crear una atmósfera de intimidad y romanticismo.

Preston llevó nuestro equipaje a la habitación mientras yo me refrescaba y, cuando salí del baño, me esperaba una sorpresa. Había preparado una mesa para dos y la escena estaba iluminada por la luz de las velas. Una botella de vino estaba lista, acompañada de un surtido de platos gourmet que prometían una experiencia culinaria inolvidable.

"¿Cómo lo has conseguido?", pregunté, con los ojos desorbitados por el asombro.

"Llamé antes, cuando paramos a repostar", me dijo con una sonrisa de satisfacción. "Quería que esta noche fuera especial".

"¿Vino?", preguntó cogiendo la botella. "Hay rosado".

"Mi vino favorito".

"Me acuerdo".

El calor llenó mi pecho. Era una faceta de Preston que nunca había visto.

La comida era deliciosa, una sinfonía de colores y texturas, cada plato un lienzo de ingredientes cuidadosamente dispuestos. El succulento salmón a la parrilla con tiernos espárragos se servía con una mezcla de verduras asadas rociadas con una aterciopelada reducción de balsámico, cada bocado una deliciosa mezcla de sabores.

"Creo que nunca he comido tan bien", dije cuando terminamos.

"Espero que hayas dejado sitio para el postre", sonrió, desapareciendo brevemente en la cocina y volviendo con una tarta de chocolate decorada con delicadas frambuesas.

Saboreamos cada bocado, los sabores bailando en nuestras lenguas mientras compartíamos historias y reíamos. Fue un momento de pura felicidad, la mezcla perfecta de lujo y conexión.

Después de cenar, nos dirigimos a la sala de estar, donde un crepitante fuego proyectaba un cálido y acogedor resplandor. La suave luz parpadeaba en las paredes, creando un reducto de intimidad al que era imposible resistirse.

Preston extendió una manta de felpa en el suelo, se sentó y palmeó el asiento de al lado. "Ven aquí", me invitó, con voz de susurro.

Me acurruqué junto a él y sentí el calor del fuego en la piel. Cuando me rodeó con el brazo, me hundí en su abrazo y nuestros cuerpos encajaron como si estuvieran hechos para ese momento.

El suave crepitar del fuego nos tranquilizó mientras hablábamos, alternando nuestra conversación entre bromas divertidas y un conocimiento más profundo del otro. El tiempo

parecía haberse detenido y nuestra conexión se incrementaba a cada instante.

Con un sutil movimiento, Preston se volvió hacia mí y sus ojos se clavaron en los míos. El aire estaba cargado de sentimientos no expresados, nuestro deseo mutuo hirviendo a fuego lento bajo la superficie. En aquel momento, la tentación de cerrar la brecha que nos separaba era abrumadora.

Ambos nos movimos al mismo tiempo y nuestros labios se encontraron en un lento beso. Preston me abrazó la cara con una ternura que nunca antes había experimentado. Ni él ni nadie. No había necesidad de precipitarse, teníamos todo el fin de semana para nosotros, sin distracciones ni compromisos.

Pero no era sólo eso. Algo había cambiado entre nosotros. No era excitación, no era hormigueo, no era desesperación. Era mucho más profundo, ese sentimiento me producía una especie de miedo, podría haberme asustado. Me habría asustado si Preston no me hubiera rodeado con sus brazos, me hubiera tumbado sobre la manta y me hubiera besado lenta y profundamente. ¿Cómo podía tener miedo cuando estaba en sus brazos?

Me desnudó, me quitó con cuidado todas las prendas y me desenvolvió como si fuera un regalo precioso. Besó cada centímetro de mi piel, sus labios ardientes como el fuego, dejaban un rastro de ardiente deseo al presionarme.

Se apartó sólo para desnudarse también, dejándome a la vista su pecho tonificado, sus poderosos bíceps y el rastro de vello sobre su vientre. Tuve que apretar las piernas cuando se bajó los calzoncillos y dejó al descubierto su pene duro y erecto. Habíamos tenido sexo muchas veces antes, pero la excitación nunca disminuía. Me abrazó con fuerza y volvió a cubrirme con su cuerpo, piel con piel, moviéndose lenta y sensualmente.

El fuego crepitaba en la chimenea vecina, proyectando sombras parpadeantes sobre nuestros cuerpos entrelazados mientras nos movíamos lenta y tiernamente.

Las manos de Preston recorrieron mi cuerpo, explorando cada centímetro antes de detenerse entre mis piernas. Pronto le siguieron sus labios y su lengua hizo magia explorando mis puntos sensibles. Gemí de placer mientras me invadían oleadas de éxtasis y la piel me hormigueaba de gozosa expectación.

Siguió haciendo su magia hasta que me retorcí debajo de él, jadeando mientras la intensidad de mi orgasmo me dominaba. La cabeza me daba vueltas y el cuerpo me ardía de deseo mientras Preston se sentía feliz encima de mí y el calor que irradiaba su musculoso cuerpo me embriagaba cada vez más. Me penetró lentamente, llenándose y llevándonos a los dos aún más cerca del borde del placer.

Nuestros ojos se encontraron y fue como si el mundo contuviera la respiración. De alguna manera era incluso más íntimo que tenerlo dentro de mí. Me apartó el pelo de la cara con una expresión suave y cariñosa que hizo que se me derritiera el corazón.

Nos movíamos al unísono, nuestros cuerpos encontraban su propio ritmo. Los empujones de Preston se volvieron cada vez más violentos a medida que superábamos el crescendo y ambos gritamos cuando nuestra pasión alcanzó su punto álgido y fuimos conducidos juntos al éxtasis. Nos abrazamos, jadeantes y sudorosos, pero satisfechos en todos los sentidos.

Los latidos de mi corazón eran más fuertes que el crepitar del fuego en mis oídos. Los brazos de Preston me rodearon como si quisieran impedir que me fuera. Pero yo no me iría a ninguna parte. Jamás. Porque en ese momento me di cuenta de que me había enamorado de él.

Capítulo diecisiete

Jenny

El sol de la mañana proyectaba sus rayos dorados a través de la ventana, iluminando la apacible cabaña.

El calor del cuerpo de Preston permanecía a mi lado y mi corazón se sentía tan ligero como la nieve recién caída. Mientras yacíamos envueltos en las sábanas, me dio un suave beso en la frente.

"Hoy tengo grandes planes para nosotros", murmuró.

"¿Ah, sí?". Me habría encantado quedarme en la cabaña con Preston todo el día.

"Vamos a esquiar. Es precioso, rodeado de montañas nevadas y altos árboles de hoja perenne". Sus ojos azules brillaban de emoción y no pude evitar sentir un tinte de expectación mezclado con mi propio nerviosismo.

"Suena fantástico. Pero, para serte sincera... Nunca he esquiado", admití avergonzada. "La gimnasia siempre ha sido lo mío, ¿sabes?".

"Hay una primera vez para todo, ¿verdad?". sonrió Preston, claramente poco impresionado por mi falta de experiencia. "Yo te enseñaré. Confía en mí. Será divertido".

Después de un rápido desayuno, nos pusimos la ropa de invierno y nos dirigimos a la estación de esquí. Mientras viajábamos por la serpenteante carretera de montaña, no pude evitar admirar el impresionante paisaje.

Las majestuosas montañas se alzaban sobre nosotros, con sus picos blancos brillando sobre el fondo de un cielo azul despejado. El mundo parecía contener la respiración, esperando a que entráramos en su gélido abrazo.

Cuando llegamos a la bulliciosa estación de esquí, sentí que mi entusiasmo crecía, aunque el nerviosismo me corroía la confianza. Miré a Preston, que estaba ocupado recogiendo nuestros esquís de alquiler.

"Prométeme que no te reirás si estoy más tiempo caída de culo que sobre los esquís", le dije medio en broma.

"Por supuesto que no". Me guiñó un ojo con picardía. "Pero prométeme que no te reirás cuando hayas aprendido y me adelantes por la pista".

"Trato hecho", acepté con una sonrisa en los labios.

Preston me enseñó lo básico y no me pareció tan difícil. No es que no supiera usar mi cuerpo. Pero bajar a toda velocidad por una colina sobre dos tablas me daba más miedo que dar saltos mortales desde las barras asimétricas.

"¿Estás preparada?", me preguntó mientras me entregaba los esquís.

"Todo lo preparada que puedo", respondí, tratando de ahuyentar las mariposas que sentía en el estómago. ¿De verdad iba a esquiar por primera vez con el hombre del que me había enamorado?

El viento frío me mordía las mejillas mientras bajábamos por la pista para principiantes, con la mano de Preston caliente entre las mías. Tenía una mirada decidida, como si se hubiera propuesto enseñarme a esquiar.

Apreté las fijaciones de los esquís y sentí un peso desconocido debajo de mí. Entonces me enderecé y me tambaleé precariamente.

"Toma", me dijo Preston, poniéndome una mano alrededor de la cintura para estabilizarme.

"Inclínate hacia delante y ejerce más presión en los bordes interiores".

"¿Así?", pregunté, siguiendo sus instrucciones. Esta vez conseguí mantener la posición sin perder el equilibrio.

"Perfecto", sonrió, con su aliento empañando el aire. "Vamos a intentarlo".

Mientras descendíamos por la pendiente, sentí cómo mis músculos se tensaban y mi cuerpo luchaba contra los movimientos desconocidos. Tropecé, me caí y aterricé en un montón de nieve. Preston me ayudó a levantarme y se rió mientras me quitaba la nieve de los pantalones de esquí.

"Me prometiste que no te reirías", resoplé.

"Lo siento, es que estás tan mona", dijo, limpiándome la nieve de la punta de la nariz.

Era difícil enfadarse con él por reírse, sobre todo cuando se inclinó hacia mí y me besó.

"¿Una vez más?", me ofreció cuando nos separamos.

"Una vez más", acepté. Esta vez, sentí una chispa de determinación encenderse dentro de mí. No era de las que rehuyen los retos.

Con cada intento, ganaba un poco más de confianza y poco a poco me iba acostumbrando a la sensación de esquiar.

"¿Lista para una carrera?", me desafió Preston con un brillo travieso en los ojos.

"Vamos entonces", le respondí, con mi espíritu competitivo a flor de piel. Nos alineamos uno al lado del otro en la parte superior de la pista, nuestras respiraciones visibles en el aire fresco.

"¿Preparados?", pregunté, agachándome en posición.

"Listo".

"¡Vamos!", grité, y nos pusimos en marcha, cortando la nieve como cuchillos en la mantequilla.

A medida que descendíamos por la pista, sentía cómo el corazón se me aceleraba en el pecho y la adrenalina corría por mis venas. Mis movimientos se hacían más fluidos y los esquís se deslizaban sin esfuerzo sobre la nieve. Miré a Preston, que me pisaba los talones con los ojos brillantes de emoción.

"¿Eso es todo lo que tienes?", me burlé, aumentando la distancia entre él y yo, decidida a no dejarle ganar.

En ese momento, mientras el viento me sacudía el pelo y la emoción de la carrera me recorría por dentro, me sentí realmente viva. Cuando llegamos al final de la pista y nuestras risas se mezclaron, supe que estos recuerdos quedarían grabados en mi corazón para siempre.

"Vale, vale, lo admito", jadeé cuando nos detuvimos. "Ha sido increíble".

"¿Ves? Te dije que no tuvieras miedo", dijo Preston, tirando de mí en un cálido abrazo. Nos quedamos allí, respirando con dificultad, nuestros corazones latiendo al unísono.

"Gracias", le susurré en el hombro, sintiendo una oleada de gratitud por el hombre que me había enseñado a confiar de nuevo, tanto en la pista como en mi corazón.

Mientras el sol se ocultaba en el horizonte y bañaba el paisaje nevado con una cálida luz dorada, regresamos a la acogedora cabaña. Mis músculos estaban agradablemente doloridos por el día de esquí, pero mi rodilla lesionada me pellizcaba y me dejaba cojeando ligeramente.

"¿Te has hecho daño?", me preguntó Preston, escrutándome con preocupación.

"No, es sólo mi estúpida rodilla mala", le dije, frustrada por el hecho de que estuviera actuando en un momento en el que estaba más feliz que nunca y por fin sentía que podía seguir adelante con mi vida.

"Hay un jacuzzi en la cabaña, ¿qué tal si nos remojamos un rato en el agua caliente?", sugirió con su voz profunda y tranquilizadora.

"Sería estupendo", respondí, con el corazón henchido de afecto por él.

Volvimos a la cabaña y puso el jacuzzi en marcha mientras yo buscaba los albornoces y las zapatillas que formaban parte del inventario. Ninguno de los dos llevaba bañador, así que decidimos bañarnos desnudos.

Nos envolvimos en los albornoces y salimos con cuidado a la terraza cubierta de nieve. El aire era fresco y tonificante, pero la visión del humeante jacuzzi frente a nosotros nos atrajo aún más. Con las mejillas sonrojadas por el frío, nos desnudamos rápidamente y nos metimos en el agua.

"Ah, qué bien me siento", suspiré. La tensión de mis músculos empezó a disminuir y el dolor de mi rodilla se calmó. Preston me rodeó los hombros con el brazo.

"¿Está mejor?", murmuró y me dio un tierno beso en la sien.

"Mucho mejor", asentí y me apoyé en él.

Nos relajamos en el reconfortante abrazo del agua caliente y dejamos que el día desapareciera. Me acurruqué más cerca de Preston, apoyé la mano en su muslo y tracé distraídamente dibujos en su pierna.

"Este fin de semana ha sido un sueño", dije suspirando. "Casi no quiero volver a la ciudad".

"Oye, aún no ha terminado", respondió, acariciándome el hombro. "Mañana tenemos que irnos temprano, pero aún podemos terminar la velada en paz".

"Ah, sí, ¿qué tenías pensado?", le pregunté, teniendo ya una idea.

En respuesta, se acurruco en mi cuello y apretó besos suaves y sensuales contra mi piel.

"Mmm", murmuré feliz. "Esperaba que fuera eso".

Se rió suavemente y su aliento rozó mi piel con calidez.

"Eres insaciable", murmuró mientras deslizaba la mano por mi muslo.

"Eso es lo que dice el hombre adecuado", jadeé mientras sus dedos se deslizaban entre mis piernas.

"¿Qué ha sido eso?", bromeó.

"Cállate", dije, envolviendo su polla con mi mano. Era una estrategia eficaz, pero funcionaba aún mejor cuando nos besábamos. Lo empujé hacia el borde del jacuzzi y lo besé profundamente mientras seguía acariciándolo. Él gemía en mi boca mientras sus manos recorrían el cuerpo en busca de cualquier punto que me hiciera estremecer.

Me subí a su regazo, deseando estar más cerca de él. Nunca me he sentido mejor que en sus brazos, apretada contra él, tocándole de todas las formas imaginables.

"Dios, eres tan sexy", gruñó, colocando la mano entre mis omóplatos e inclinándome hacia atrás lo suficiente para llevarse los pechos a la boca. Los lamió, chupó y mordisqueó alternativamente hasta que estuve a punto de suplicarle.

"Te necesito", le supliqué, guiando su dura polla hasta mi coño.

"Sí", dijo y yo no estaba segura de si estaba de acuerdo o simplemente me necesitaba tanto.

Me agarró por las caderas y me guió hasta su polla, y los dos suspiramos al unísono cuando volvimos a estar juntos. Le rodeé el cuello con los brazos y entrelacé los dedos en su pelo mientras caía sobre él. Me sentía ingrátida en el agua, pero Preston impedía que me dejara llevar por sus manos, su polla y sus labios.

Moví las caderas en círculos, disfrutando de la sensación de que me llenara y de que yo tuviera el control. No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mis labios al mirar a Preston, cuyos ojos estaban oscuros de deseo y cuya boca se abrió en un suave gemido cuando moví las caderas más deprisa.

"Estás disfrutando demasiado", gimió mientras sus dedos se enroscaban alrededor de mis

caderas.

"¿Quieres que disfrute menos del sexo contigo? ¿Menos?", le pregunté, presionando hacia abajo en él a propósito.

"Oh, eres mala", jadeó, sus caderas se sacudieron hacia arriba involuntariamente.

"Sólo por ti", dije, mis palabras tenían más significado del que pretendía.

Me miró a los ojos y su expresión se transformó en algo intenso y profundo. Lo besé, aunque sólo fuera para no tener que enfrentarme a lo que eso significaba. Y él me devolvió el beso con la misma pasión.

Me moví más deprisa, le cabalgué tan fuerte como me permitía el agua y le besé con tanta rudeza que casi me dolió. Sus dedos se clavaron en mis caderas y me impulsaron.

No quería que este momento terminara, no quería volver a la realidad en la que teníamos que escondernos y no quería enfrentarme a mis crecientes sentimientos. Si tan sólo pudiéramos permanecer en este momento perfecto, juntos y libres, en el espacio donde no teníamos que reconocer o alejar nuestros sentimientos. Aquí podríamos simplemente estar presentes y conectados.

Mi orgasmo habría sido agridulce si no me hubiera llenado la mente de un placer desenfrenado y ardiente. Me sacudió mientras me retorció en el regazo de Preston y él me follaba, corriéndose casi simultáneamente. Nos abrazamos con fuerza, salvajes y primitivos, pero con tanta adoración que me dolía el corazón.

Y cuando la pasión se calmó, permanecemos unidos, con los brazos de Preston rodeándome mientras yo me acurrucaba contra su pecho y le acariciaba el cuello. El aire frío del invierno desprendía vapor de nuestra piel y el hidromasaje caliente nos envolvía suavemente. No había palabras, pero podía sentir el corazón de Preston palpitando contra el mío en la parte superior de nuestros cuerpos, y eso decía más de lo que podrían decir las palabras.

Capítulo dieciocho

Jenny

Cuando volví a casa, no pude evitar sentir una punzada de tristeza cuando la realidad volvió a alcanzarme.

Mi teléfono emitió un zumbido de notificaciones y suspiré mientras lo cogía, desplazándome por los mensajes y correos electrónicos que se habían acumulado durante el fin de semana. Un titular me llamó la atención: un artículo sobre el próximo campeonato.

"¿Algo interesante?", preguntó Preston, mirándome.

"Sí, la verdad es que sí", dije abriendo el artículo. "Es sobre los Nacionales. Parece que Emma también estará allí, como entrenadora".

"¿Emma Langford?". "Tu antigua amiga?".

"Sí, esa misma". Apreté los dientes y sentí que la vieja amargura volvía a surgir en mí. El recuerdo de cómo la había pillado a ella y a mi ex novio follando pasó por mi mente.

Casi se me para el corazón por la traición. Me dolía la rodilla.

"Supongo que no puede mantenerse al margen de mi vida. Por lo visto, entrena a un equipo de las gimnastas con más talento del país. Todo es muy... prestigioso".

"Oye", dijo Preston suavemente, cogiéndome la mano. "Intenta que su presencia no te moleste. Eres una gran entrenadora y Abigail tiene muchas posibilidades de ganar. Concéntrate en eso".

"De acuerdo", respondí, tragándome el resentimiento que amenazaba con abrumarme. "Tienes razón. Tengo que centrarme en Abigail y no dejar que Emma se meta en mi piel".

Preston me apretó la mano tranquilizadamente y por un momento dejé que su tacto me calmara. Pero cuando salimos del coche, supe que los retos que nos aguardaban no serían fáciles.

La presencia de Emma era un doloroso recordatorio de mi pasado. Tres años después, ella podría volver a desafiarme por la victoria.

Al día siguiente, de pie en el gimnasio, observé a Abigail mientras hacía ejercicio. Mis ojos seguían cada uno de sus movimientos. Mis pensamientos se centraban en un único objetivo: la victoria.

Saber que Emma estaría en los campeonatos avivó mi determinación y encendió un fuego en mi interior que no se apagaría. No se llegaba a los Juegos Olímpicos si no se era competitivo, y saber que la mujer que había arruinado mi vida estaría allí me animó a esforzarme aún más.

La adversidad siempre podía convertirse en combustible y determinación.

"¡Abi!", grité cuando se bajó, frunciendo el ceño. "Ha estado bien, pero tienes que mejorar el aterrizaje. No podemos permitirnos ningún error en los Nacionales".

"Lo intento", respondió, con evidente frustración. Respiró hondo y volvió a subirse a la barra.

"Recuerda, postura firme, puntas de los pies en punta y mantén la mirada fija", le recordé con tono firme pero alentador. "Puedes hacerlo".

Mientras Abigail continuaba con su rutina, no pude evitar fijarme en todas sus pequeñas imperfecciones. Lo había hecho muy bien en la competición estatal, pero las competiciones Nacionales eran algo totalmente distinto. No sólo tenía que ser buena, tenía que ser la mejor. No

podía dejar que Abi perdiera su sueño.

"Ya basta por hoy", decidí cuando me di cuenta de que se estaba cansando. Se secó el sudor de la frente. "Pero creo que necesitamos un día más de entrenamiento".

"Creía que habías dicho que descansar era importante", murmuró hoscamente. Una chispa de frustración me recorrió, pero traté de controlarla.

"Es cierto, pero también lo es entrenar", le expliqué. "Estamos en las grandes ligas y tenemos que trabajar duro si queremos conseguirlo".

"De acuerdo", dijo, pero no parecía contenta.

"Esa no es la actitud que espero de una campeona", repliqué.

"He dicho que estoy de acuerdo", espetó.

Apreté los puños. "Quiero que mañana vengas a entrenar una hora antes. Y trae una actitud mejor".

Abigail me miró durante un segundo, con los ojos encendidos de ira. Pero luego asintió y salió del gimnasio sin decir nada más.

Suspiré. No sabía qué le había pasado hoy a Abigail, pero no auguraba nada bueno para sus posibilidades en los Nacionales. No quería que fracasara, no después de todo el esfuerzo que habíamos hecho.

Especialmente con Emma mirando. No podía dejar que otro sueño para mí se hiciera añicos ante sus ojos.

Los días pasaron volando mientras el entusiasmo de Abigail disminuía. Parecía malhumorada, retraída y lo peor de todo, retrocedió. Movimientos que semanas atrás había dominado sin esfuerzo le resultaban difíciles y cometía errores de novata.

"Vamos", le grité mientras la veía esforzarse en otro ejercicio en las barras asimétricas. "Puedes hacerlo. Concéntrate".

Abigail apretó los dientes y continuó, pero sus movimientos eran cada vez más descuidados y descoordinados. Se equivocó en la última figura, pero aterrizó lo suficientemente bien como para no hacerse daño. Al menos había conseguido retener algo de lo que le había enseñado.

"Basta por hoy", suspiré por fin, sabiendo que si seguía sólo conseguiría lesionarse.

"Creía que querías que entrenara más y ¿pones fin al entrenamiento antes de tiempo?", preguntó Abigail con los brazos cruzados y una mirada desafiante.

"Quiero que mejores y eso no va a ocurrir", la corregí.

Su rostro se ensombreció, pero rápidamente enmascaró su dolor y sus ojos se enfriaron.

"Supongo que no sé hacer nada bien", siseó y se marchó furiosa antes de que pudiera decir nada más.

Se me revolvió el estómago. No pretendía ofenderla. No creía haberle dicho nada que no supiera ya.

No se estaba recuperando, eso era obvio para todos. Me sentía frustrada conmigo misma por no ser capaz de entender qué habíamos hecho mal.

Recordé lo estricto que había sido mi entrenador conmigo cuando tenía su edad. Emma y yo nos habíamos quejado todo el tiempo. Antes de que me traicionara y me robara la victoria. En todo caso, seguía siendo menos estricta con Abigail.

De repente, el gimnasio se sentía vacío y frío, un marcado contraste con la calidez y la

camaradería que habíamos compartido hacía apenas unas semanas. ¿Por qué había salido todo tan mal?

Me senté en la barra de equilibrio y miré a mi alrededor. Aquello estaba mucho de donde me había entrenado de niña. Teníamos que utilizar un equipo viejo y de mala calidad y reunir dinero para pagar los leotardos y la inscripción.

Abigail lo tenía tan bien que no entendía qué le pasaba.

No sé cuánto tiempo llevaba pensando en cómo conseguir que Abigail volviera a centrarse. No dejaba de pensar en Emma y en cómo actuaba como si fuera mejor que yo. Incluso cuando aún éramos amigas, me menospreciaba sutilmente o sólo se centraba en sus logros.

La idea de que eso volviera a suceder, justo cuando las cosas iban realmente bien en mi vida, me hacía sentir pequeña, tan desesperanzada como cuando me había hecho daño por primera vez.

"¿Jenny?" La voz de Preston me sacó de mis pensamientos. Levanté la vista y lo vi venir hacia mí con el ceño ligeramente fruncido.

"Oye, ¿cuándo llegaste a casa?", pregunté, sintiéndome un poco aturdida. Había perdido la noción del tiempo.

"Hace un rato", dijo, deteniéndose frente a mí, colocando sus manos sobre mis muslos y apretándolos con fuerza. "Abi estaba de mal humor, tenía muchas ganas de visitar a una amiga".

"Lo siento", murmuré, aún sintiéndome culpable por nuestro intercambio de palabras al final del entrenamiento. "Creo que es culpa mía. Nuestro entrenamiento no ha ido bien hoy".

"¿Quieres hablar de ello?", me ofreció, frotándose suavemente las piernas.

Me encogí de hombros. "Es que ya no me llevo tan bien con ella como antes, no sé qué ha fallado".

"Es una adolescente", comentó encogiéndose de hombros. "Ya se recuperará. Créeme, llevo cuatro años lidiando con sus cambios de humor".

"Si tú lo dices", sonreí, agradecida por su apoyo, aunque en el fondo sabía que había algo más detrás. Pero no iba a resolverlo hoy.

Me incliné para besar a Preston porque necesitaba esa cercanía con él para calmar mi mente inquieta. Me devolvió el beso con entusiasmo y no tardó en profundizar mientras sus dedos me rodeaban las piernas, provocándome un escalofrío de excitación.

Cuando se apartó, tenía un brillo descarado en los ojos. "Sabes, hay algo que siempre he querido probar y, como vamos a estar solos unas horas...".

Se interrumpió y me dedicó su característica sonrisa.

"¿Ah, sí?", le pregunté, empezando a desabrocharle la camisa. "¿Cómo qué?".

"Bueno, ya sabes, aquí hay todo este equipo de gimnasio...", dijo a modo de introducción. Pude ver que estaba disfrutando de la emoción. "Y tú eres gimnasta".

No le corregí que en realidad era una gimnasta retirada.

"Tiene usted una mente muy sucia, señor Reynolds", bromeé, aunque la perspectiva me hacía vibrar de excitación.

"Eso te encanta", dijo con seguridad, y se me apretó el estómago al saber lo cierto que era.

"Cállate y bésame", le exigí, acercándolo más a mí y sin dejarle otra opción.

Rápidamente tomó el control del beso, lamiéndome los labios y devorándome como yo necesitaba. Me agarró los pechos a través de la camiseta, apretándolos y jugando con ellos como yo quería.

Conocíamos muy bien el cuerpo del otro y, sin embargo, nuestra excitación y curiosidad nunca disminuyeron. Cada caricia era como la primera, pero respaldada por el conocimiento de lo que

volvía loco al otro.

"Demasiada ropa", se quejó Preston entre beso y beso. Me levantó de la barra de equilibrio y me sentó en el suelo, sin perder tiempo en quitarme la ropa. Me dispuse a desabrocharle la camisa y agradecí que ya se hubiera quitado la chaqueta y la corbata.

Nos desnudamos rápidamente, cada roce no hacía más que avivar nuestro deseo. Una vez desnudos, Preston echó un vistazo al gimnasio y eligió el lugar donde quería hacérmelo.

"¿Crees que podrías colgarte de las barras asimétricas?", quiso saber.

"¿Qué clase de pregunta es ésta? Claro que puedo", le dije y tiré de él.

Con una sonrisa, Preston me agarró por la cintura y me levantó para que pudiera rodear con las manos la barra más alta. Mi posición era perfecta para su físico alto, le rodeé con las piernas y tiré de él contra mí.

"Eres increíble", me dijo. No me dio tiempo a replicar y ya estaba penetrándome. Grité y mis manos se aferraron a la barra. Me agarró por el trasero, sosteniéndome y soportando gran parte de mi peso, haciéndome sentir que casi flotaba. Luego se retiró y volvió a penetrarme, metiéndome profundamente y haciéndome gemir de placer.

Marcó un ritmo rápido y duro, aprovechando el impulso de mi balanceo sobre la barra. Me daba el mismo subidón que una rutina de gimnasia, como si volara por el aire y me balanceara de poste en poste. Pero con Preston nunca tenía que aterrizar. Me sostenía en el aire, empujándome y haciéndome sentir increíble.

Sus manos amasaban mis nalgas mientras me empujaba y me deslizaba arriba y abajo sobre su polla. Me besó el cuello, encontró mis puntos sensibles y los miró con atención.

Mi lujuria aumentaba y me aferraba a Preston, sin querer ver llegar el inevitable final, pero corriendo hacia él de todos modos.

"Eso es, nena", jadeó. "Ven para mí. Muéstrame lo bien que te hago sentir".

Dejé caer la cabeza hacia atrás mientras gemía, tan cerca del límite. Una última embestida me empujó más allá y me tensé cuando el placer me venció, así que no aflojé el agarre.

Preston me alcanzó un momento después y gimió mientras ralentizaba sus embestidas y encontraba su placer en mi cuerpo.

Al cabo de un momento, se retiró y me bajó suavemente al suelo. Me dolían los brazos, pero saboreé la sensación; era como un buen entrenamiento, pero mucho mejor.

Me balanceé un poco sobre mis pies, aún aturdida por el orgasmo, y Preston me cogió en brazos y me abrazó con fuerza.

"Eso ha sido...", empecé, incapaz de encontrar las palabras. Todos los días me preguntaba cuándo tendría el valor de admitir los sentimientos que bullían en mi interior.

"Sí", aceptó sin aliento.

Pero cuando la calma de mi orgasmo empezó a desvanecerse, volví a pensar en Abigail y en cómo sentía que la había defraudado de alguna manera. Quizá lo de Preston había abierto una brecha entre nosotros. Esperaba que confiara en mí, pero no estaba siendo sincera con ella.

"¿Crees que deberíamos contarle a Abi sobre nosotros?". Pregunté.

"Acordamos mantenerlo en secreto", respondió, apartándose para mirarme.

"Lo sé, pero me preocupa que tenga un efecto negativo en ella", respondí frunciendo el ceño.

"Créeme, es mejor así", insistió, besándome en la frente. "En este momento necesita estabilidad".

Dejé escapar un largo suspiro. Probablemente Preston tenía razón, pero dados mis crecientes sentimientos, empezaba a preocuparme no poder mantener la fachada. O peor aún, que Preston

no quisiera más de mí que una relación sexual.

Soy estúpida, él hace cosas románticas por mí todo el tiempo, después de todo.

"Sí", acepté. Era su hija y su decisión. Y él sólo quería lo mejor para Abigail, tenía que creerle.
"Tienes razón".

Acurruqué la cara contra el pecho de Preston y esperé que todo saliera bien, para nosotros y para Abigail.

Capítulo diecinueve

Preston

Como Abigail pasaba el fin de semana con su madre, Jenny y yo teníamos la casa para nosotros solos.

Sorprendentemente, no nos pasamos todo el tiempo teniendo sexo, lo que había sido casi exclusivo de los fines de semana anteriores. Y lo que es aún más sorprendente, disfruté igual de todo lo demás con ella.

El sol estaba bajo en el cielo, proyectando un cálido resplandor sobre Jenny y yo mientras pasábamos un momento tranquilo en el sofá de mi salón. Sus ojos brillaban reflejando la luz del sol que entraba por la ventana.

La abracé y me miró interrogante.

"¿Qué?"

"Nada". Me encogí de hombros. Y luego, como seguía mirándome, añadí: "Es que me gusta tenerte aquí".

Su amable sonrisa me aceleró el corazón. Se inclinó hacia delante para besarme antes de retirarse de nuevo.

"Voy a preparar un té". Jenny se levantó del sofá. "¿Quieres un poco?"

"Claro".

El repentino timbre de mi teléfono rompió el silencio. Suspirando, lo cogí de la mesita y miré la pantalla. Christie. Se me hizo un nudo en el estómago.

"Hola", dije con voz tensa.

"Preston, tenemos que hablar de la custodia de Abigail", exigió sin un ápice de cortesía.

Me levanté y agarré el teléfono con más fuerza. Era lo último de lo que quería ocuparme en aquel momento. La luz del sol que entraba por las ventanas parecía burlarse de mí, su calidez ya no me reconfortaba.

"Christie, ya hemos pasado por esto antes. Nuestro acuerdo actual es bueno para todos".

Jenny me miró, con la preocupación dibujada en el rostro. Odiaba que tuviera que presenciar esto, pero no podía ocultar mi frustración.

"Las cosas están cambiando. Quiero pasar más tiempo con nuestra hija", explicó Christie.

"Abigail tiene una rutina establecida y cualquier cambio podría afectar a su educación", argumenté, tratando de controlarme. "Tenemos que pensar en lo que es mejor para ella y no sólo en lo que tú quieres".

"Bien. Si ese es el caso, involucraré a mi abogado", amenazó con frialdad, inflexible.

"Christie, escúchame", insistí con voz tranquila y controlada, aunque mi ira hervía a fuego lento bajo la superficie. "La educación de Abigail es muy importante en este momento. No podemos permitirnos interrumpir su rutina".

"Si ése es tu único argumento, mi abogado se lo pasará en grande", replicó, sus palabras ardiendo como veneno. "También la quiero entre semana".

"¿Por qué de repente te importa? Podrías haber pedido más días durante nuestro divorcio. Demonios, fuiste tú quien sólo pidió un fin de semana sí y otro no".

"Entonces no deberías tener ningún problema en darme lo que quiero", replicó ella. "Parece que estás admitiendo que nunca quisiste tantos días con ella como acordamos en un principio".

Christie siempre había tenido una manera de usar mis palabras en mi contra. Pocas personas podían sacar lo mejor de mí en la sala del tribunal o en los juicios, pero mi ex mujer lo hacía sin esfuerzo.

"No me refería a eso", gruñí.

"¿En serio vas a negarle a tu hija tiempo con su madre? Abigail merece tenernos a los dos en su vida por igual". Había una calma mortal en su voz, pero podía reconocer la intención manipuladora detrás de cada sílaba.

"Claro que quiero que Abigail nos tenga a los dos en su vida", repliqué, apretando los dientes. "Pero cambiar el acuerdo en este momento sólo alteraría su educación y el frágil equilibrio que hemos creado".

"Lo que tú digas", dijo Christie. "Te veré en el juzgado entonces".

"Sólo lo haces para hacerme daño", espeté.

"De verdad, Preston. Tienes la costumbre de pensar que todo gira en torno a ti".

La línea se cortó antes de que pudiera decir nada más. Se me aceleró el corazón y la habitación pareció estrecharse a mi alrededor. Mis pensamientos eran un torbellino de ira y miedo.

¿Qué significaría esto para Abigail? ¿Para nuestra familia? No podía dejar que Christie destruyera todo lo que habíamos construido juntos.

"¿Preston?". Jenny dijo suavemente. Me sobresalté; casi había olvidado que estaba allí.

Sacudí la cabeza, como si eso fuera a cambiar lo que había pasado. "Christie pide más tiempo con Abi y está dispuesta a ir a juicio para conseguirlo".

Los ojos de Jenny se abrieron de par en par, su expresión reflejaba mis propios temores.

"¿Dio alguna razón? Quiero decir, ¿aparte de querer lastimarte?".

"Sólo que quiere pasar más tiempo con ella", respondí con amargura. "Eso es probablemente porque Abi y yo nos hemos acercado últimamente. Ella nunca pudo soportarlo cuando nos llevábamos bien".

"Lo siento", murmuró e intentó abrazarme, pero me aparté. Sentía que la piel me ardía.

No quería perder a mi hija y temía que pasar más tiempo juntos le diera a Christie una oportunidad aún mejor de poner a Abi en mi contra.

Permanecimos un momento en silencio, con el peso de las amenazas de Christie pesando entre nosotros. Pude ver la preocupación en los ojos de Jenny, la arruga entre sus cejas profundizándose mientras se mordía el labio inferior.

"De acuerdo", dijo finalmente, con la determinación brillando en su mirada. "Vamos a idear un plan. No podemos dejar que gane".

Incluso después de haberme alejado de ella de esa manera, seguía dispuesta a apoyarme. No la merecía. Pero le estaba agradecido.

"Si esto llega a los tribunales, no tengo ninguna posibilidad de ganar", afirmé, empezando a caminar de un lado a otro. "La única forma de negarle a una madre más días de custodia es demostrar que es una madre completamente incapaz. Christie es manipuladora y egocéntrica, pero eso no es lo que tiene en cuenta el tribunal".

"Tiene que haber algo que podamos hacer", insistió Jenny.

"¿Podemos?", pregunté, dándome cuenta de repente de lo implicada que estaba Jenny en todo esto. Básicamente, sólo era la entrenadora de Abigail, no tenía por qué importarle.

"Oh", tartamudeó, apartando los ojos. "Lo siento si fui demasiado lejos, sólo quería...".

"No", la esquivé y me acerqué más a ella. "Me gusta que te importe. Me gusta sentir que... somos un equipo".

Me miró, sus ojos brillaban con una emoción no expresada.

"Me preocupo de verdad", confirmó, rodeando mi cara con los dedos. "Por los dos".

La acerqué más a mí y exigí el abrazo que había rechazado antes. No sabía cómo resistirme, pero me alegraba contar con su apoyo.

Jenny me rodeó con sus brazos y se me apretó el corazón.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que significaba para mí. No podía haber llegado en peor momento. Tenía que poner toda mi energía en Abigail.

Pero tal vez... ..tal vez el apoyo de Jenny haría la diferencia.

Apoyé la mejilla en su cabeza y dejé que me consolara. Me acarició la espalda con círculos relajantes.

"No puedo perderla", murmuré, y esas palabras tan vulnerables me parecieron extrañas cuando las dije en voz alta.

"No la perderás", dijo Jenny con convicción. "Aunque ocurra lo peor y Christie pase más días con Abi, no la perderás".

"Espero que tengas razón", suspiré, abrazándola más fuerte.

Jenny

Era tarde y llevaba horas en el gimnasio con Abi. A pesar de las duras sesiones de entrenamiento, su rendimiento seguía bajando.

"Abi, tienes que concentrarte", le dije, con la frustración a flor de piel. "Hemos hecho este ejercicio mil veces. ¿Qué te pasa?"

Me miró con los ojos azules llenos de ira.

"Lo intento", dijo apretando los dientes.

"Si quieres llegar a las Olimpiadas, tienes que esforzarte", la amonesté. "Vamos a intentar el salto otra vez".

"No", se negó.

"¿Qué?", dije y me eché hacia atrás.

"Hoy no voy a hacer nada", refunfuñó, cruzando los brazos delante del pecho.

"Abigail, sólo intento ayudarte a desarrollar todo tu potencial", repliqué, sorprendida por su arrebató. "Sé que es duro, pero es lo que hace falta para llegar a lo más alto".

"A lo mejor no quiero llegar a la cima si ese es el precio", replicó.

"Eso es ridículo, las Olimpiadas son tu sueño", le grité, molesta de que cambiara de opinión tan cerca del último obstáculo.

"Eres igual que mi padre", me gritó.

Se marchó del gimnasio y me dejó a solas con mis pensamientos.

Cuando la puerta se cerró tras ella, sentí un nudo frío en la boca del estómago.

¿Había presionado demasiado a Abigail? ¿Era mi determinación de ayudarla a triunfar un perjuicio en lugar de una fuerza motriz?

Peor aún, ¿estaba teniendo un impacto negativo en su relación con su padre?

Me pasé las manos por la cara. Lo último que quería era herir a ninguno de los dos. Y no sabía cómo solucionarlo.

Capítulo veinte

Jenny

Al día siguiente estaba sentada en una acogedora cafetería de la ciudad, esperando a mi hermana.

El olor a café recién hecho y a bollería con mantequilla llenaba el ambiente mientras dibujaba sin pensar en la ventana empañada. Esperaba que volver a ver a mi hermana pusiera las cosas en perspectiva después del desastre de ayer en la sala de entrenamiento.

"¡Jenny!", sonó la brillante voz de Kelsey al entrar en la cafetería, con sus ojos verdes brillantes de emoción. Me abrazó cariñosamente antes de girarse para mirarme. "¡Qué alegría verte! ¿Cómo te ha ido?"

"Ha sido... bueno, han sido unos días interesantes", respondí evasivamente, esbozando una pequeña sonrisa.

"Oh-oh". Su ceño se frunció con preocupación mientras cogía su menú. "¿Qué ha pasado?"

Respiré hondo y removí nerviosamente mi café. "Se trata de Abigail. Su rendimiento está bajando y estoy preocupada por ella. Tuvimos una pelea ayer en el entrenamiento y se fue enfadada".

"Ouch", Kelsey se encogió de hombros con simpatía. "Eso suena duro".

"Dímelo a mí", suspiré. "La presioné mucho, ¿sabes? Pensaba que estaba haciendo lo mejor para ella, pero quizá sólo empeoré las cosas". Le expliqué los acontecimientos que habían tenido lugar.

"Jenny, eres una gran entrenadora", me tranquilizó y me apretó la mano. "Pero a veces incluso los mejores entrenadores necesitan dar un paso atrás y reevaluar sus métodos. Quizá Abigail sólo necesite un poco más de apoyo y comprensión en este momento".

"Tal vez", acepté, con el corazón oprimido por la culpa. "Es que... cuando la veo luchando, todo lo que puedo pensar es en cómo Emma me engañó y arruinó mi propia carrera de gimnasia. No quiero que Abigail acabe como yo y no desarrolle todo su potencial, ¿sabes?"

"Jen", dijo Kelsey suavemente. "No puedes compensar lo que te pasó a través de Abigail".

Tragué saliva. "Eso no es lo que pretendo hacer. No de esa manera".

"¿Estás segura?"

Me chupé el labio inferior. No quería creer que había antepuesto mis propios sentimientos, pero tal vez eso era exactamente lo que estaba haciendo inconscientemente.

Yo era la entrenadora de Abigail, se suponía que debía saberlo mejor.

"No era mi intención", murmuré, sintiéndome patética.

"Lo sé", asintió Kelsey con empatía.

Dejamos el tema y pedimos el almuerzo. Mientras comíamos, no pude evitar dar las gracias a mi hermana por su inquebrantable apoyo y comprensión. Siempre sabía cómo poner las cosas en perspectiva.

"Por cierto", añadió con una sonrisa, "¿cómo van las cosas con Preston?"

Mis mejillas se sonrojaron al oír su nombre. "Bueno, últimamente hemos pasado más tiempo juntos y... creo que podría haber algo ahí".

"¿En serio?". Levantó las cejas y sonrió burlonamente. "Entonces cuéntamelo".

"Creo que podría estar enamorándome de él", confesé, aunque estaba bastante segura de que ya

lo había hecho.

"Vaya, tan en serio, ¿eh?".

"Ese es el problema", suspiré. "No sé si él va tan en serio como yo. Hemos acordado mantener las cosas casuales y vagas. Además, Preston quiere mantenerlo en secreto por si Abi reacciona mal. Sólo me pregunto si puedo confiar en él o si sólo estoy siendo conveniente".

"Sé que es difícil abrirse de nuevo después de lo que pasó con Emma y Paul", dijo Kelsey con dulzura. "Pero te mereces volver a encontrar el amor, y no lo vas a conseguir yendo a lo seguro. ¿Has hablado con él de esos sentimientos?".

"No", admití. "Tengo miedo de que ponga fin a las cosas si digo algo. Una vez le mencioné que quería contarle a Abi lo nuestro y me dijo enfáticamente que no quería. ¿Cómo sé que no está usando la posible reacción de su hija como excusa?".

"Eso no lo sabes". Se encogió de hombros, sorprendiéndome con su actitud indiferente. "Pero si no lo hablas con él, nunca lo sabrás". "Quizá sea hora de que decidas lo que quieres y vayas a por ello en lugar de esperar a que Preston ponga las reglas".

"Lo intentaré", prometí.

Mientras salíamos del café y paseábamos por el centro de la ciudad, pensé en el consejo de Kelsey. ¿Estaba realmente preparada para exponerme así?

Cuando volví a la villa de Preston, fui directamente a mi habitación y la visión que me esperaba allí hizo que el corazón me diera un vuelco. En un rincón de la habitación, sobre un sillón de felpa, estaba el vestido de baile más impresionante que jamás había visto.

"Sorpresa", murmuró Preston detrás de mí, con voz profunda y aterciopelada. "Pensé que querías llevar algo especial a la fiesta de cumpleaños de Abigail".

Me volví hacia él y mis ojos se abrieron de par en par con incredulidad. "¿Lo has comprado para mí?".

Me temblaban las manos al tocar la delicada tela y sentir la suavidad del satén bajo las yemas de los dedos. El elegante vestido era de un intenso azul noche y la tela de satén brillaba sutilmente bajo el cálido resplandor de la lámpara de araña que había sobre mí.

"Es impresionante, Preston. Pero debe de haber costado una fortuna".

Se encogió de hombros con indiferencia y sus ojos centellearon divertidos. "El dinero no es importante. Verte feliz, eso es lo que me importa".

Cuando lo miré, se me apretó el pecho con una mezcla de gratitud y algo más profundo, más fuerte. Las palabras de mi hermana resonaron en mi cabeza, instándome a dejarme llevar por mis sentimientos y arriesgarme a amar a pesar de mis miedos.

"Gracias", susurré, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresar la profundidad de mis sentimientos. Mi corazón se aceleró cuando cerré la brecha que nos separaba y me puse de puntillas para posar suavemente mis labios sobre los suyos.

En el momento en que nuestras bocas se unieron, un calor me inundó, encendiendo una chispa que rápidamente se convirtió en un fuego abrasador. Los fuertes brazos de Preston me rodearon y me acercaron, como si pudiéramos fundirnos de algún modo hasta que ya no quedara espacio entre nosotros.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento y mareada, levanté la vista hacia él y sentí la oleada de emociones que no me atrevía a expresar. El consejo de Kelsey resonó en mi cabeza.

Quizá había llegado el momento de dar el paso.

"Me voy a poner el traje", dijo, rompiendo el hechizo del beso. "Ven conmigo a la sala de entrenamiento cuando estés lista".

"Lo haré", respondí. "Sólo quiero maquillarme un poco y tal vez domar ese pelo alborotado".

"Me gusta tu pelo alborotado". Me dio un beso en la coronilla y me dejó sola para que me arreglara.

Miré el precioso vestido de fiesta. Seguro que significaba algo. Lo que Preston y yo teníamos era algo más que una relación puramente sexual, y tal vez había sido así durante un tiempo. Si lo único que le importaba era el sexo, ¿se molestaría en algo así?

Tuve que armarme de valor para hablar con él. No podía seguir viviendo en el limbo. Existía la posibilidad de que él sintiera lo mismo. Sí, tenía que hablar con él. Después de la fiesta de esa noche.

Preston

"¡Mira esto!" chilló Abigail, con un entusiasmo contagioso, mientras giraba con su precioso vestido, de un rosa pálido que combinaba a la perfección con sus brillantes ojos azules.

La pista de baile brillaba con la tenue luz del techo, mientras que las cintas y las centelleantes luces adornaban los aparatos del gimnasio, bañando la habitación con un resplandor celestial.

"Tu padre se ha esforzado mucho, Abi", dijo una de sus amigas, admirando la decadente decoración.

No pude evitar sentirme orgulloso de haber hecho esto posible para mi hija y le estaba inmensamente agradecido a Jenny por sugerirme la idea... y fingir que era mía.

"Gracias, papá", dijo Abigail abrazándome con fuerza. "Te quiero".

Se me hizo un nudo en la garganta, pero me lo tragué. La relación con mi hija no había sido precisamente fluida y Abi había estado especialmente malhumorada en las últimas semanas. Significaba mucho para mí poder hacerla tan feliz.

"Yo también te quiero, cariño", le dije y la abracé contra mí. "Feliz cumpleaños".

Se separó de mí y se fue con sus amigas mientras yo me quedaba solo. Pero no por mucho tiempo. Jenny apareció en la puerta.

Me dio un vuelco el corazón cuando la vi, radiante con el vestido largo hasta el suelo que acariciaba sus curvas esbeltas y tensas como seda líquida. Su larga melena rizada le caía sobre los hombros y enmarcaba sus cálidos ojos castaños, que parecían brillar con la luz ambiental.

"Estás impresionante", me maravillé mientras me acercaba a ella, tratando de no mostrar mis sentimientos demasiado abiertamente.

"Gracias", respondió en voz baja, sin apartar los ojos de los míos. "Tú también estás muy guapo".

"Gracias", repetí, con el corazón saltando en mi pecho como una horda de caballos salvajes. "Me alegro mucho de que estés aquí".

"Yo también", susurró, sus dedos rozando los míos mientras compartíamos una sonrisa secreta.

"Jenny", dijo Abigail vacilante mientras se acercaba a nosotras. "Sólo quería decirte que siento haberme ido enfadada del entrenamiento de ayer. Sé que sólo intentas ayudarme a alcanzar todo mi potencial".

"Oh", respondió Jenny, poniendo una mano sobre su corazón. "No pasa nada. No debería haberte presionado tanto. Yo también lo siento".

Abigail sonrió, "Por cierto, estás estupenda", añadió. "¿Verdad, papá?".

"Claro", tartamudeé torpemente. Cada vez me resultaba más difícil ocultarle esto a Abigail y empezaba a preguntarme si era lo correcto.

Ella resopló: "Tranquilo, papá, sólo era un cumplido. No estoy insinuando que te interese ni nada".

Vio a una amiga y se fue a hablar con ella antes de que yo pudiera replicarle.

"Va a ser mi muerte", suspiré, sacudiendo la cabeza. Me volví hacia Jenny y noté su cara de preocupación. "¿Va todo bien?".

"Sí, es que...", empezó ella, "estoy preocupada porque no le estamos diciendo la verdad. Sé que no crees que esté preparada, pero me parece mal. Sobre todo porque...".

Se interrumpió y antes de que pudiera incitarla a continuar, Abigail se volvió hacia sus invitados.

"Muy bien, todo el mundo", llamó, aplaudiendo para llamar la atención de todos. "Que empiece la fiesta. La pista de baile está abierta y la banda está lista para tocar algunas canciones. Hagamos que esta noche sea inolvidable".

La banda empezó a tocar algo animado, pero no muy rápido. Algo que un padre como yo pudiera bailar sin avergonzar a mi hija adolescente.

"¿Puedo pedirte este baile?", pregunté, con la voz ligeramente temblorosa mientras le tendía la mano a Jenny.

"Por supuesto", respondió ella, sus ojos se encontraron con los míos y una suave sonrisa se dibujó en sus labios. Me tendió su delicada mano y sentí que me recorría una oleada de electricidad cuando nuestros dedos se entrelazaron.

La conduje a la pista de baile y le rodeé la cintura con un brazo mientras le agarraba la mano con firmeza y suavidad. Empezamos a balancearnos al ritmo de la música y nuestros cuerpos se movían al unísono, como si siempre hubieran estado destinados a bailar juntos. El mundo que nos rodeaba pareció desvanecerse hasta que nos quedamos los dos solos, perdidos en el momento y el uno en el otro.

"Me siento bien", le susurré al oído, con mi aliento haciéndole cosquillas en la suave curva de su cuello. "Bailar contigo a la vista de todos".

"A mí también me gusta", murmuró, su voz apenas audible por encima de la música. "Más de lo que se puede expresar con palabras".

Mientras seguíamos bailando y nuestros movimientos se volvían más atrevidos y fluidos, sentí que una oleada de calor me subía al pecho. Jenny había puesto mi vida patas arriba sin proponérselo. Y me había sacado de la niebla en la que vivía desde mi divorcio.

La acerqué más a mí y saboreé la sensación de su cuerpo contra el mío. Me hacía sentir más vivo que nunca.

Pensé en lo que había dicho Jenny, que le preocupaba mantenerlo en secreto ante Abigail. Si era sincero conmigo, una gran parte de mí también tenía miedo.

Decírselo a mi hija y hacer pública esta relación lo cambiaría todo. En serio. Pero poco a poco me di cuenta de que era exactamente lo que quería. Nunca pensé que volvería a sentir algo así y era mucho más fuerte que todo lo que había sentido con Christie.

Era un pensamiento intimidante, pero mientras miraba el hermoso rostro de Jenny, me preguntaba qué estaba esperando.

"Sobre lo que dijiste antes", empecé y mi corazón comenzó a acelerarse. "¿Podemos ir a algún sitio a hablar?".

"Sí", aceptó. "Hay algo que quiero decirte".

Capítulo veintiuno

Jenny

Fuera, el aire nocturno era fresco, una ligera brisa agitaba las hojas de los árboles cercanos. Las estrellas brillaban sobre nosotros y su luz se reflejaba en la superficie del estanque.

Pero estaba demasiado nerviosa para disfrutarlo. Era peor que entrar en un estadio olímpico, porque al menos allí controlaba mi propio destino. Tenía que confiar en Preston si quería triunfar. Y lo que estaba en juego era mucho más importante que ganar el oro.

Pero mientras estaba allí, me di cuenta de que le quería más a él que lo que siempre quise ganar con la gimnasia. Él le dio a mi vida tanto significado y felicidad.

La imagen que tenía en la cabeza sobre mi futuro había cambiado, no me di cuenta hasta este momento. Llevaba mucho tiempo deseando volver a la gimnasia, el único ámbito de mi vida en el que me sentía como en casa.

Pero cuando pensaba en ello, no veía mi futuro en un gimnasio con una medalla de oro en la mano. Veía a Preston. Sólo podía esperar que él quisiera lo mismo.

La suave brisa me acarició la piel y sentí que el corazón me latía con fuerza en el pecho, al ritmo de mis pensamientos acelerados. Respiré hondo y me armé de valor para decir por fin las palabras que se habían ido acumulando en mi interior.

"Preston", empecé, con la voz temblorosa. "Hay algo que necesito decirte".

Se volvió hacia mí, sus ojos fijos en mí, su expresión una mezcla de curiosidad y temor. "También hay algo que necesito decirte".

Las mariposas de mi estómago no sólo revolotearon, sino que desataron un huracán.

"Tú primero", me animó y me cogió las manos.

Una sonrisa fugaz jugó alrededor de mis labios y me tomé un momento para ordenar mis pensamientos. Este era el momento que había estado esperando; la encrucijada donde nuestros sentimientos y deseos se encontraban.

"He intentado luchar contra ello, negar lo que siento", confesé, sin apartar mi mirada de la suya. "Pero la verdad es, Preston, que te quiero".

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, me quité un peso del pecho cuando la confesión resonó entre nosotros. Toda una paleta de emociones parece alternarse en sus ojos: sorpresa, alegría y una intensa vulnerabilidad que nunca antes había visto en él.

Su voz era tranquila, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. "Jenny, yo... Yo también te quiero. Eso es lo que quería decirte".

Me dio un vuelco el corazón al oír su confesión, la emoción era abrumadora y, sin embargo, innegablemente cierta. La tensión que había estado creciendo entre nosotros durante tanto tiempo, el anhelo que se había vuelto demasiado fuerte para ignorarlo, finalmente se reveló.

En ese momento, nada más importaba. El secreto, las complicaciones, todo se desvaneció mientras permanecíamos allí, disfrutando del calor de nuestros sentimientos compartidos.

Se acercó un paso y me acarició suavemente la mejilla. Su tacto era tierno, sus dedos trazaron un rastro que me produjo un escalofrío. Me incliné hacia su tacto y el mundo que nos rodeaba se estrechó en esta íntima conexión.

"Nunca esperé volver a enamorarme", admitió, y en su voz había una mezcla de sinceridad y alivio. "Pero tú me lo has puesto muy fácil".

Mi corazón se aceleró de emoción y me acerqué a él, atraída por una atracción irresistible. Nuestras respiraciones se mezclaron en el aire nocturno, nuestros ojos se clavaron en una comprensión compartida que superaba las palabras.

"Yo siento lo mismo", susurré, con una voz apenas audible por encima del suave susurro de las hojas.

Con una suave sonrisa, me cogió la cara entre las manos y su tacto encendió un fuego en mi interior. Y entonces, como atraídos por un acuerdo tácito, nuestros labios se encontraron en un beso que sentí como la culminación de todo lo que habíamos pasado.

El beso fue una suave exploración de nuestro afecto compartido, una danza de emociones que lo decía todo sin palabras. Estaba lleno de ternura, vulnerabilidad y una profundidad que a partir de entonces desafió toda contención.

Pero justo cuando nuestras emociones alcanzaban su punto álgido, un jadeo a nuestras espaldas rompió el hechizo. Nos separamos, nos dimos la vuelta y allí estaba Abigail, mirándonos fijamente con sus grandes ojos azules llenos de sorpresa y dolor.

"Abi", balbuceé, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza y la culpa. "No queríamos que...".

No esperó a que terminara la frase. Con lágrimas cayendo por su cara, se dio la vuelta y corrió de vuelta a la casa.

"¡Abi, espera!". Preston la persiguió. Pero ella ya se había ido y había desaparecido al doblar la esquina.

Me quedé clavada en el sitio, con mil preguntas dándome vueltas en la cabeza. ¿Qué significaría esto para nuestra relación? ¿Cómo afrontaría Abigail esta revelación?

No podía evitar sentirme responsable del dolor por el que sin duda estaba pasando.

El rostro de Preston se contorsionó con una mezcla de culpa y rabia. Apretó la mandíbula y clavó la mirada en el lugar donde Abigail había desaparecido momentos antes.

"Esto es exactamente lo que me temía", dijo entre dientes apretados, señalando el espacio que había entre nosotros, "esto ha sido un error".

Las palabras me atravesaron como una daga, cada sílaba me causaba dolor. Quise protestar, pero ya se había dado la vuelta; sus anchos hombros estaban tensos mientras entraba en la casa, dejándome sola. Sentía que el corazón me pesaba en el pecho, el peso de nuestras acciones se hacía sentir.

Me sentía como si llevara horas allí de pie, con los brazos rodeándome el cuerpo para entrar en calor mientras contemplaba las luces parpadeantes de la ciudad. El frío del aire nocturno me calaba hasta los huesos, pero no era nada comparado con la sensación gélida que sentía en el estómago.

¿Qué quería decir Preston con error? ¿Se arrepentía de su confesión o sólo de que Abigail nos hubiera visto? Deseé que nos hubiéramos sincerado antes. Pero él siempre se había negado.

Intenté consolarme pensando que sólo estaba enfadado y que no lo decía en serio. Pero no podía apagar la parte de mi cerebro que me decía que eso era exactamente lo que había estado temiendo. Los sentimientos son efímeros y no hay que fiarse de ellos.

La cabeza me daba vueltas en un latigazo emocional. ¿Cómo podía saber, desde el supremo subidón de sentirme casi mareada?, que Preston me quería tanto como yo a él. Me tragué las lágrimas.

Al cabo de un rato, volví a entrar, pero Preston y Abigail no estaban por ninguna parte. Frustrada, corrí a mi habitación, me quité el vestido y me acurruqué en la cama. Ansiaba sentir

los brazos de Preston a mi alrededor para que me dijera que todo iba a ir bien. Deseaba poder hablar con él y aclarar lo que había pasado.

Pero probablemente estaba con Abigail para tranquilizarla y explicárselo todo. Tal vez me despertaría mañana y se habría hecho a la idea de que fuéramos pareja. Pero seguía teniendo un nudo en el estómago.

No dormí hasta que los últimos invitados se fueron.

A la mañana siguiente, me dirigí al gimnasio para la sesión matinal de entrenamiento de Abigail, como de costumbre. Sólo esperaba que las cosas se arreglaran por sí solas.

En el fondo, sin embargo, sabía que era una ilusión, pero no podía evitar aferrarme a la posibilidad de que tal vez, sólo tal vez, ella lo entendiera.

El corazón me latía con fuerza en la garganta cuando vi a Preston, su alta figura apoyada en la pared cerca de la entrada. Me acerqué a él vacilante, los nervios me impedían hablar.

"Jenny", me saludó secamente, sus ojos severos no delataban nada.

"¿Está aquí?", pregunté, tratando de mantener la voz firme. "¿Está bien Abigail?"

Sus labios se torcieron en un gesto de enfado que recordaba a la pena, pero luego su expresión volvió a ser seria.

"Abigail ha decidido dejar la gimnasia", dijo simplemente, sofocando cualquier esperanza que yo pudiera haber tenido. "De momento se va a quedar con su madre. Así que ya no te necesita como su entrenadora".

La noticia me golpeó como un tren de mercancías, dejándome sin aliento. Mi mundo parecía derrumbarse a mi alrededor y no tenía ni idea de cómo recoger los pedazos. "Pero... No lo entiendo. Le encanta la gimnasia. Es su vida".

"Ya no. Se la hemos arruinado", respondió con voz fría y distante. "Intenté que se quedara, pero se negó".

Tragué saliva y se me llenaron los ojos de lágrimas al darme cuenta de las consecuencias de nuestros actos. ¿Habría sido diferente si se lo hubiéramos dicho antes? ¿O todo estaba condenado desde el principio?

El corazón se me aceleró en el pecho: "¿Y qué pasa con... nosotros? ¿Con nuestra relación? ¿Tenemos futuro?"

La mandíbula de Preston se tensó, sus ojos fríos me miraban con una intensidad que me hizo sentir pequeña y vulnerable.

"Fue divertido mientras duró, pero fue un error", dijo bruscamente.

"¿Hablas en serio?", balbuceé, con la voz temblorosa mientras el mundo seguía desmoronándose a mi alrededor. "Pero lo que dijiste anoche..."

"Fui un tonto que se dejó llevar por el romanticismo", replicó, con la rabia filtrándose en su voz. "Sea cual sea la relación que tuvimos, se acabó. Te daré tiempo para que despejes tu habitación".

Con eso, giró sobre sus talones y se marchó. Me quedé allí, desolada, sola y sintiéndome aún más rota que cuando me hice daño en la rodilla y perdí mi sueño.

Capítulo veintidós

Jenny

Llegué a casa de mi hermana una hora más tarde, con las maletas desordenadas y cualquier cosa menos bien empaquetadas.

"¿Jenny?". Su voz preocupada me saludó cuando entré a trompicones por la puerta principal. "¿Qué ha pasado?".

"Todo se está desmoronando, Kels", gemí, derrumbándome en sus brazos al romperse el dique que llevaba dentro.

"Oye, oye", murmuró, acariciándome el pelo tranquilizadamente. "Respira, ¿vale? Cuéntame qué ha pasado".

Entre bocanadas de aire, le conté lo que había pasado: que Abigail había dejado la gimnasia, que Preston había puesto fin a nuestra relación y sobre la abrumadora culpa que amenazaba con tragarme por dentro.

"Lo siento mucho, Jenny", dijo Kelsey suavemente, con sus ojos verdes llenos de compasión. "No puedo creer que haya podido romper contigo así".

Sus palabras me revolviéron el estómago y, sin previo aviso, una abrumadora oleada de náuseas me golpeó. Corrí hacia el baño y llegué justo a tiempo.

"Eh, ¿estás bien?", gritó preocupada. Me desplomé sobre el frío suelo de baldosas y vomité violentamente en el retrete.

Después, me limpié la boca con manos temblorosas mientras las náuseas remitían por fin y el corazón me latía dolorosamente contra el pecho. Las lágrimas corrían por mis mejillas al descubrir la horrible verdad: estaba completa y absolutamente destrozada.

Kelsey llamó tímidamente a la puerta abierta. "¿Puedo pasar?".

"Sí", gemí, luchando por volver a controlar mi respiración agitada. Entró en el pequeño cuarto de baño y sus ojos estaban llenos de preocupación mientras se acucillaba a mi lado.

"¿Es el estrés?", preguntó suavemente, frotando círculos relajantes sobre mi espalda. "Has pasado por muchas cosas últimamente".

"Tal vez", susurré, sintiendo otra oleada de náuseas dentro de mí. "Es que... Parece que todo se está desmoronando".

La siguiente oleada de náuseas se apoderó de mí y vacié por completo el contenido de mi estómago.

"Oye", dijo Kelsey en voz baja, con tono serio, "¿cuándo fue la última vez que tuviste la regla?".

Fruncí el ceño, intentando recordar a través del velo de angustia y lágrimas. "No lo sé", admití, sintiendo de repente que me invadía el pánico. "No puedo... no puedo estar embarazada".

"¿Estás segura de eso?".

Intenté pensar, pero estaba tan confusa que no recordaba si habíamos utilizado métodos anticonceptivos ni cuándo.

"No lo sé", dije con sinceridad.

"No saquemos conclusiones precipitadas", comentó, sus ojos buscaban en los míos signos de preocupación. "También podría ser el estrés que te altera el ciclo. Pero no está de más asegurarse".

"Vale", asentí, con la voz apenas audible mientras me apoyaba en la fría porcelana del inodoro. Kelsey me ayudó a levantarme y se quedó conmigo mientras me cepillaba los dientes. Cuando terminé, me llevó al salón.

"Ha sido un día duro, vamos a relajarnos y a respirar", sugirió, apretándome la mano para tranquilizarme. "Pase lo que pase, lo superarás. Eres más fuerte de lo que crees".

Mientras me hundía en los mullidos cojines del sofá de Kelsey, deseé con toda mi alma poder creerla.

Preston

El líquido ámbar me quemaba mientras bajaba por la garganta, calentándome las entrañas y adormeciendo la mente.

Había pasado los tres días desde la marcha de Abigail y Jenny revolcándome en la autocompasión. No había ido a trabajar, solo les había dicho a Ethan y Oliver que había surgido algo y luego había esquivado sus llamadas. No estaba en condiciones de trabajar ni de responder preguntas.

Me serví otro vaso y dejé que el whisky hiciera su trabajo de ahogar las penas que se habían apoderado de mi vida. La penumbra de la habitación no hacía más que aumentar la tormenta de emociones que se desataba en mi interior. Mis pensamientos se centraban en dos personas: Abigail, mi querida hija, y Jenny, la mujer que inesperadamente me había robado el corazón.

Cerré los ojos y me maldije por haber dejado que las cosas se me fueran tanto de las manos. Quería hacer las paces, pero no sabía por dónde empezar. Abigail no contestaba a mis llamadas. Y no tenía ni idea de cómo enfrentarme a Jenny.

El timbre de la puerta me sobresaltó, rompiendo el frágil silencio que envolvía la casa. Había enviado a todo el personal a casa. No necesitaba testigos de mi miseria. Consideré ignorar a la persona, pero volvió a llamar. Y luego otra vez.

Con un fuerte suspiro, dejé la bebida y me dirigí al vestíbulo, preguntándome quién podría estar molestándome a estas horas. Cuando abrí la puerta, Ethan estaba frente a mí, con cara de preocupación.

"Dios mío, Preston", dijo mirándome las ojeras. "Tienes un aspecto horrible".

"Gracias por el cumplido", murmuré, frotándome las sienes para aliviar el persistente dolor de cabeza que me asolaba desde hacía días.

"¿Puedo pasar?", preguntó Ethan, dudando brevemente en el umbral. "Tenemos que hablar".

"Bien", murmuré, haciéndome a un lado para dejarle entrar. Me pregunté si estaba aquí para sermonearme por mi ausencia del trabajo.

"Escucha, tío", empezó Ethan, acomodándose en el borde de mi sofá. "Estoy preocupado por ti. Estás evitando a todo el mundo, no contestas a las llamadas ni a los mensajes. ¿Qué te pasa?".

"Nada", mentí, tratando de disipar sus preocupaciones. "He estado ocupado, eso es todo".

"Déjate de tonterías, Preston", dijo con firmeza. "Sé que algo te preocupa. No eres tú mismo".

"De acuerdo", resoplé, mi paciencia se agotaba. "¿Quieres saber qué pasa? Mi ex mujer quiere quitarme tiempo para estar con mi hija y Abi ni siquiera quiere hablar conmigo porque se ha enterado de que Jenny y yo estamos juntos. Estuvimos, con énfasis en 'estuvimos', porque le di una charla y le dije que se había acabado. Lo eché todo a perder".

Ethan frunció el ceño, obviamente perturbado por mi confesión. "Lo siento, tío. Eso es duro".

"Dímelo a mí", me burlé, levantando mi vaso de whisky y tomando otro sorbo.

"No tenía ni idea de que lo tuyo con Jenny fuera algo serio", comentó. "O incluso una relación".

"Lo sé", suspiré. "Lo mantuvimos en secreto por Abi. Y supongo que porque no quería admitir que iba en serio".

"Si era tan serio, entonces no la dejes ir, hombre", instó Ethan, inclinándose hacia adelante en su asiento. "Si la quieres, lucha por ella. Y si Abi te quiere, recapacitará".

Caminé de un lado a otro, con la mente a mil por hora. Las palabras de Ethan resonaban en mi cabeza. Una parte de mí quería llegar a Jenny inmediatamente, pero la otra parte, la parte terca, me contuvo. Si me disculpaba, parecería débil. Ella siempre podría echármelo en cara y yo ya tenía una mujer en mi vida que utilizaba cada palabra en mi contra.

"¿Tú qué coño sabes?", grité, con la voz áspera por la frustración. "No has tenido una relación en años".

Alcancé la botella de whisky para servirme otro vaso, pero Ethan me la arrebató de la mano.

"Ya has tenido más que suficiente por hoy", dijo. "¿No crees?".

"Quizá deberías meterte en tus asuntos", siseé.

"Bien", suspiró y negó con la cabeza. "Sólo intento ayudarte, pero si no te das cuenta, me voy". Dejó la botella sobre la encimera. "Buena suerte, tío".

Con eso, se fue, dejándome solo con mis pensamientos una vez más. Con el pesado silencio que me rodeaba.

Me temblaba la mano cuando cogí la botella de whisky medio vacía de la encimera y me serví otro vaso. El líquido me quemaba en la garganta, pero no era nada comparado con el dolor que me roía el corazón.

Pensé en Jenny: su sonrisa, su forma de moverse, la sensación de su piel contra la mía. Y luego estaba Abigail, mi hija, a la que estaba perdiendo poco a poco a manos de mi ex mujer.

Antes de que el vaso lleno llegara a mis labios, sonó mi teléfono, rompiendo el frágil silencio. Me sobresalté, sorprendido por la repentina perturbación. El identificador de llamadas mostraba el nombre de Christie y se me revolvió el estómago.

Genial, esto es realmente lo último que necesito en este momento, joder.

"¿Qué quieres, Christie?".

"Buenas noches a ti también", su voz goteaba desprecio. "*Pensé que deberías saber que voy a pedir oficialmente más días de custodia*".

Mi agarre de la botella de whisky se tensó y mis nudillos se pusieron blancos. "*No puedes hacer eso*".

"*Creo que te darás cuenta de que sí puedo*", replicó con frialdad. "*Abigail necesita más estabilidad en su vida y está claro que tú no estás en condiciones de dársela*".

"¿Ella te dijo eso?". Mi voz vaciló mientras el miedo me invadía, amenazando con tragarme entero.

"¿Que te tiraste a su entrenadora?". Su tono era gélido, carente de calidez. Y, sin embargo, pude oír la sonrisa en su voz. "*Dios mío, Preston, es casi como si quisieras darme los días extra de custodia*".

"Christie, por favor", supliqué, con la desesperación arañándome el pecho, "*no hagas esto*".

"Adiós, Preston". Y colgó.

Tiré el vaso contra la pared, vi cómo se hacía añicos y el whisky se desparramaba por todas

partes. Eso no me satisfizo, así que lancé la botella después, lo que redujo mi despacho a escombros y dejó fragmentos de cristal por todas partes.

Luego me desplomé en el suelo y apoyé la cara entre las manos. Estaba a punto de perderlo todo y no sabía qué hacer al respecto.

Capítulo veintitrés

Jenny

Se me aceleró el corazón mientras estaba sentada en el frío suelo de baldosas del cuarto de baño de mi hermana, con una prueba de embarazo en la mano temblorosa. Nunca había estado tan nerviosa en toda mi vida, ni siquiera cuando actué en el escenario olímpico ante millones de personas.

O cuando le había confesado mi amor a Preston. ¿Cómo había acabado aquí?

"¿Jenny?". La voz de Kelsey entró ansiosa por la puerta.

"Dame un minuto", me las arreglé para salir, sintiendo una ola de náuseas rodar sobre mí. ¿Eran los nervios o las náuseas matutinas?

Volví a mirar el test de embarazo. Dos líneas. Positivo.

"Jenny, ¿va todo bien?". Kelsey volvió a llamar a la puerta.

"Entra", dije, tratando de mantener mi voz firme.

Ella entró. Sus ojos se fijaron inmediatamente en la prueba que tenía en la mano. "Dios mío, Jen. Estás... estás embarazada". Su voz era suave y llena de incredulidad.

Me mordí el labio y asentí con la cabeza mientras miraba la prueba. Embarazada. La palabra me resultaba extraña, surrealista. Mis emociones eran un torbellino de excitación y miedo. Un bebé. Iba a tener un bebé.

"Enhorabuena", me dijo, abrazándome con fuerza antes de sentarse en el suelo a mi lado. "¿Cómo te sientes?".

"Asustada", admití, con los ojos llenos de lágrimas. "Pero también... Feliz, creo".

"Claro que estás contenta", recalcó y me apretó la mano. "¡Es una gran noticia, hermanita! Es un nuevo comienzo para ti".

"Tal vez", dudé, demasiado absorta en mis pensamientos como para aceptar la idea por completo. No podía deshacerme de la angustia que me embargaba por dentro: el drama de Preston y Abigail me agobiaba y me dificultaba la respiración. "Sólo desearía que esta noticia no viniera con tanto equipaje".

"Oye", dijo Kelsey suavemente, secándome las lágrimas. "No dejes que el pasado se interponga en tu felicidad. Esto es algo que Preston y tú podéis superar juntos".

"Suponiendo que él quiera estar allí", murmuré, con el corazón encogido de pesar. La idea de enfrentarme a él y pedirle su apoyo era casi insoportable.

"Jen, escúchame", insistió con voz firme pero amable. "Eres fuerte y serás una gran madre. Pero no deberías tener que hacerlo sola. Tienes que decírselo a Preston".

"No sé si podré", susurré, sintiéndome completamente perdida.

"Oye, mírame", me ordenó, agarrándome la barbilla y obligándome a mirarla a los ojos. "Eres increíble. Superaste la muerte de nuestros padres cuando eras mucho más joven que yo. Llegaste a las Olimpiadas. Superaste una lesión que acabó con tu carrera. Y cada vez has salido más fuerte. Así que respira hondo, levántate y lucha por lo que quieres. Por ti, por tu bebé".

La miré fijamente a los ojos y sentí que su convicción encendía algo en mí. Tenía razón: no podía dejar que el miedo y la duda controlaran mi vida. Era hora de afrontar las consecuencias de mis actos y aceptar lo que me esperaba, por terrible que fuera.

"De acuerdo", asentí. Respiré hondo, me enderecé y apreté el paso. "Puedo hacerlo".

Kelsey me dio otro fuerte abrazo y, cuando me soltó, sonrió.

"Vas a ser madre. Y eso significa que yo voy a ser tía".

Sentí que se me dibujaba una sonrisa en los labios al pensar en la maternidad. Era emocionante y aterrador al mismo tiempo, pero no podía negar que también me daba un nuevo sentido a la vida.

Había pensado muchas veces en tener hijos, pero siempre me había parecido un concepto vago. Esto era real. Y a pesar de las circunstancias, me sentía muy feliz.

"Mírate, ya eres mayor", se burló Kelsey, dándome un empujón juguetón.

Mi vida estaba a punto de cambiar drásticamente y, aunque sabía que no iba a ser fácil, no podía evitar sentir un destello de esperanza en lo más profundo de mí.

El tono de Kelsey se volvió serio: "¿Qué vas a hacer con Preston?".

Se me revolvió el estómago al oír su nombre.

"Sinceramente, no lo sé", admití, con la voz apenas por encima de un susurro. "Tendré que decírselo, por supuesto. Pero después de todo lo que ha pasado con Abigail... ...no estoy segura de que quiera tener algo más que ver conmigo".

"Jenny, eso no es justo ni para ti ni para él", dijo Kelsey suavemente, con sus ojos verdes llenos de preocupación. "Tú mereces ser feliz y él también. Y este bebé se merece la oportunidad de tener una familia que lo apoye y lo quiera".

"Tú no estabas allí", repliqué, jugueteando con un hilo suelto de mi blusa. "La forma en que rompió conmigo... fue tan fría. Distante. Me hizo mucho daño".

Asintió, con expresión comprensiva. "Recuerda que no tienes que pasar por esto sola. Me tienes a mí".

"Gracias, Kels", murmuré, acogiendo su abrazo. "No sé qué haría sin ti".

"Probablemente seguirías dando volteretas en el salón", bromeó, abrazándome con fuerza.

"Oye, qué tiempos aquellos", respondí y me reí a pesar de la pesadez que sentía en el corazón. Era hora de enfrentarme a mis miedos y asumir los retos que me esperaban, pero al menos sabía que no tenía que hacerlo sola.

"Vamos", dijo Kelsey. "Te prepararé un té de menta. He oído que hace maravillas para el malestar estomacal".

Mientras me sentaba a la mesa, la luz del sol de la tarde entraba por las ventanas del piso de mi hermana mayor, proyectando suaves rayos dorados sobre la alfombra de felpa. A lo lejos, oía a los niños jugar, sus risas me recordaban que estaba a punto de empezar un nuevo capítulo en mi vida.

Mi vida estaba a punto de cambiar radicalmente y, por mucho que me entusiasmara la idea de ser madre, aunque me asustaba a partes iguales, me consumía el dolor que sentía por Preston.

Ojalá nunca le hubiera abierto mi corazón. Me habría ahorrado esa humillación.

Unos días después, estaba a la sombra de un roble gigante en el pintoresco Boston Commons, mordiéndome el labio nerviosamente. El bullicioso parque de la ciudad estaba lleno de niños jugando, parejas paseando y corredores corriendo por la acera.

Abigail me había llamado. la última persona de la que esperaba tener noticias y me preguntó si podíamos quedar para hablar. Quedamos en el parque, cosa que agradecí. No creía que pudiera enfrentarme a Preston todavía.

Había tenido un día ajetreado. Venía directamente de mi cita con el médico, que me confirmó que estaba embarazada de siete semanas. A juzgar por las fechas, probablemente fue en nuestro viaje a la casa de campo. Era un recuerdo agri dulce.

"¿Jenny?", me llamó una voz vacilante, sacándome de mis pensamientos.

Levanté la vista y vi que Abigail se acercaba a mí vacilante, con los ojos azules llenos de una mezcla de incertidumbre y esperanza.

Sus rizos rubios enmarcaban suavemente su rostro mientras daba con cuidado un paso hacia mí. Tenía un aspecto diferente al que había tenido durante nuestras sesiones de entrenamiento; la vulnerabilidad brillaba a través de su fuerte exterior atlético.

"Hola, Abi", saludé, devolviéndole una pequeña sonrisa.

Los recuerdos de nuestro último encuentro pasaron ante mis ojos: la conmoción de Abigail al descubrir que su padre y yo nos besábamos, su enfado y su dolor. No pude evitar un sentimiento de culpa que me revolvió el estómago.

"¿Podemos hablar?", preguntó en voz baja, sin apartar la mirada de la mía.

"Por supuesto", respondí, cambiando mi peso de un pie a otro mientras me preparaba para las palabras que estaban a punto de salir de sus labios.

Respiró hondo y sus hombros subieron y bajaron con el esfuerzo. "Sólo quería disculparme", empezó, con la voz un poco temblorosa. "Por la forma en que reaccioné cuando os vi a ti y a mi padre... ya sabes".

"Abigail, yo...".

Quise intervenir, pero ella negó con la cabeza y levantó una mano en señal de que no había terminado.

"Por favor, déjame terminar", suplicó con los ojos húmedos. Asentí en silencio y le di el espacio que necesitaba para hablar.

"Estaba muy sorprendida y dolida. Fue muy duro para mí el divorcio de mis padres y simplemente me asusté al ver a mi padre con otra persona, pero sé que no es culpa tuya", dijo, "no debería haberla tomado contigo".

"Gracias", susurré, sintiendo que me quitaba un peso de encima. A pesar de todo lo que había pasado entre nosotras últimamente, seguía sintiendo un profundo afecto por aquella joven.

"Quiero que mi padre sea feliz", continuó. Su voz se volvió más firme. "Y si tú le haces feliz, estupendo. Porque yo también quiero que sea feliz".

Se me revolvió el estómago. Tal y como habíamos roto, ninguno de los dos éramos felices. Pero las palabras de Abigail significaban mucho para mí.

"Significa mucho para mí", dije, no queriendo descargar mis problemas de pareja en ella. "También tengo que pedirte disculpas por cómo me he comportado en las últimas semanas de entrenamiento".

"No hace falta", contestó ella, apartando la mirada.

"Oh, sí que tienes que hacerlo. Te presioné demasiado por mi rivalidad con una antigua compañera. Dejé que mi orgullo se apoderara de mí", admití, con la voz cargada de remordimiento. "No fue justo y lo siento mucho".

Abigail abrió los ojos sorprendida, pero asintió lentamente con la cabeza, mostrando comprensión en su rostro. "Gracias, entrenadora Adams", dijo sinceramente.

"Y sólo quiero decirte que, si decides seguir compitiendo, quiero que ames este deporte", añadí.

Odiaba ver a Abigail perder su pasión y me dolía saber que yo era la razón. "No lo hagas por nadie más, ¿vale? No me importa si te rindes o compites. Es tu vida y mereces hacer lo que te

gusta".

Me sonrió y hacía semanas que no parecía tan relajada.

"Sigo queriendo competir", dijo, "me encanta la gimnasia y estoy demasiado cerca de clasificarme para los Juegos Olímpicos como para renunciar en este momento, no importa lo que haya dicho en mi cumpleaños".

"Me alegra mucho oír eso", respondí, con el corazón más ligero de lo que había estado en semanas.

"Hay una cosa más", comentó. Asentí y esperé a que se explicara: "Todavía quiero que me entrenes".

"¿De verdad?"

"De verdad. Eres la mejor entrenadora que he tenido. Confío en ti. No quiero que nadie más me ayude a llegar a las Olimpiadas".

Una mezcla de alivio y alegría fluyó a través de mí y no pude evitar sonreír. "Sería un honor seguir entrenándote. Gracias por seguir confiando en mí".

"Por supuesto", asintió y me devolvió la sonrisa. "Y... si tú y mi padre queréis seguir juntos, no me interpondré en vuestro camino. Los dos merecéis ser felices".

Sus palabras me atravesaron como una onda expansiva y desencadenaron un torbellino de emociones: sorpresa, gratitud e incertidumbre.

Probablemente era demasiado tarde para Preston y para mí. Tal y como había roto conmigo, no estaba segura de poder volver a planteármelo. Por no mencionar que probablemente no quería saber nada más de mí.

Yo había sido... Habíamos sido un error. En su opinión.

"Abigail, yo...". Empecé, luego hice una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas. "Esto significa mucho para mí. Pero las cosas entre tu padre y yo son... bueno, son complicadas".

"Lo entiendo", dijo con suavidad, apretándome la mano. "Que sepas que estaré aquí tanto si quieres que estemos juntas como si no. Sois importantes para mí".

"Gracias", susurré, con la voz cargada de emoción. "Tú también me importas".

Resistí el impulso de ponerme la mano en el estómago. No podía decirle a Abigail que estaba embarazada.

Tendría que hablar de ello con Preston, pero aún no estaba preparada. Todavía estaba tratando de entenderlo. Pero supongo que no podía darle con la puerta en las narices.

"Centrémonos primero en los Nacionales, ¿vale?", sugerí, girándome hacia ella.

"Me parece un buen plan", aceptó con un asentimiento decidido.

"Entonces vamos a darlo todo", dije, sintiendo que un nuevo propósito se agitaba en mi interior.

"¿Vienes a casa conmigo?", preguntó. "¿A la finca? ¿A tu habitación?"

"Eso depende de tu padre. Y de si sigue queriendo que te entrene".

"Lo quiere... lo hará".

"Abigail...", empecé de nuevo vacilante, "no sé qué pasará entre tu padre y yo. Pero te prometo que no cerraré la puerta del todo. Cuando se trate de tu entrenamiento, lo solucionaremos de algún modo...".

Una cálida sonrisa jugueteó alrededor de sus labios mientras respondía: "Me alegra oír eso. Y quiero que sepas que haré todo lo que me pidas en el entrenamiento. Te lo prometo".

"Gracias", murmuré, conmovida por su sinceridad. Levanté la vista hacia el cielo cada vez más oscuro, donde el sol poniente proyectaba largas sombras sobre la hierba. A cada momento que

pasaba, mi embarazo me parecía más real y más urgente.

¿Cómo afectaría a mi vida, a mi carrera y a mis relaciones interpersonales?

Capítulo veinticuatro

Preston

Por desgracia, volvía a estar sobrio. La resaca era brutal, pero me había ganado el martilleo en la cabeza. Y me distraía mejor del dolor en el pecho que estando borracho.

Lo último que esperaba mientras intentaba volver a la vida que me quedaba era que mi hija entrara por la puerta principal.

"Abi", dije con voz cautelosa pero cariñosa.

Ella me miró. "Papá, debo pedirte disculpas", explicó sinceramente. "Exageré y siento haberme largado y dejado de hacer gimnasia".

Sus palabras me llegaron al corazón y me invadió una oleada de alivio.

"¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?", quise saber, e inmediatamente me reproché haberla interrogado. Mi hija había vuelto y se había disculpado, que era más de lo que yo esperaba.

Me dedicó una sonrisa apenada. "Estaba sentada con mi madre y me dijo que dejar la gimnasia me daría más tiempo para las cosas realmente importantes, como ir a la universidad que ella quiere y apoyarla en su negocio y fue entonces cuando me di cuenta de que no quiero eso en absoluto".

No pude ocultar mi sonrisa. Me había esforzado mucho por no influir en mi hija en ese sentido, por mucho que Christie intentara hacer de nuestra hija el saco de boxeo de nuestro divorcio. Pero era satisfactorio saber que Abigail por fin veía las cosas como realmente eran.

"Y una vez que superé el shock de verte a ti y a la entrenadora Adams juntos...", continuó. "Supongo que me di cuenta de lo feliz que te hace. No te había visto tan feliz desde que era una niña".

Mi corazón se apretó dolorosamente.

"Gracias por decir eso, Abi", respondí, mi voz no sonaba tan firme como me hubiera gustado. "Quiero que sepas que tus sentimientos son importantes para mí y que debería haber sido más considerado".

Asintió con la cabeza, su expresión era una mezcla de alivio y una pizca de vulnerabilidad. "Sé que lo que tienes con Jenny es importante para ti", asintió, "y no quiero perder la oportunidad de tener a la entrenadora Adams a mi lado".

"No estoy seguro de que sea una buena idea", protesté de inmediato, pensando en cómo habían terminado las cosas con Jenny.

¿Cómo podría volver a mirar a Jenny a los ojos? Y, sin embargo, la idea de volver a verla me daba esperanzas.

"Por favor, papá", dijo Abigail, más seria y madura de lo que nunca la había visto. "Es la mejor entrenadora que he tenido. No quiero entrenar con nadie más. Y no quiero que los sentimientos personales se interpongan en mi sueño".

No podía discutirlo.

"De acuerdo", murmuré, pensando frenéticamente en lo que le diría cuando volviera a verla.

"Bien", Abigail sonrió ampliamente. "Porque está esperando fuera".

La expectación se apoderó de mí cuando abrió la puerta de un tirón y vi a Jenny fuera. Mi corazón se aceleró y mis emociones se mezclaron en una vorágine de esperanza e incertidumbre.

Se me hizo un nudo en la garganta. Verla a ella, la mujer por la que tanto sentía, combinada

con el inesperado regreso de Abigail, desencadenó un torbellino de emociones que me dejó luchando por mantener la compostura.

"Os dejo a solas para que podáis hablar", dijo Abi y desapareció escaleras arriba.

Los ojos de Jenny se encontraron con los míos, había una mezcla de anhelo y vacilación en su mirada.

"Me alegro de que hayas vuelto", comenté por fin, rompiendo el silencio que se había hecho entre nosotros.

Ella asintió con los labios curvados en una sonrisa agri dulce. "Sí, yo también. No quería que acabara así".

Tragué saliva. Era ahora o nunca.

"Siento cómo ha acabado todo", admití. Ya que estaba delante de mí, mi orgullo importaba menos que ella. "No debería haber estallado así. Dije cosas de las que me arrepiento".

Ella asintió vacilante. Sólo quería besarla, abrazarla de nuevo, pero me contuve. Presionarla sería un error.

Aún nos quedaba trabajo por hacer y el hecho de que hubiera aceptado volver a entrenar a Abigail no significaba que volviéramos a estar juntos.

"Tal vez fue lo mejor", dijo. Su tono era suave y, sin embargo, sus palabras se clavaron como una daga en mi corazón.

"¿Lo arruiné todo?", pregunté, recordando el momento perfecto antes de que Abigail nos descubriera.

"No, pero...". Desvió la mirada, como si algo le pesara en la cabeza. Mis palabras hirientes, sin duda. "Creo que tenemos que mantener las distancias durante un tiempo y ver cómo están las cosas. Todavía siento algo por ti, eso no ha cambiado...".

Entonces, ¿por qué siento que estás rompiendo?

"Las cosas se pusieron muy intensas entre nosotros rápidamente", continuó. "Actuamos impulsivamente, podrías haber perdido a Abi por ello y ella casi abandona su sueño".

Asentí. Por mucho que quisiera fingir que podíamos volver a lo de antes, Jenny tenía razón.

"Yo también sigo sintiendo algo por ti", confesé, buscando las palabras adecuadas para decirlo. "Y sí, nos precipitamos sin pensar en las consecuencias. Podemos tomárnoslo con calma, quizá esperar a que pase la presión de los Nacionales".

Sólo faltaban un par de semanas para los campeonatos, no podía ser tan difícil tomarse las cosas con calma hasta entonces. Era de esperar.

Jenny asintió, con cierto alivio evidente en su expresión. "Tienes razón. El entrenamiento de Abi es nuestra prioridad".

Hubo una pausa, el silencio entre nosotros se hizo pesado. Jenny parecía preocupada, como si quisiera decir algo más.

"Tienes algo en mente", me aventuré a decir con voz suave pero curiosa.

Su expresión cambió, una mezcla de emociones recorrió sus ojos.

"Es que... no es nada".

"Puedes contarme cualquier cosa", le aseguré, tratando de animarla suavemente.

Sonrió débilmente, pero negó con la cabeza.

"Supongo que me alegro de haber vuelto", dijo, pero su sonrisa vaciló.

No podía evitar la sensación de que me ocultaba algo, pero decidí no presionarla. Había acordado tomarme las cosas con calma y tenía mucho que compensar.

Y aunque me habría encantado besarla, llevarla arriba y atarla a mi cama, sabía que el tiempo

era necesario si queríamos mantener alguna esperanza de arreglar las cosas.

"Yo también me alegro mucho de que hayas vuelto".

Jenny

De vuelta en el gimnasio, los ecos de nuestra reconciliación parecían resonar en cada movimiento, en cada sesión de entrenamiento.

La determinación de Abigail era palpable, su dedicación alimentada por su nueva claridad de objetivos. Ya no intentaba demostrar nada a nadie más que a sí misma, y el cambio era innegable.

A medida que pasaban los días, observaba con orgullo cómo mejoraban sus habilidades y aumentaba su confianza. La energía en el gimnasio era electrizante y reflejaba su nueva pasión por el deporte.

Y aunque los campeonatos Nacionales se acercaban a pasos agigantados, había adquirido un sentido de propósito que infundía a cada rutina una mezcla de precisión y alegría.

En cierto modo, el viaje de Abigail reflejaba el mío. Como ella, había navegado por la complejidad de las emociones y el camino del autodescubrimiento.

Pero por mucho que deseaba ser sincera con Preston sobre el embarazo, el peso de mi aprensión me frenaba. Necesitaba sentir que podía volver a confiar en él, que no huiría si las cosas volvían a ponerse difíciles.

Él y yo manteníamos una relación platónica, con nuestros sentimientos románticos latentes bajo la superficie. En más de una ocasión deseé no tener miedo y volver a besarle. Si no hubiera estado embarazada, lo habría hecho.

En cambio, los momentos que pasamos juntos se caracterizaron por la camaradería, el respeto mutuo y unas miradas que lo decían todo. Pero nuestra atención se centraba en el entrenamiento de Abigail, un compromiso compartido que nos mantenía unidos, aunque nuestros sentimientos siguieran siendo tácitos.

Pero el secreto que llevaba dentro, la vida que crecía en mi interior, era un recordatorio constante de la verdad que debía revelar. A medida que se acercaban los Nacionales, me di cuenta de que no podía seguir ocultándolo. Pasaría un tiempo antes de que se notara, pero no era justo para Preston seguir manteniéndolo en secreto, por mucho miedo que tuviera.

En los momentos de tranquilidad después del entrenamiento, mientras observaba a Abigail recuperar el aliento y reflexionar sobre sus progresos, pensé en las palabras que quería decirle. El momento era crucial, el peso de la verdad era algo que había que comunicar con cuidado y consideración.

Por mucho que temiera su reacción, sabía que no podía posponerlo más. Le debía ser sincera con la realidad si quería tener alguna posibilidad de salvar la relación.

Los días previos a los Nacionales fueron de preparación frenética, mezclando la emoción y la expectación de la competición con la tensión subyacente de mi inminente conversación con Preston.

Tenía que afrontar la verdad, pero quería esperar hasta después de los campeonatos para hablar con Preston.

Era un momento crucial para Abigail y quería que tuviera su oportunidad de brillar antes de

que el curso de nuestras vidas volviera a cambiar.

Con determinación y una mezcla de emociones, me centré en guiarla hacia el éxito. El gimnasio se convirtió en un lugar de esperanza y trabajo duro, un testimonio de los cambios que son posibles cuando los corazones y las mentes están alineados.

Capítulo veinticinco

Preston

La ciudad de Boston zumbaba de vida mientras caminaba por las abarrotadas calles con el móvil pegado a la oreja.

"No te olvides de meter en la maleta más jerseys y vendas", le recordé a Abi. "Sé que estás deseando llegar a Ft. Worth, pero es importante que tengas todo lo que necesitas".

"Entendido, papá", respondió con un deje de impaciencia en el tono. "Sólo lo has mencionado mil veces".

"Oye, más vale prevenir que curar", defendí, dejando que una pequeña sonrisa cruzara mi rostro. "Son tus primeros Nacionales de Gimnasia USA y quiero que estés preparada".

"Gracias, papá", suspiró, su voz se suavizó. "Te lo agradezco. Sólo estoy... Nerviosa, supongo".

"Comprensible", dije mientras entraba en mi edificio de oficinas. "Sólo recuerda, Abi, que has trabajado duro para este momento. Confía en ti misma y en tus habilidades".

"De acuerdo, papá", aceptó. "Nos vemos pronto. Te quiero".

"Yo también te quiero", respondí antes de colgar.

Cuando entré en la acogedora y bien iluminada habitación de mi despacho, respiré hondo y me preparé para la conversación que me esperaba. A pesar de mi éxito como abogado y cofundador de uno de los bufetes con más éxito de la ciudad, había permitido que mi vida personal se desmoronara a mi alrededor.

Mi incapacidad para volver a confiar tras la traición de Christie me había llevado por un camino que debía corregir, no sólo por mi bien, sino por el de mis seres queridos más cercanos.

La puerta se abrió y entraron Ethan y Oliver. Me escrutaron con miradas curiosas, sin duda preguntándose por qué los había convocado a ambos a una reunión.

"Sentaos, chicos", les pedí, señalando las sillas que había frente a mi escritorio. Mientras se acomodaban, no pude evitar notar la tensión que llenaba la sala.

"Escuchad", empecé, con la voz temblorosa por la emoción. "Sé que últimamente no he sido la persona más agradable. He dejado que mis problemas sacaran lo peor de mí y he estallado. Lo siento de veras".

Los ojos de Ethan se suavizaron y Oliver asintió en señal de comprensión. Estaba claro que se habían preocupado por mí, pero no sabían cómo abordar el tema.

"Gracias por decirlo", respondió Ethan con voz suave. "Somos tus amigos y queremos lo mejor para ti. Simplemente no sabíamos cómo ayudarte".

"Acepto las disculpas", cortó Oliver, dedicándome una pequeña sonrisa. "Todos hemos tenido nuestros momentos difíciles".

"Gracias, chicos", dije, sintiendo que se me quitaba un peso de encima.

"Hablando de momentos difíciles", comentó Ethan con cuidado, mirando a Oliver un momento. "¿Y cómo van las cosas con Jenny?"

Exhalé lentamente y me pasé una mano por el pelo. "Nos estamos tomando un descanso... pero tengo confianza en el futuro".

"¿Un descanso?", preguntó Oliver, mostrando preocupación en sus ojos marrón oscuro.

"Jenny y yo estamos luchando con algunos problemas que tenemos que resolver antes de que

podamos comprometernos plenamente el uno con el otro", expliqué, tratando de mantener un tono de voz uniforme. "Pero creo de verdad que tenemos algo especial juntos y estoy dispuesto a luchar por ello".

Ethan se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. "Es una gran noticia, pero que sepas que si vuelves a romper conmigo y te comportas como un gilipollas, no te perdonaré tan pronto".

"Eso es totalmente justo", acepté con una risa autocrítica.

"Y mira", dijo Oliver. "Sabes que no me van los sentimientos ni las relaciones, pero... te mereces la felicidad, tío".

"Viniedo de ti, significa mucho", murmuré, emocionado.

"Sí, sí, no nos pongamos sentimentales", refunfuñó.

Cuando salieron de mi despacho, mi determinación se fortaleció. Afrontaría los retos que tenía por delante, lucharía por mi relación con Jenny y demostraría que podía ser el hombre que se merecía.

Y con amigos como Ethan y Oliver a mi lado, sabía que no tenía que hacerlo solo.

El sol ya se había puesto cuando salí del coche y me dirigí a la puerta principal, con las palabras de mis amigos resonando en mi cabeza. Estaba decidido a arreglar las cosas con Jenny y demostrarle que podía ser el hombre que se merecía.

Pero cuando abrí la puerta, mi determinación flaqueó al ser recibido por una cacofonía de voces alzadas.

Christie estaba de pie en el salón, con la postura tensa y la cara enrojecida, mientras Abigail la encaraba, con lágrimas cayendo por sus mejillas.

"Tienes que entender que esta decisión es por tu propio bien", ladró Christie, con voz fría e inflexible.

"No puedes hacerlo", gritó Abi. Cerró las manos en puños. "No puedes llevarme así".

"¡Basta!", grité, interrumpiendo su discusión. Las dos se volvieron hacia mí, con sorpresa en los ojos. "Christie, ¿qué haces aquí?"

"Llevo a mi hija a mi casa", respondió ella, con un tono cargado de malicia. "No va a ir a ninguna competición de gimnasia porque debería centrarse en su futuro".

"Abigail ha trabajado increíblemente duro para tener esta oportunidad y sabes lo mucho que significa para ella", dije mientras la frustración bullía en mi interior. "No tienes derecho a quitárselo".

"Sí, lo tengo", replicó Christie con suficiencia, cruzando los brazos delante del pecho. "La vista por la custodia está al caer y, hasta entonces, tengo todo el derecho a decidir sobre el bienestar de nuestra hija".

Apreté la mandíbula y luché por contener la ira. En el fondo, sabía que poco podía hacer ante las amenazas legales de Christie. Pero eso no significaba que fuera a dejar que me tomara el pelo.

"Abigail se merece la oportunidad de competir en los Nacionales", argumenté con voz firme pero controlada. "Es una gimnasta apasionada y no puedes minar sus sueños sólo porque no estés de acuerdo con ellos".

"Sus sueños deberían centrarse en algo que le beneficie en el futuro, como una educación adecuada o una carrera estable", replicó Christie, con su desdén por el deporte claro en su

expresión.

Miré a Abigail, cuyos ojos me suplicaban que la ayudara. El peso de sus palabras tácitas me golpeó como una tonelada de ladrillos. Por mucho que odiara admitirlo, poco podía hacer en aquel momento.

Era el fin de semana de Christie, tenía todo el derecho a llevarse a Abigail y no dejarla participar en el concurso.

"Por favor, Christie", le supliqué, mi voz apenas más que un susurro. "No le hagas esto. No le quites algo que ama tanto".

Su mirada permaneció inquebrantable, su expresión fría e implacable. "Eso no se discute", dijo con frialdad. "Abigail se viene a casa conmigo y punto".

"Mamá, por favor", intervino Abi, su voz quebrándose bajo el peso de sus emociones. "La gimnasia es mi vida. He trabajado muy duro para tener esta oportunidad".

Podía ver la desesperación en sus ojos azules mientras suplicaba a Christie. El salón pareció encogerse a nuestro alrededor, aumentando la tensión que ya se respiraba en el aire.

"Como he dicho, tienes que pensar en tu futuro", dijo Christie desdeñosamente, con un tono frío e inflexible. "Hay cosas más importantes en la vida que la gimnasia. Deberías centrarte en la universidad y en una carrera de verdad, no en perseguir una fantasía pasajera".

El dolor en la cara de Abigail era palpable y lo sentí en la boca del estómago. Lo había puesto todo y su propia madre intentaba arrebatárselo.

"Mamá, ¿no entiendes lo mucho que esto significa para mí? ¿Lo duro que he trabajado para esto?".

"Abigail, sólo quiero lo mejor para ti", respondió Christie, no había calidez ni compasión en su voz. "Y lo mejor es que dejes atrás esta obsesión infantil".

"¿Obsesión infantil?", repitió Abigail, temblando de rabia e incredulidad. "Es que no lo entiendes. La gimnasia no es sólo un pasatiempo. Es mi vida, mi identidad. Me he convertido en lo que soy hoy".

"Ya he tomado mi decisión. Es hora de que madures y busques otras oportunidades profesionales".

"Por favor, no me quites esto", volvió a suplicar Abigail, con lágrimas cayendo por su rostro.

Apreté los puños y me dolió el corazón al ver a mi hija suplicar a su madre. Me corroía la impotencia, pero sabía que si intervenía, Christie se endurecería aún más. Probablemente llamaría a la policía para hacer cumplir el acuerdo de custodia.

"Basta", espetó Christie. "No voy a cambiar de opinión. Ve a recoger tus cosas. Nos vamos".

"¡Mamá, no!", gritó Abigail angustiada.

"Abi", dije en voz baja, tratando de contener mis propias emociones. "Haz lo que dice tu mamá".

No podía soportar la idea de que ponérselo más difícil y seguir discutiendo con Christie haría precisamente eso.

Abigail me miró decepcionada, pero obedeció.

Cuando la vi marcharse, sentí que me arrancaban el corazón del pecho.

Christie se volvió hacia mí con una sonrisa de suficiencia en los labios. "Deberías saber que no podías ganar esto, Preston".

"Disfruta de tu victoria mientras dure", le advertí, con voz baja y peligrosa. "Porque te juro que haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que Abigail tenga la vida que quiere".

"Buena suerte con eso", se burló Christie antes de marcharse y Abigail la siguió.

Cuando sus pasos se desvanecieron, me desplomé en el sofá y enterré la cara entre las manos. El dolor de su marcha era casi demasiado para soportarlo. Tenía que encontrar la manera de arreglarlo. No podía permitir que mi hija perdiera su sueño.

Capítulo veintiséis

Preston

Jenny me encontró sentada en el salón, con la cabeza entre las manos.

"Preston", llamó, corriendo a mi lado. "¿Qué ocurre?"

"Christie estuvo aquí", dije, sintiendo que la ira y la impotencia bullían en mi interior. "Se ha llevado a Abi. No le permitirá competir en los Nacionales".

"¿Qué, puede hacer eso?"

"Técnicamente es su fin de semana, según nuestro acuerdo de custodia. Nunca ha mencionado que tenga problemas con que nos intercambiamos, pero tiene derecho", expliqué, preguntándome para qué iba a ser abogado si no podía arreglar esto.

Jenny se sentó a mi lado. Hacía tres semanas que no estábamos tan cerca y, a pesar de mi desesperación, me sentía atraído por ella como si fuera el sol.

"Ojalá pudiéramos hacer algo", murmuró con tristeza. "No es justo para Abi, ha entrenado muy duro. Si quiere participar el año que viene, al menos será adulta y Christie no tendrá nada que decir".

"Eso no me reconforta precisamente", admití con sinceridad y sin tibieza.

"A mí tampoco", dijo con un suspiro.

La ira y la desesperación rugieron en mi interior como un huracán. No podía creer que Christie pudiera ser tan cruel.

"Dios, odio esto", gemí, me levanté y empecé a pasearme. Jenny me miró con ojos tristes. "Por fin las cosas habían vuelto a su cauce; Abigail está mejor que nunca, tú has vuelto, todo va mejor".

Jenny se levantó, me cogió las manos y me tranquilizó con su suave tacto.

"¿Qué puedo hacer?", preguntó, sus cálidos ojos grandes y sinceros y tan llenos de amor.

No había nada que pudiéramos hacer, salvo secuestrar a Abigail, para resolver el problema.

Quería destruir algo, golpear la pared hasta que me sangraran los nudillos. Quería sentir algo más que el dolor y la rabia que llevaba arrastrando desde que descubrí que Christie me engañó, hacía tantos años. Y quería recuperar a Jenny.

La besé, profunda, suplicante y desesperadamente. No pensé, sólo seguí mis instintos y esperé no meter la pata otra vez.

Y ella me devolvió el beso, con la misma pasión. Se derritió dentro de mí y la abracé con fuerza. Tres semanas sin ella me habían parecido una eternidad en el infierno.

"Te he echado de menos", suspiré contra sus labios.

Se apartó y por un segundo se me paró el corazón, pero luego dijo: "Yo también te he echado de menos. Llévame arriba".

No necesité que me lo dijeran dos veces. Levanté a Jenny y la llevé escaleras arriba como a una novia. Su pequeña estatura me lo puso fácil y cuando me abrazó la cara, me di cuenta de que no quería volver a soltarla de mis brazos.

"Lo eres todo para mí", le dije mientras la tumbaba en la cama.

Se mordió el labio y me acarició la cara con su suave mano. Parecía estar sopesando sus palabras, pero cuando habló, no había duda en su voz. "Te quiero".

Las emociones me inundaron y volví a besarla, volcando en ella todas mis emociones. Ella me

tocó tan suavemente, calmando mi alma y haciéndome sentir que todo iba a estar bien, a pesar de lo que acababa de pasar con Abigail.

Nos desnudamos mutuamente, tomándonos nuestro tiempo y apreciando cada centímetro de piel desnuda. Los labios seguían a las manos, los besos a las caricias y cada roce despertaba el deseo y un profundo amor. Habíamos estado juntos muchas veces y cada vez el sexo, fue mejor, más significativo. Quería hacerle el amor.

Le acaricié la cara y le pedí que se tumbara en la cama. La besé suavemente y suavicé nuestra pasión hasta convertirla en algo sensual y consciente. Me miró con ojos brillantes de felicidad.

"Te quiero", le dije mientras abría sus piernas y me acomodaba entre ellas.

Me acerqué más a ella y, cuando la penetré, fue como volver a casa. Me agarró la polla como si quisiera retenerme y, al mirarla a los ojos, supe que sentía el mismo amor y la misma pasión que yo.

Me moví lentamente, saboreando nuestra renovada conexión. Ella me rodeó con las piernas y me abrazó con fuerza, aunque yo no quería estar en ningún otro sitio. Nos besamos, suave y profundamente, nuestras acciones prometían más que nuestras palabras.

Mis manos recorrieron su cuerpo, aprendiendo de nuevo su suave piel y sus suaves curvas. Absorbí cada gemido que salía de sus labios, memorizando su piel, acariciando sus labios, perdiéndome en sus ojos. El tiempo se alargaba, sin sentido ante nuestros sentimientos y la fuerza de nuestra conexión. Pero no nos habíamos perdido el uno en el otro. Nos habíamos encontrado.

Mi orgasmo iba en aumento, aunque quería que este momento durara para siempre. Metí la mano entre nosotros, busqué el clítoris de Jenny con los dedos y lo acaricié como a ella le gustaba. Sus jadeos eran música para mis oídos.

"Eso es, nena", la animé mientras empezaba a retorcerse debajo de mí. "Te estoy esperando".

Gritó, sus caderas se agitaron y su cuerpo se estremeció de placer. Esto me llevó al límite y me hundí profundamente dentro de ella, enterrando mi cara en su cuello mientras caíamos juntos en el éxtasis.

No supe cuánto tiempo estuvimos abrazados, pero al final me retiré y me dejé caer en la cama junto a Jenny.

"Ha estado bien, ¿verdad?", le pregunté, necesitando asegurarme de que eso era lo que ella quería, ya que nuestra desesperación se había desvanecido.

"Más que eso", dijo en voz baja, trazando dibujos en mi brazo con las yemas de los dedos. "Sé que dijimos que esperaríamos hasta... pero esto es lo correcto".

Me di cuenta de que había evitado mencionar los Nacionales. Todavía me dolía el corazón por Abigail.

"Me parece bien", acepté.

Dio un bostezo adorable y consiguió taparse la boca justo a tiempo.

"Lo siento", murmuró, un poco avergonzada. "No sé por qué estoy tan cansada".

"No pasa nada", le dije. Le di un beso en la mejilla. "¿Por qué no duermes un poco?".

Jenny asintió aturdida y se durmió rápidamente, pero a mí el sueño no me llegaba. Estaba tan feliz de tenerla de nuevo en mi vida, pero la alegría de este momento no podía borrar mi desesperación de que Abigail se perdiera la competición.

Pensé en cómo podría luchar contra ello, tal vez con una orden judicial. Pero era viernes por la noche y ningún juez del mundo estaría dispuesto a dictar una orden de alejamiento por algo así.

Tenía que haber otra manera.

Y entonces me di cuenta. Esto era una locura. Podría meterme en serios problemas, pero Abigail valía la pena. Arriesgaría todo por ella.

Me escabullí de la cama, teniendo cuidado de no despertar a Jenny. Era mejor si ella no estaba involucrada y no se enteraba hasta que yo lo hiciera.

Me vestí en silencio, escribí una nota para Jenny, empaqueté mis cosas y subí al auto. El viaje hasta la casa de Christie no fue largo, pero me pareció una eternidad mientras el corazón me latía con fuerza en el pecho. Era tarde y no había ninguna luz encendida cuando aparqué delante de la casa.

Saqué el móvil y envié un mensaje a Abigail, esperando que no lo hubiera puesto en silencio.

Papá: Abi, estoy fuera. ¿Puedes escabullirte?

Esperé y golpeé el volante con los dedos. Si eso no funcionaba...

Abi: Papá, ¿qué pasa?

Abi: Ya bajo.

No tuve que esperar mucho para ver abrirse la puerta principal y aparecer Abigail. Se aseguró de cerrar la puerta en silencio antes de cruzar a toda prisa el patio hasta el coche y deslizarse en el asiento del copiloto.

"¿Qué haces aquí?", preguntó, "¿Qué pasa?".

Sonreí. "Te voy a sacar de aquí".

Sus ojos se abrieron de par en par por la emoción.

Capítulo veintisiete

Jenny

Me desperté despacio, envuelta en el calor de la cama de Preston. Por mi mente pasaron imágenes de la noche anterior. Seguía muy triste por lo de Abigail, pero reencontrarme con Preston me había hecho sentir bien.

Pensé en el secreto que le ocultaba. La pequeña vida que crecía dentro de mí. Tenía que decírselo, no tenía sentido esperar hasta después de los campeonatos. Hoy sería el día. Sólo esperaba que se alegrara.

Me acerqué a él, pero su costado estaba frío. Fruncí el ceño, me incorporé y encontré una nota en su almohada. La cogí y la leí:

Buenos días, preciosa. Te espera una sorpresa abajo. Con cariño, Preston.

Curiosa, pasé las piernas por encima de la cama y bajé las escaleras. ¿Qué me habría preparado?

La casa estaba en silencio cuando entré en la cocina. La luz del sol entraba por las ventanas y proyectaba un cálido resplandor en la habitación.

Mis ojos se posaron en la mesa de la cocina, donde me esperaba un sobre. Lo abro. La confusión se apoderó de mí mientras miraba el billete de avión impreso con destino a Ft. Worth.

Fruncí el ceño. ¿Por qué me iba a dejar un billete si Abigail no podía asistir? Decidí escribirle.

Jenny: ¿Qué pasa con el billete de avión?

Me contestó casi de inmediato.

Preston: Haz las maletas, nos vamos a los Nacionales.

Jenny: ¿Qué? Jenny: ¿Cómo?

Preston: Ya lo verás cuando llegues.

Se me hizo un nudo en el estómago con una mezcla de nerviosismo y emoción. ¿Los campeonatos? ¿Christie había cambiado de opinión? Supongo que pronto lo sabré.

No tenía tiempo que perder si quería coger mi vuelo. Hice rápidamente la maleta y pedí un Uber que me llevara al aeropuerto. Llegué justo a tiempo y me pasé todo el vuelo preguntándome cómo lo había hecho Preston.

Cuando llegué al concurrido aeropuerto de Dallas, mis ojos escudriñaron el mar de caras en busca de algún rastro de Preston. De repente, vi su figura alta y ancha. Sentí un gran alivio y el corazón me dio un vuelco cuando vi a una sonriente Abigail a su lado.

"¡Entrenadora Adams!", exclamó Abigail mientras se acercaba a mí, con el rostro radiante de alegría. "¡Me alegro mucho de que esté aquí!".

"¿Qué pasa?", pregunté, abrazándola con fuerza. "Tu padre no me dio muchos detalles".

"Tuvimos que adelantar el vuelo para facturar a tiempo", intervino Preston, cogiendo mi maleta. "Y, bueno, pensé que querías tener una coartada plausible".

"¿Y por qué iba a necesitarla?", pregunté, sin saber si debía preocuparme o alegrarme.

"Vamos", me instó, cogiéndome de la mano. "Te lo explicaremos todo de camino al local".

"Vale", acepté, tragando saliva mientras caminábamos por el aeropuerto.

"Así que papá básicamente me secuestró", se rió Abigail mientras caminábamos.

"¿Qué?", tartamudeé, mis ojos se abrieron de par en par y miré a un lado y a otro entre las dos.

"Fue genial", continuó. "Me mandaba mensajes desde fuera y me decía que me escabullera".

Aunque me alegraba ver feliz a Abigail, me preocupaban las consecuencias. Si Christie se enteraba, le echaría la bronca a Preston. ¿Y si demandaba a Preston por la custodia completa por esto?

"No podía dejar que se perdiera la competición", dijo Preston, apretándome la mano. "Asumiré las consecuencias si tengo que hacerlo".

Realmente no podía discutir con eso. Era conmovedor ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar Preston por su hija. Me dio esperanzas sobre su reacción ante mi embarazo.

Fuera, el cálido sol de Texas brillaba sobre nosotros mientras nos dirigíamos al coche. Abigail tenía un paso especialmente ágil. Parecía más ligera y despreocupada de lo que la había visto en mucho tiempo.

Mientras subíamos al coche y nos dirigíamos al lugar de la competición, no pude evitar la sensación de que estábamos a punto de vivir algo extraordinario.

"¿Entrenadora Adams?". La voz de Abigail interrumpió mi ensoñación cuando llegamos al lugar. "Sólo quería decir ... Estoy muy contenta de que estés aquí".

"Yo también", respondí, con el corazón henchido de afecto. "Vamos a enseñarle a todo el mundo lo que tienes".

Cuando bajamos del coche frente al estadio, mi corazón dio un vuelco al ver lo que me esperaba. Enjambres de atletas con camisetas de colores zumbaban como abejas y su entusiasmo se reflejaba en la multitud de espectadores que esperaban impacientes el comienzo de los Nacionales.

"¿Estás lista, Abi?", preguntó Preston, con la voz llena de orgullo mientras miraba a su hija.

"Lista", respondió ella, con los ojos brillantes de determinación.

"Muy bien", dijo él con confianza. "Entonces hagamos que esto suceda".

"Vas a ayudarme a calentar, ¿verdad?", preguntó Abigail nerviosa, su voz apenas audible por encima de la cacofonía de la multitud.

"Por supuesto". Le puse una mano reconfortante en el hombro. "Estaré contigo en todo momento".

Su rostro se relajó y apretó mi mano en señal de gratitud. "Te lo agradezco. No creo que pudiera hacerlo sin ti".

"Oye, no digas eso", la regañé suavemente, sintiendo que mis propios nervios empezaban a calmarse mientras me concentraba en apoyar a Abigail. "Eres fuerte, talentosa y más que capaz de manejar cualquier cosa que se te presente. Sólo recuerda todo lo que hemos trabajado y confía en ti misma".

"Bien". Ella asintió y respiró hondo. "Confío en mí misma".

"Exacto". Sonreí. "Ya está, vamos a calentarte".

Nos abrimos paso a través del mar de competidores y entrenadores y encontramos un lugar vacío en las colchonetas de entrenamiento. Abigail empezó a estirarse, su cuerpo ágil se doblaba y retorció como una máquina bien engrasada.

"No te olvides de respirar", le recordé mientras pasaba de un estiramiento a otro. "No querrás

ponerte tensa antes de empezar".

"Entendido", contestó concentrada.

Mientras la observaba prepararse, mi corazón se hinchaba de orgullo.

Había llegado tan lejos en tan poco tiempo y no podía evitar sentirme un poco unida a ella. Ambas estábamos marcadas por nuestro pasado y, sin embargo, aquí estamos, luchando contra el dolor para encontrar algo mejor, algo por lo que valía la pena luchar.

"Muy bien", dije, dando una palmada. "Es hora de mostrarles lo que puedes hacer".

"Gracias, entrenadora Adams", susurró, sus ojos azules brillando de emoción. "Por todo".

"Muéstrales, Tigre", sonreí, dándole un empujón de ánimo hacia la zona de competición.

"Ya no hay vuelta atrás", murmuró, respirando hondo antes de lanzarse a la lucha.

Mientras la veía alejarse, supe que, pasara lo que pasara hoy, ya habíamos ganado. Habíamos encontrado la curación y el perdón y, lo más importante, nos habíamos encontrado el uno al otro. Y eso, a mis ojos, valía más que cualquier medalla de oro que pudiera haber.

"¡Jenny!" Una voz familiar atravesó el ajetreo y el bullicio de la sala de competición. Me giré y vi a Emma, con sus ojos verdes brillando con intención maliciosa. "Así que estás aquí para revivir tus días de gloria, ¿verdad? Patético".

Sentí que se me aceleraba el pulso y me invadía una oleada de ira. La miré fijamente y me negué a dejarla ganar. "En realidad, estoy aquí por mi alumna, no por mí. No necesito demostrar nada, es su momento. Algo que quizá no entiendas teniendo en cuenta lo preocupada que estás por ti misma".

Emma se rió, pero pude ver el escozor de mis palabras en sus ojos. "Pues buena suerte entonces", se burló, "mi equipo es el mejor, espero que a tu chica le guste la plata porque vamos a por el oro".

Era extraño. Hace sólo unas semanas, el comentario de Emma me habría provocado un torbellino de emociones. Pero en ese momento sus palabras no tenían ningún efecto. Tenía fe en Abigail y lo más importante, estaba feliz con mi vida. No necesitaba más elogios. Tenía a Preston, a nuestro bebé nonato y a Abigail, a la que estaba empezando a querer como si fuera mi propia hija.

Sonreí a Emma, lo que la inquietó visiblemente.

"Abigail tiene mucho talento", comenté con calma. "Creo en sus habilidades. Y por suerte, no tiene una amiga que vaya a traicionarla la noche antes de una competición".

Emma soltó un suspiro de enfado, pero no tenía preparada ninguna respuesta. En lugar de eso, se marchó, increpando a una de sus gimnastas que estaba a punto de hacerle una pregunta de última hora.

"¿De qué iba eso?", preguntó Abigail, con los ojos muy abiertos mientras observaba la figura de Emma que se alejaba.

"Mi antigua amiga", dije. No le había contado a Abigail los detalles de mi desaparición olímpica cuando me preguntó por primera vez, pero ya estaba todo dicho. "La noche antes de la final de las Olimpiadas, la pillé acostándose con mi novio. Por eso perdí la concentración y me hice daño".

Esta vez, contar la historia no fue tan doloroso. Por fin lo había asumido.

"¡Vaya, qué zorra!", exclamó Abigail, enfadada por mí. No tuve valor para reprenderla por sus palabras. Fueron muy acertadas.

"Eso no importa", me encogí de hombros. "Sólo quiero centrarme en ti".

Abigail me abrazó con fuerza y, cuando se apartó, sonrió: "Para que lo sepas, voy a ganar a

todo su equipo y a demostrarle lo que una buena entrenadora y un talento de verdad pueden hacer".

"Así me gusta", sonreí, dándome cuenta de que había adoptado la actitud ganadora. "Vamos".

Luchó duro en todas las disciplinas y rindió como nunca la había visto antes. La determinación en sus ojos era inquebrantable, alimentada por nuestro encuentro con Emma y el deseo de probarse a sí misma.

La observé desde la barrera con Preston y mi corazón se hinchó de orgullo cuando ejecutó con gracia sus rutinas. Cada giro, salto y desmontaje los ejecutaba con precisión y aplomo, como si bailara en el aire.

"Es increíble", le susurré a Preston. "Me cuesta creer lo lejos que ha llegado".

"A mi también", coincidió, con la voz entrecortada por la emoción. "Es una luchadora, como su entrenadora".

La animamos cuando abandonó la pista después de su última rutina y vimos competir a otra chica. Era buena, pero no tanto como Abigail. Después de eso, sólo quedaba una disciplina. Las puntuaciones eran ajustadas, la última disciplina decidiría el resultado.

"Jenny", me susurró Preston al oído mientras esperábamos a que empezara la última disciplina. "Sé que tenemos mucho que resolver, pero quiero que te des cuenta de lo agradecida que estoy por todo lo que has hecho por Abi".

"Me alegro de haber podido estar a su lado cuando más me necesitaba".

"Ahí está", la señaló entre la multitud. "Ella es la siguiente".

Un rayo de sol que entraba por las ventanas del gimnasio iluminó a Abigail mientras volaba con gracia por el aire, girando y volteando su cuerpo con precisión.

Se me cortó la respiración cuando aterrizó perfectamente y el público estalló en un atronador aplauso. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Lo había conseguido.

Capítulo veintiocho

Preston

El ensordecedor rugido del público llenó mis oídos cuando los jueces anunciaron las puntuaciones y Abigail se aseguró oficialmente la victoria.

Mi corazón se hinchó de orgullo. Sentía que se me llenaban los ojos de lágrimas, sabiendo que nada de esto habría sido posible sin Jenny.

Nos unimos a Abigail.

"¡Felicidades!", grité cuando llegué hasta ella y tiré tanto de Jenny como de Abigail en un abrazo compartido. Formábamos una maraña de miembros y risas, pero se sentía como en casa, cálido y seguro.

"Gracias, papá", me susurró Abigail al oído, con la voz entrecortada por la emoción. "Y gracias, entrenadora Adams. No podría haberlo hecho sin usted".

"Ha sido un honor entrenarte", dijo Jenny con una sonrisa acuosa. "Y ya puedes empezar a llamarme Jenny y me tuteas".

Pero nuestros vítores se interrumpieron rápidamente. Christie salió de entre la multitud. El corazón me dio un vuelco y me invadió una oleada de miedo. Era hora de afrontar las consecuencias de mis actos, por muy nobles que fueran mis motivos. Sólo esperaba que no montara un escándalo.

"¿Qué haces aquí?", pregunté con cautela, dando un paso adelante para proteger a Abigail y Jenny de un posible conflicto.

"Abigail me dejó un mensaje", explicó Christie, con la voz, para mi sorpresa, entrecortada por las lágrimas. "Volé hasta aquí esta mañana, pero no tuve valor para detenerla cuando la vi ahí fuera".

"¿Mamá?", dijo Abigail sorprendida, saliendo de detrás de mí.

"Oh, cariño", dijo Christie. "¡Estuviste fantástica! Hacía tanto tiempo que no te veía competir que supongo que no me había dado cuenta de lo buena que eres y de lo feliz que eso te hace. Siento mucho haberte utilizado para vengarme de tu padre. ¿Me perdonas?".

Las lágrimas brotaron de los ojos de Abigail y cogí la mano de Jenny. Ella se aferró a mí, tan tensa como yo.

"¿Aún quieres luchar por más días de custodia?", preguntó Abigail.

Había dolor en el rostro de Christie, dolor de verdad. Hacía años que no veía una expresión tan sincera en su rostro.

"No", respondió Christie. "Pero aun así me gustaría pasar más tiempo contigo. Me he perdido muchas cosas porque no pude dejar de lado mis diferencias con tu padre. Debería haber pensado en tu felicidad y lo siento".

"Está bien", murmuró Abigail, tomándose un momento para procesar todo esto. "Te perdono. Y me alegro mucho de que estés aquí. A mí también me encantaría pasar más tiempo contigo".

Se me apretó el pecho al verlos a los dos y me di cuenta de que este momento no era sobre mí o mi relación con Christie: era sobre Abigail y su felicidad. Respiré hondo y puse una mano en el hombro de Christie, atrayéndola hacia el círculo de nuestra familia.

"Gracias por venir", dije sinceramente. "Ella necesita tu apoyo".

"Gracias, Preston". Los ojos de Christie se encontraron con los míos y pude ver el

remordimiento en ellos, mezclado con sus lágrimas. "Nunca pensé que estaría aquí viendo a nuestra hija hacer realidad sus sueños. Sólo puedo agradecértelo a ti... ..y a Jenny".

"Ha sido un honor trabajar con tu hija", respondió Jenny. "Es una atleta y una persona increíble".

Mientras los cuatro permanecíamos así en el concurrido gimnasio, sentí que el alivio brotaba de mi interior. Por una vez, Christie no estaba aquí para hacer travesuras o amenazar con acciones legales. Estaba aquí porque se preocupaba por nuestra hija.

Y eso era lo que realmente importaba.

Jenny

Oí que alguien gritaba mi nombre por encima del estruendo de la multitud, me di la vuelta y vi a Emma abriéndose paso entre la gente, con sus ojos verdes brillantes. Se me aceleró el pulso, sin saber qué esperar de mi antigua amiga y rival.

"Hola", dije con cautela, preparándome para algún comentario sarcástico o insulto velado que pudiera tener preparado.

"Enhorabuena". La voz de Emma sonaba sincera y la genuina sonrisa de su rostro me sorprendió. "Lo digo en serio. Abigail estuvo increíble ahí fuera, está claro que eres una gran entrenadora".

"Gracias", respondí, todavía recelosa pero conmovida por su inesperada amabilidad.

"Escucha", continuó Emma, dudando un momento antes de continuar. "Quería decirte que entonces merecías ganar las Olimpiadas. Sé que nunca te lo he reconocido, pero creo que necesitaba verte como entrenadora para darme cuenta del talento que realmente tienes".

Parpadeé sorprendida y sentí que se me hacía un nudo en la garganta. ¿Esto estaba ocurriendo de verdad? La chica que una vez fue mi amiga, para luego convertirse en una de mis rivales más feroces, ¿estaba admitiendo realmente que yo debería haber sido la primera?

"Emma, yo...". Ni siquiera sabía qué decir. ¿Cómo iba a expresar con palabras el torbellino de emociones que me invadían? Alivio, gratitud y una sensación de validación que había echado de menos durante tanto tiempo.

"Gracias", pronuncié, con la vista nublada por las lágrimas que amenazaban con desbordarse. "Esto significa para mí más de lo que crees".

Permanecimos allí un momento, el ruido del estadio se desvanecía en el fondo mientras el peso de verdades, no dichas durante años empezaba por fin a disiparse. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que tal vez, sólo tal vez, podría dejar atrás parte del dolor de mi pasado, saborear y apreciar de verdad el increíble éxito que Abigail y yo habíamos logrado juntas.

"¡Jenny!", gritó Abigail, su voz era apenas audible por encima del ruido de la multitud extasiada. Me giré para ver sus mejillas sonrojadas y su sonrisa radiante. "Tengo que hacerte una foto con los otros ganadores".

Señaló hacia la zona donde los fotógrafos se afanaban en retratar a los talentosos atletas.

"Ve", la animé, con el corazón henchido de orgullo. "Te mereces este momento".

Cuando Abigail desapareció en medio de un mar de cámaras parpadeantes, solté un suspiro y sentí que por fin me quitaba de encima el peso de los últimos años.

"¿Jenny?". La voz de Preston me sacó de mis pensamientos. Me giré hacia él y me sorprendió

la intensidad de sus penetrantes ojos azules.

"Hola", dije en voz baja, sintiéndome repentinamente sin palabras.

"¿Te apetece dar un paseo conmigo?", preguntó.

"¿Y Abigail?".

"Christie la vigila de cerca", me aseguró. El atisbo de una sonrisa curvó sus labios. "Hay algo de lo que me gustaría hablarte".

"Claro", acepté, más que un poco curiosa por saber qué podía ser tan importante como para no esperar a que se acabaran las fiestas.

Atravesamos el bullicioso estadio y salimos al cálido resplandor del sol poniente. El aroma de la hierba recién cortada flotaba en el aire y no pude evitar respirar hondo y sentir cómo la tensión de mis hombros empezaba a aliviarse.

"Precioso, ¿verdad?", comenta Preston con la mirada fija en el horizonte mientras el cielo se tiñe de tonos rosas y dorados.

"Por supuesto", replicó, sintiendo que me invadía una extraña sensación de paz.

"Sólo quería decirte lo orgulloso que estoy de ti y de Abigail", empezó titubeando. "Lo que habéis conseguido juntas es sencillamente extraordinario".

"Gracias", susurré, con el pecho apretado por la emoción. Significaba mucho para mí que reconociera el duro trabajo y la dedicación que había puesto en cuidar de Abigail.

"Y me doy cuenta de que anoche nos perdimos en la pasión, pero quise decir cada palabra que dije", continuó, su voz sonaba sincera. "Te quiero, Jenny. Quiero que estemos juntos".

"Preston", balbuceé, con un nudo en la garganta. "Yo también te quiero". Respiré hondo y me preparé para lo que estaba a punto de revelar. "Pero hay algo que tengo que decirte, algo importante".

Me miró con preocupación, sus ojos azules buscaban en los míos una pista de lo que estaba a punto de decir. "¿De qué se trata? Puedes contarme cualquier cosa".

Me temblaban las manos mientras dudaba, el miedo y la incertidumbre me corroían. Pero sabía que si íbamos a tener un futuro juntos, él merecía saber la verdad.

Respiré hondo y solté las palabras. "Estoy embarazada".

El mundo pareció detenerse por un momento mientras esperaba su reacción, con el corazón acelerado en el pecho. Sus ojos se abrieron de sorpresa, pero no me soltó la mano. En lugar de eso, me apretó con más fuerza, como si quisiera asegurarme que no se iba a ir a ninguna parte.

"¿Estás segura?", me dijo con una mezcla de asombro e incredulidad en la voz.

Asentí, con los ojos llenos de lágrimas. "Sí, estoy segura".

El silencio que siguió fue ensordecedor, el peso de mi revelación flotaba en el aire entre nosotros. Pero cuando miré a Preston a los ojos, buscando cualquier atisbo de ira o decepción, todo lo que vi fue amor, un amor inquebrantable e incondicional.

"Es una gran noticia", susurró finalmente, lleno de emoción. "No puedo creer que vaya a ser padre otra vez. Juro que lo daré todo por nuestro hijo".

Su devoción era evidente en cada palabra y mi corazón se llenaba de amor. Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría aquí con Preston, compartiendo este momento de felicidad sin límites, habría sonreído ante la idea.

Pero la vida tiene una forma curiosa de sorprendernos y yo estaba agradecida por el camino que me había llevado. "Gracias, Preston", sonreí, con la voz temblorosa por la emoción. "No sabes cuánto significa esto para mí".

Preston me rodeó con sus brazos y me besó profundamente, tan lleno de amor que casi me

flaquearon las rodillas. Finalmente, nuestro beso terminó y apoyé la cabeza en el pecho de Preston. Todo estaba bien y yo no podía ser más feliz.

"Tenemos que decírselo a Abi", dije. "No tendremos más secretos con ella".

"Sí, creo que hemos aprendido la lección", sonrió, con su corazón latíendome en la oreja.

Como si nada, apareció Abigail, picada por nuestra repentina ausencia. Se acercó con cautela y sus ojos azules se abrieron con preocupación.

"Vale, vosotros dos", exigió con firmeza mientras se acercaba a nosotros. "¿Qué está pasando aquí? Sé que tiene que haber pasado algo".

Miré a Preston, que asintió animado y me apretó la mano para tranquilizarme. Respirando hondo, me volví hacia Abigail y el corazón me dio un vuelco. Sabía que nos había dado su bendición para estar juntos, pero esto era mucho más importante. Sólo quería que fuera feliz.

"Abi", empecé, luchando por encontrar las palabras adecuadas. "Sabes lo mucho que nos importas y lo orgullosos que estamos de todo lo que has conseguido hoy".

"Por supuesto", respondió ella, arrugando la frente en señal de confusión. "Pero qué tiene eso que ver con...".

"Abigail", la interrumpió Preston, con la voz llena de calidez y afecto. "Hay algo que tenemos que decirte".

"Vale, pues dímelo ya". Abigail puso las manos en las caderas.

"Jenny está embarazada. Vamos a tener un bebé juntos".

Por un momento, el mundo pareció detenerse. Podía sentir el peso de la mirada de Abigail mientras asimilaba la noticia, con sus ojos azules muy abiertos por la sorpresa. Y entonces, de repente, la tensión se relajó y su rostro se torció en una sonrisa radiante.

"¿En serio?", exclamó, con la voz temblorosa por la emoción. "¿Voy a ser hermana mayor? Es increíble".

"Sí, en serio", confirmé, mis propios ojos se llenaron de lágrimas mientras la abrazaba con fuerza. "Y no podríamos estar más felices de compartir este viaje contigo".

Mientras permanecíamos allí, abrazados, me maravillé del vínculo que se había formado entre nosotros. A pesar de los desafíos y las traiciones a las que nos habíamos enfrentado, habíamos conseguido construir un vínculo basado en la confianza, el amor y la lealtad.

Y con la perspectiva de una nueva vida en nuestra familia, ese vínculo no haría más que fortalecerse.

Capítulo veintinueve

Jenny

El Pabellón Olímpico de París vibraba de energía, el aire estaba lleno de expectación.

Me llevé las manos a la barriguita que hacía poco que se me notaba y me sentí nerviosa y emocionada a la vez mientras Abigail subía los escalones del podio.

Llevaba el pelo largo, rizado y rubio recogido en un moño apretado. Sus ojos azules brillaban con determinación.

"Vamos, Abi", dijo Kelsey a mi lado, agitando un cartel hecho a mano con su nombre. Preston estaba a nuestro lado, con sus anchos hombros tensos de orgullo, sonriendo a su hija.

Ethan y Oliver se unieron a nuestro coro de ánimos y sumaron sus voces a la cacofonía de vítores que resonaba en el estadio.

"¿No es fantástico?", preguntó Christie. Nunca seríamos amigas, pero la tregua que Preston y ella habían hecho tras la victoria de Abigail en los Nacionales seguía en pie.

"Absolutamente", respondí. "Se lo merece de verdad".

Cuando Abigail subió a lo más alto del podio, todos estallamos en vítores ensordecedores. Estaba de pie, alta y triunfante entre otros dos atletas, con los ojos brillantes de lágrimas. Primero se entregaron las medallas de bronce y plata, y los galardonados no pudieron contener la emoción.

"Bien hecho, Abi", gritó Preston, con una voz llena de orgullo paternal.

"¿Te gustaría estar ahí de pie?", preguntó Kelsey, dándome un codazo.

"No", sonreí. Me puse una mano en la barriga. "Estoy contento donde estoy".

"Estoy deseando ser tía", dijo emocionada.

"Vas a ser una tía estupenda", le contesté y la abracé.

"Ya lo creo".

Nos unimos al estruendoso aplauso cuando por fin colgaron la medalla de oro del cuello de Abigail. No pude evitar sentir toda la alegría desbordante que irradiaba mi corazón mientras se me llenaban los ojos de lágrimas.

Abigail estaba en lo alto del podio, radiante de orgullo y felicidad. Sabía que este momento quedaría grabado en su memoria para siempre.

Cuando la ceremonia llegó a su fin, la multitud se dispersó y bajamos las escaleras. Abigail pronto se vio inundada por un mar de abrazos y felicitaciones, con las mejillas sonrojadas por la emoción.

"Jenny", dijo Abigail sin aliento cuando llegó hasta mí. "Gracias por todo. No podría haberlo hecho sin ti".

"Lo hiciste todo tú sola", le aseguré, estrechándola en un fuerte abrazo. "Me alegro de haber podido estar aquí para verte brillar".

Su sonrisa parecía iluminar todo el estadio.

"Si no te importa, voy a celebrarlo con una amiga", dijo Abigail con un brillo de emoción en los ojos.

"Claro que no", dijo Preston.

"Adelante", la animé suavemente, apretándole la mano por última vez. "Te has ganado un poco de diversión".

"Gracias, Jenny", susurró, abrazándome por última vez antes de marcharse.

"Sí, yo también tengo que ir a un sitio", murmuró Oliver, abandonando nuestro grupito y echando a correr en la misma dirección. Y con eso, nuestra compañía comenzó a dispersarse.

"Sabes, Kels", le dije a mi hermana. "Tengo que agradecerte todo esto. Si no me hubieras empujado al trabajo de entrenadora, estoy segura de que nada de esto habría pasado".

"Oye, para eso están las hermanas mayores", respondió ella, con sus ojos verdes brillantes.

"¿Y sabes qué?", sonreí. "Ya que he encontrado al amor de mi vida, quizá sea hora de que tú empieces a buscar el tuyo. Y creo que conozco a la persona adecuada".

Mis ojos se desviaron hacia Ethan.

"Por favor, no", gimió, poniendo los ojos en blanco cuando le di un codazo juguetón. "No necesito a nadie más en mi vida en este momento. Soy perfectamente feliz como estoy".

"¿En serio?". Levanté las cejas y no pude evitar sonreír. "Porque eso pensaba hasta que conocí a Preston. Y, bueno, ya sabes, hay alguien que podría ser perfecto para ti".

"Basta, basta", me interrumpió Kelsey, sacudiendo la cabeza con fingida exasperación.

"Vale, vale", cedí, levantando las manos en un gesto de rendición.

"Jenny", la cálida voz de Preston se coló entre el parloteo de la multitud mientras me rodeaba la cintura con los brazos. "¿Quieres venir conmigo, por favor?".

"¿Adónde?", pregunté, curiosa.

"Eso es una sorpresa", respondió, sonriendo de oreja a oreja. "Pero te prometo que te encantará".

"Muy bien, veamos tu sorpresa", dije, dedicándole una sonrisa juguetona. Kelsey me miró con complicidad y siguió a los demás.

Mientras caminábamos, no pude evitar fijarme en el paso saltarín de Preston; una alegría casi infantil que irradiaba. Era contagiosa y me hacía sentir calor en las venas a pesar del frío que hacía.

Cuanto más nos alejábamos del estadio, más claro se hacía que habíamos dejado atrás el corazón palpitante de la ciudad. Las calles eran más tranquilas, las luces más suaves y los edificios más elegantes.

"¿Adónde me llevas?", quise saber, cada vez más curiosa.

"Ten paciencia", me dijo, y su mano se deslizó entre las mías mientras me guiaba. Nuestros dedos se entrelazaron con naturalidad, como si siempre hubieran estado destinados a encajar.

Por fin llegamos a nuestro destino: un magnífico edificio que parecía brillar a la luz de la luna, con sus detalles ornamentales como testimonio de la artesanía de antaño. Preston me condujo al interior, pasando por un magnífico vestíbulo hasta un ascensor privado. Cuando las puertas se cerraron, la expectación se apoderó de mí como el champán burbujeante en el borde de una copa.

El ascensor zumbaba tranquilamente y nos llevaba a un ritmo pausado. Cuando por fin se detuvo, la mano de Preston apretó la mía para tranquilizarme mientras las puertas se abrían ante nosotros.

Se me cortó la respiración al ver lo que tenía delante: un lujoso ático que parecía desafiar la realidad. El opulento mobiliario y las grandiosas lámparas de araña no eran nada comparados con la pièce de résistance: las puertas dobles que daban a un balcón con una impresionante vista de la Torre Eiffel.

"¿Esto es... ¿para nosotros?", balbuceé, apenas capaz de creer que un lugar así pudiera ser nuestro, aunque sólo fuera por una noche.

"Por supuesto", respondió Preston, con los ojos brillantes de orgullo. "Quería darte algo

especial: una noche que nunca olvidarás".

"Gracias", susurré, incapaz de apartarme del maravilloso espectáculo que tenía ante mí. "Esto es realmente increíble".

"Haré cualquier cosa por ti, Jenny", murmuró, sacándome al balcón. Cuando salimos, el aire fresco de París nos abrazó como un amigo perdido, susurrándonos secretos bajo el cielo estrellado. La Torre Eiffel se alzaba sobre nosotros y sus luces de colores proyectaban un resplandor dorado sobre la ciudad.

"Creo que nunca he visto nada tan bonito", admití, apoyándome en el parapeto mientras saboreo la espectacular vista.

"Yo tampoco", dijo Preston, pero sus ojos no estaban puestos en la Torre Eiffel, sino en mí. Su mano me apartó un rizo de la mejilla, con un tacto tierno y cálido.

Una suave brisa agitó el mantel y atrajo mi atención hacia el íntimo cubierto. Había una botella de champán sin alcohol en una cubitera y las copas brillaban bajo el resplandor de las luces de la ciudad. La visión hizo que mi corazón latiera más rápido por la expectación.

"¿Sin alcohol?". Enarqué una ceja, con una media sonrisa en los labios. "Realmente has pensado en todo".

"Sólo lo mejor para ti y para nuestro bebé", respondió Preston con calidez y sinceridad. Me acercó una silla y esperó a que estuviera cómodamente sentada antes de sentarse al otro lado de la mesa.

"Gracias, logré decir, sintiendo que las emociones me invadían por dentro. Todo en esta velada era tan perfecto, tan surrealista, que casi parecía un sueño del que pronto despertaría. Pero cuando miré a Preston a los ojos, supe que era real. Éramos nosotros, juntos, creando nuevos recuerdos que durarían toda la vida.

"Jenny", empezó, con los dedos tamborileando nerviosamente sobre el mantel. "Sé que hemos tenido nuestros altibajos, pero me he dado cuenta de lo mucho que significas para mí. Has cambiado mi vida de una forma que nunca creí posible y por eso te estaré eternamente agradecido".

"Eso también va por mí, Preston", exhalé, con lágrimas en las comisuras de los ojos. "Me ayudaste a sanar y me mostraste lo que significa amar de verdad y volver a confiar en alguien".

Respiró hondo y, antes de que me diera cuenta, estaba arrodillado frente a mí, con una cajita de terciopelo en la mano. Se me aceleró el pulso y se me cortó la respiración cuando la abrió para revelar el anillo más hermoso que jamás había visto.

"Jennifer Adams, puede que este anillo no sea una medalla de oro, pero espero que sea suficiente para demostrarte lo mucho que significas para mí. ¿Me harías el honor de convertirme en mi esposa?".

Sus palabras resonaron en mis oídos y la gravedad del momento me inundó como un maremoto. Durante tanto tiempo había tenido miedo de dejar atrás mi pasado y abrazar las posibilidades del futuro... y sin embargo, aquí estaba, sentada en el precipicio de un nuevo comienzo con el hombre que me había ayudado a sanar de nuevo.

"Por supuesto", gemí, con las lágrimas cayendo por mis mejillas. "Sí, Preston Reynolds. Sí, mil veces sí".

Deslizó el anillo en mi dedo, su peso cómodo y cálido mientras se asentaba en su sitio. Cuando Preston se levantó, lo rodeé con mis brazos y lo estreché antes de besarnos tierna y apasionadamente. Nos separamos lentamente, sin querer terminar el beso.

Las lágrimas de mis ojos brillaban, reflejando las brillantes luces de la ciudad que nos rodeaba.

Puse una mano sobre mi creciente barriguita y sentí que la vida se agitaba en mi interior. Era como si nuestro hijo no nacido pudiera sentir la magnitud de este momento.

"Preston", dije en voz baja y con emoción. "Tenerte en mi vida es la única medalla de oro que necesitaré jamás".

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras me miraba, brillando todo su amor por mí. Era un amor que me había ayudado a sanar y a crecer; que me había dado la fuerza para volver a confiar.

"Gracias", le susurré. "Gracias por ayudarme a encontrarme de nuevo y por demostrarme que merezco amor y felicidad".

"Jenny", murmuró, sus ojos fijos en mí con sinceridad. "Debería ser yo quien te diera las gracias. Has traído tanta alegría y luz a mi vida. No puedo imaginar un futuro sin ti".

Sus palabras me envolvieron como un cálido abrazo y me llenaron de una sensación de paz que no había sentido en años. Juntos habíamos superado nuestro pasado y encontrado la curación en el amor del otro. Y mientras estábamos en aquel balcón, mirando las luces parpadeantes de París, supe que estábamos preparados para afrontar cualquier reto que nos esperara, codo con codo, de la mano.

La Torre Eiffel se alzaba ante nosotros, su cima se perdía en la oscuridad, mientras la ciudad se extendía como un manto de estrellas centelleantes.

"Mira", susurró Preston, señalando la torre. Como si nada, empezó a brillar, con miles de lucecitas que resplandecían como diamantes en el cielo nocturno.

En ese momento, sentí una oleada de alegría, como si el universo mismo estuviera celebrando nuestro amor. El deslumbrante espectáculo que teníamos ante nosotros parecía simbolizar no sólo el final de nuestras luchas personales, sino también el comienzo de algo nuevo y hermoso: una vida basada en la confianza, la curación y el perdón.

"París siempre tendrá un lugar especial en nuestros corazones", comenté, inclinándome hacia el cálido abrazo de Preston.

"Por supuesto", asintió él, con su aliento haciéndome cosquillas en la oreja. "Quizá deberíamos volver aquí en nuestra luna de miel".

"Primero tenemos que planear la boda", repliqué, poniéndome la mano en el estómago. "Y tenemos que planearla en torno a esto".

"Podríamos casarnos ya la semana que viene", sugirió y supe que hablaba en serio.

"Oye, primero tengo que encontrar un vestido", me reí. "Quiero que nuestra boda sea perfecta".

"Lo será", dijo con absoluta seguridad. "Porque es la nuestra".

Mientras la Torre Eiffel seguía su danza resplandeciente, me di cuenta de que nuestra historia de amor había encontrado por fin su final feliz.

Y en ese momento, de pie junto al hombre que había capturado mi corazón y me había ayudado a redescubrir mi propia fuerza, supe que nuestro futuro juntos iba a ser absolutamente extraordinario.

Gracias, ...

... ¡por comprar y leer mi libro! Me estás ayudando a seguir viviendo mi sueño.

Si te ha gustado mi libro, ¡me encantaría que lo puntuaras en Amazon!

Y si quieres estar al día sobre nuevos lanzamientos y promociones, sígueme en mi página de autor de Amazon:

<https://www.amazon.de/Aurora-Shine/e/B0BNC9R92D>

Todo mi amor desde el fondo de mi corazón,
tu Aurora

Leer más...

Si desea obtener el libro de Aurora ahora mismo, puede hacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula **“Esposa falsa durante 14 días: oferta indecente de un multimillonario”**.

Este es el resumen:

Soy peluquera y sueño con tener mi propio salón. Pero mi sueño se convierte rápidamente en un recuerdo lejano cuando me doy cuenta de que mi todavía marido Cole es adicto al juego y debe 150.000 dólares al dueño de un casino. Como seguimos casados, también tengo que pagar sus deudas. Recibo una oferta indecente que apenas me atrevo a aceptar.

Pero, ¿qué me queda? ¿Vendo mis sueños o me vendo a mí misma?

<https://www.amazon.es/dp/B0CJ9HBH2Z>

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdas ninguna de mis novedades y promociones.

<https://www.amazon.es/Aurora-Shine/e/B0BNC9R92D>

Dedicado a todos los lectores

Llamamos ficción a este género literario, y puede que sea cierto, porque todos los personajes y acontecimientos son ficticios. Pero eso no significa que el mensaje que contiene no sea verdadero o valioso. Los dos protagonistas tienen rasgos de carácter que se interponen en su propio camino. En el caso del hombre, ha recorrido un largo camino lleno de experiencias y aún así no es consciente de su realidad, su mundo está vacío por dentro. A pesar de su riqueza, sus mujeres y su éxito, su vida es aburrida y pálida.

Los dos se conocen, se enamoran, hacen el amor, pero debido a estos rasgos de carácter, vuelven a separarse durante el desarrollo del relato. Se pierden el uno al otro y experimentan la vida sin la otra persona. Su dolor es tan grande que por fin pueden enfrentarse a sus propios demonios, quizás tengan que hacerlo, para luego luchar por su amor o quizás estar preparados para el amor verdadero. Ambos se hacen vulnerables. No se dan cuenta de que el otro también está luchando al mismo tiempo por ese amor. Por desgracia, eso no siempre funciona en la vida real. Pero este libro y todos los demás de Anna May y Aurora Shine deberían ser una llamada de atención de que merece la pena luchar por amor. Incluso cuando tienes que enfrentarte a tus propias debilidades. Incluso cuando las posibilidades de éxito son escasas. Merece la pena luchar por amor. Preferiblemente mientras aún estás en la relación. Antes de que sea demasiado tarde. Vale la pena luchar por amor. Porque, si no es por eso, ¿entonces por qué otra cosa vas a luchar?

¿No es precioso este mensaje?

Cuando lo reconocí en los libros, me enamoré de mi trabajo. Creo de verdad en él y si estos libros motivan aunque sólo sea a una persona a ser capaz de amar y defender el amor, todo mi trabajo habrá merecido la pena.

Gracias por leer el libro.

Baris Fratric
Editor en línea